



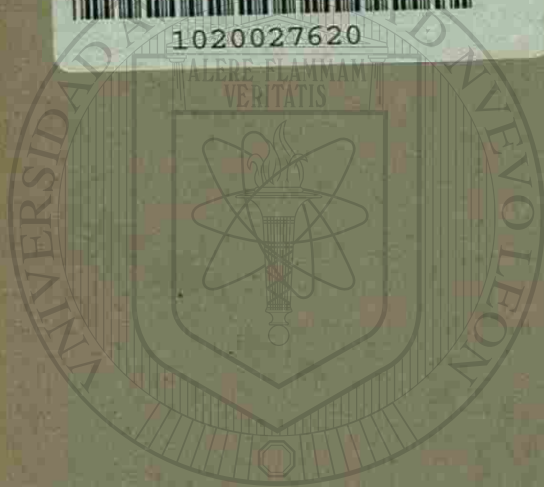
JOAQUIN
DICENTA

DE LA
Batalla

PQ6607
.I3
B31



1020027620



UANI

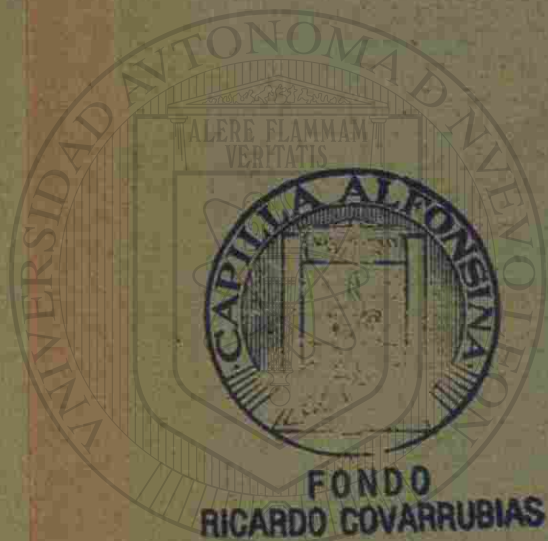


FONDO
SIGARDO COARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J



DE LA BATALLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 868.62

Núm. Autor. D5462

Núm. Anot. 33320

Procedencia _____

Fecha _____

Estado _____

S. silico _____

Legajo _____

Casa Editorial de Mariano Huñez Samper
SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

De la batalla

POR

Joaquín Dicenta



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE DON MARTÍN, NÚM. 13

Teléfono número 8.197

MADRID

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

098557

33320



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de P. Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

A Jacinto Octavio Picón

*A Ud., mi querido amigo, dedico este libro, que titulo
Do la batalla porque casi todos los artículos y cuentos
en él coleccionados, están escritos en una de las épocas
más duras que tuvo para mi hasta ahora la lucha por
la vida.*

*En uno de esos días de angustia, el más angustioso de
todos ellos, día en que sólo nebruras y desesperaciones
rodeaban mi porvenir artístico y mi presente material,
volví los ojos a una y a otra parte para ver si encontraba
un amigo, y le encontré a Ud.*

*Ahí va Do la batalla, y con él el testimonio de una
amistad tal y como Ud. me la ofreció entonces, tal y como
Ud. la merece: honrada y firme.*

Joaquín Dicenta. ®



EL NIDO DE GORRIONES
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL NIDO DE GORRIONES
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El nido de gorriones.

Ancho, huesoso, atlético, con los hombros robustos, las piernas fuertes y el cuerpo encorvado por la edad, era el tío Roque un campesino aragonés que llevaba con energía sus setenta y cinco años y la administración de sus fincas y propiedades, evaluadas por los inteligentes del contorno en ciento cincuenta mil duros; un capital, diariamente vigilado por su dueño, que recorría sus tierras sobre un caballo de mala muerte para inspeccionar y dirigir la siega en Agosto, la vendimia en Septiembre, la siembra en invierno, el esquila del ganado en primavera, la recolección de frutos en otoño, y las múltiples faenas de la agricultura en todo tiempo, sin cuidarse del calor ni del frío, ni del aire, ni de la lluvia; atravesando una atmósfera de fuego cuando el sol abrasaba los campos, y una sábana de hielo, cuando la nieve, cayendo de las nubes, se extendía en forma de mancha monótona desde los más hondos repliegues del valle hasta los más altos picachos de la sierra.

Porque el tío Roque no quería dejar nada á la inspección ajena; la más insignificante semilla pasaba por entre sus dedos antes de caer entre la tierra, aquella tierra suya, completamente suya, á la que amaba con ternuras de abuelo y codicia de amante celoso; tierra de la que no se había separado nunca y de la que parecía hijo, mejor que hijo, producto. A tal extremo se había compenetrado con ella, que era, por su aspecto, parte integrante de ella misma.

Su cuerpo achaparrado, duro, lleno de ángulos y nudosidades, asemejábale á una encina añosa, dotada por un capricho de la Naturaleza de la facultad de trasladarse; su rostro curtido por la intemperie, era del color de la tierra labrada; no parecía sino que un solo arado había hecho los surcos de la una y las arrugas del otro; como crece entre los surcos la cizaña, desigual, revuelta y salpicándolos á trechos, crecía la barba en la cara rugosa del viejo labrador; hasta su cabeza puntiaguda, coronada de cabellos blancos, recordaba los picos inaccesibles que se erguían sobre la montaña, cubiertos de nieves perpetuas. El tío Roque era un pedazo del terruño; las raíces de su vida arrancaban de él.

Ni su dinero, ni sus hijos (cuatro hombretones ya casados), ni sus años, ni sus fatigas, fueron bastantes á inducirle al reposo, á la existencia cómoda, al vivir quieto de un anciano pudiente... Quebrantábase su sa-

lud con el rudo trabajo á que venía entregado desde el amanecer; algunas noches de invierno, una tos seca desgarraba su pecho; no pocos días de verano sintió un ahogo, un principio de asfixia, que le hizo detenerse y buscar apoyo en el tronco de un árbol; aconsejóle el médico multitud de veces que descansase, que renunciara á su labor diaria; pero el tío Roque se encogía de hombros, se burlaba de consejos y de dolencias, y al romper la aurora bebía un vaso de aguardiente, ensillaba su caballo, y al campo, á inspeccionarlo todo, á que trabajasen los braceros, á que produjese la tierra, á que no estropeasen á su querida; la única hembra que había sabido pagarle con usura sus desvelos y su constancia.

¡El reposo! ¡Entregar á manos ajenas el cuidado y conservación de lo suyo! ¡Buena locura!... ¡No ver sus tierras sino á ratos y como un paseante más! ¡Como si aquello fuera posible!... ¡Como si él, acostumbrado á trabajar sus terrones y á dirigirlo todo, pudiera resignarse á vivir inactivo, á convertirse en espectador, á no ver cómo en las mañanas frías de invierno desflora la reja del arado la tierra húmeda y palpitante, para que la mano del sembrador arroje en su seno la simiente fecundadora; á no contemplar bajo los rayos abrasadores del sol de Agosto, cómo el trillo desgrana la requemada espiga y la horquilla la recoge y la pala la aventa para que el trigo caiga convertido en granizo

de oro sobre el ancho montón que cubre la era y se eleva en forma de pirámide; quedarse en casa bajo la sombra perezosa del emparrado, cuando la hoz arranca de la cepa el lozano racimo y el carro lo traslada al lagar y los mozos lo pisotean entonando canciones hasta que, convertido en mosto, lo recogen las cubas y fermenta en ellas y de ellas sale transformado en chorro rojizo que humedece los labios y calienta la sangre; no tomar parte en la recolección de los frutos, en el esquilado de sus ovejas, en la labor harinera de sus molidos, en la confección y refinamiento de su aceite!... ¿Era eso lo que querían de él? Pues que no lo esperaran. El haría siempre lo mismo, recorriéndolo todo, visitándolo todo, vigilándolo todo; á caballo, mientras pudiera tenerse firme en la silla; en un carro si no podía andar. ¡Aunque fuese *arrastra!*

¿Quién iba á hacerlo si no lo hacía él? ¿Sus hijos? Tenían que cuidar lo de sus mujeres. ¿Un encargado? Como si dijéramos, un ladrón, un tramposo que no podía querer más que su provecho. Y él sólo, quieto, dejándose robar en sus propias narices. ¿Que no!... ¡En seguida!... ¡Apartarse de sus terrones, no saludarlos á todas horas! ¡Cómo iba á intentarlo, si los quería tanto; si en verano, al irse á acostar, dejaba la ventana abierta para recoger todos los rumores de la noche, y no cerraba en tiempo alguno las maderas para no desperdiciar ningún rayo de sol, ninguno; ni siquiera el

que se bosqueja en el horizonte al amanecer, sin alumbrar casi, como el parpadeo de unos ojos que se despiertan!

El que quisiera verle furioso no tenía más que hablarle de ello.

Muchas veces le habían propuesto sus hijos, cada uno de por sí, y prescindiendo de los otros, irse á vivir con él, ayudarle. Pero el tío Roque se negó siempre. Si hubiesen estado solteros, bueno; con la recua de la mujer y de los chicos, no; el casado casa quiere. Sabía que de favorecer á uno se hubieran enfadado los demás, y bastante se odiaban al pensar en las eventualidades de la herencia futura, para que añadiese él leña al fuego. Ni un hijo ni un administrador. El uno y el otro habían de robarle. El solo se bastaba para su negocio.

*
*
*

Así pasaron años, y el tío Roque se fué poniendo achacoso y débil. Ya no podía montar á caballo; apoyado en su bastón de nudos recorría sus propiedades y presenciaba las faenas del campo, con toda la energía de su espíritu, empeñado en sostener y pasear aquel cuerpo que se tambaleaba sobre la tumba. Pero como sus dolencias le hacían quedarse en casa muchos días; como no lograba inspeccionarlo todo, ni los mozos iban tan derechos, ni las cosechas producían tanto como antes. Como esto era verdad y lo era también

que el tío Roque estaba muy enfermo y el trabajo acababa con él, y su salud tenía necesidad—en opinión de los médicos—de absoluto descanso, resolvieron sus hijos obligarle a cambiar de vida, y fueron á verle una noche y hablaron con él, sentándose en torno del sillón donde su padre descansaba y oja sus proposiciones, contrayendo su boca sin dientes, y fijando en ellos sus ojos astutos de campesino.

El hijo mayor fué el encargado de decírselo, y se lo dijo claro, con rudeza no desprovista de cariño y de lealtad.

—¡Padre, usted está inútil!... ¡La vida que lleva no le sienta bien! Es preciso que descanse usted y que busque la manera de encargár á otro de sus negocios.

—¡A otro! ¿Y á quién?—repuso el viejo—¿A un extraño?

—Eso, de ningún modo—contestaron los hijos á coro.

—Entonces, ¿á quién? ¿A uno de vosotros? ¿Queréis vosotros tres que se encargue Antonio de las fincas?

Los preguntados arrojaron sobre el presunto favorecido una mirada de rencor y desconfianza. ¡Encargarse Antonio de todo! Para aprovecharse de ello; para quedarse con lo mejor. De ningún modo. Preferirían á un cualquiera.

Leíase esto con tanta claridad en sus ojos, en las frases irónicas y sutiles con que contestaron á la pre-

gunta de su padre, que el viejo les dijo sonriendo con sonrisa entre burlona y triste:

—Ya veo que eso no os conviene. Lo presumía. No os niego tampoco que estoy malo y que el cultivo de las tierras no anda tan bien como años atrás. ¡Qué remedio!... Tendremos paciencia. Yo haré lo que me sea posible.

—No, padre. Usted necesita descanso. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

—Pues vosotros diréis cómo se arregla.

—Mire usted: como medio, hay uno.

—¿Cuál?

—Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros á su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos cada uno de su parte como usted mismo, y usted descansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desee, porque todos le queremos bien, y nos desviviremos por complacerle.

—Vamos—dijo el tío Roque con voz nerviosa,—queréis heredarme en vida.

—¿Nosotros?...

—¡Sí, no me enfado! Es natural que penséis en ello; pero oídme:

«Cuando vosotros érais muy pequeños cogí yo en el alero de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé á casa, los puse en una jaula y la dejé encima de la

ventana. Los padres, que habían venido detrás de sus hijos, empezaron á dar vueltas en rededor de aquella cárcel y á piar dolorosamente. Por fin uno de ellos echó á volar, volvió á poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer á una de las crías, y mientras él practicaba la operación, se fué el otro gorrion y volvió también cargado de trigo...; en fin, que los dos padres mantuvieron á los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado.

»Crecieron las crías y echaron alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándolos; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros á los padres y di libertad á los hijos. A los padres los encerré, ¿y sabéis vosotros lo que pasó?—dijo el tío Roque con acento burlón y duro.—Que los padres se murieron de hambre; porque ninguno de los hijos se ocupó en darles de comer.

—¿Y qué quiere usted decir con eso?—exclamó el mayor de los hijos.

—¡Qué! Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayáis á vuestra casa y me dejéis en la mía. Que no me quiero encerrar en la jaula.

Y el tío Roque, riendo á carcajadas, se metió en su cuarto.

EL LEÓN DE BRONCE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El león de bronce.

Aquello fué horrible; te aseguro que fué horrible. Bien castigado estoy; como no pueden imaginarlo los jueces que me condenaron, los alguaciles que me condujeron á la cárcel y el carcelero que me guarda. Si ellos supieran mi secreto, me dejarían en libertad... ¡Mi secreto! No lo saben; ¡no lo sabrán nunca! ¡Para qué?... A ti quiero revelártelo, á fin de que me compadezcas, de que me consueles, de que conozcas mi desventura... ¡Sufro tanto!... Oye, y no me tomes por un loco. Te juro que es verdad. Si el pecho fuera transparente; si en el sitio donde late mi corazón se abriese una ventana y te asomases á mirar por ella, lo verías con tus propios ojos... ¡Qué verías?... Vas á saberlo; á saberlo tú sólo. Escucha la historia de mi martirio, y luego calla; ¡calla siempre! no se la reveles á nadie.

No sé explicarte como se aposentó en mi cráneo idea tan ruin; pero es lo cierto que no pensaba en otra

cosa. Al igual de esas plantas que nacen entre las grietas de los muros ruinosos, y siendo al principio imperceptible mancha verde, se extienden pronto y crecen y se desarrollan y trepan por el muro adelante e invaden a su víctima de granito, esta idea brotó en mi cerebro indeterminada, confusa, inconsistente: su primera aparición fué tan rápida, que apenas si me di cuenta de ella; no hice caso; imaginé que se había ido para no volver nunca; pero aquella idea tenía la condición de los traidores: acechaba en la sombra, y echó raíces y comenzó a extenderse con sigilo; y trepó por todos los filamentos de mi máquina de pensar; y ocupó las celdillas microscópicas donde gestan los decretos de la voluntad y las determinaciones del juicio, y un día se levantó delante de mí, despótica, absorbente, única. Era su esclavo; no tenía más remedio que obedecerla.

Así viví mucho tiempo, mucho; solo con mi pobreza, con mis ambiciones, con mis ansias de placer, de fortuna y de poderío... Es decir, solo no; con ella, con la maldita idea, causa de mi perdición y de mi desgracia.

Mil veces, cruzando el estrecho recinto de mi habitación, entablaba esos diálogos en que la personalidad se duplica; en que el hombre se dobla para preguntarse y responderse. Ya conoces estos diálogos de uno solo, durante los cuales el bien discurre como un justo y el mal argumenta como un sofista.

—Soy joven—decía uno de mis Yo,—y mi juventud se pierde entre los girones de mi traje. Las mujeres no me miran; los hombres me desprecian; mis ambiciones se agostan; mis anhelos de placer no se cumplen. Si yo fuera rico, inmensamente rico, tendría cuanto mi deseo apetece. ¡Y esto es imposible!

—¿Imposible? ¿Por qué?—le contestaba mi otro Yo. —Porque no quieres. Con despreocupación y con audacia se alcanza todo.—¿Qué dices?—La verdad; no es esta la primera vez que la escuchas, ni tampoco es la primera vez que te indico el modo de conseguir lo que ambicionas.—¿Robando al viejo?—Sí. Vive en el piso tercero de esta casa: su ventana cae debajo de la tuya; es un avaro que posee mucho oro: está solo y es débil. ¿Por qué no lo intentas?—Porque no quiero cometer un crimen. Además, el avaro defendería su arca; está allí, no se aparta de ella; es un obstáculo viviente. ¿Cómo voy a vencer ese obstáculo?—Como se vencen todos los obstáculos en el mundo: suprimiéndolos.

—¿No contento con proponerme un robo, me propones un asesinato!... ¡Calla! ¡calla!... Eres un infame.— ¡Infame, porque te propongo matar a un avaro caduco que ha hecho su fortuna con la desgracia de sus prójimos? El viejo posee un caudal enorme que de nada le sirve y a nadie aprovecha; está execrado por los hombres y maldito de Dios; de nada goza y todos le aborrecen; yo trato de que seas dueño de ese tesoro;

tú eres joven, vigoroso, inteligente, audaz; puedes utilizarlo en ventaja propia y acaso en beneficio de tus semejantes... ¿Soy infame por eso?... No sé si seré infame; pero tú eres cobarde é imbécil.—¿Y la ley?—La ley se ha escrito para que los tontos la sufran y la eviten los hábiles.—Repito que calles.—Y yo repito que no quiero callar.

Ahí tienes lo que hablaban ellos á todas horas; ahí tienes como la maldita idea de matar al viejo se fué apoderando de mí; ahí tienes como una noche decidí matarlo y preparé el crimen.

Mi plan era sencillo. El avaro—te lo he dicho antes—vivía solo, y para evitar el calor del verano, dejaba entreabierta la ventana de su alcoba todas las noches.

Aquella ventana estaba debajo de la mía; una cuerda me era suficiente para realizar mi propósito. Descender por la cuerda, penetrar en la alcoba del viejo, sorprenderle dormido, acercarme á él y herirle con uno de esos golpes que no cedén puesto á la defensa ni ocasión al grito, un golpe en el pecho ó en la garganta, era obra de instantes; luego atrancaría la ventana, abriría el arca, y una vez dueño del dinero, saldría por la puerta de la escalera, la cerraría con doble llave, subiría á mi cuarto, y á ocultar mi tesoro, á engañar á la gente, á despistar á la justicia, á ser feliz. ¿Quién iba á saberlo?... No cabía duda. Estaba en lo firme el Yo que me aconsejaba el asesinato del viejo;

el otro, el que lo tachaba de crimen, era un mentecato, un pusilánime... un pobre hombre.

* * *

Al fin vino la noche, y pasaron horas y dieron las dos en un reloj de la vecindad; todos dormían en la casa; el patio estaba obscuro, ¡muy obscuro! Mejor; así no podría verme nadie; ni yo mismo... Únicamente la vidriera de la ventana del avaro reflejaba los resplandores de una lamparilla que éste dejaba encendida antes de acostarse. Era su único despilfarro. Debía tener miedo á la sombra. Estar en las tinieblas es estar á solas con el remordimiento.

Amarré una cuerda de nudos al alféizar de mi ventana y la dejé caer con mucho cuidado, poco á poco, para que no hiciese ningún ruido; luego cogí del cajón de la mesa un puñal de hoja firme y cortante, cuyos brazos remedaban una media luna invertida y adornada en uno de sus extremos por un leoncillo de bronce; me descalcé; subí al antepecho de madera; me puse á horcajadas en él; afiancé la cuerda, y empecé á bajar despacio, muy despacio, apoyándome en la pared con mis pies desnudos y en la cuerda con mis manos temblorosas; hubo un instante en que, presa de horrible alucinación, creí que la cuerda se convertía en el cordel de una horca y buscaba mi cuello para estrangularlo... Aquello pasó pronto; me apoyé en la ventana del avaro, entreabri sigilosamente la vidriera; penetré

por el hueco luminoso que aparecía delante de mis ojos, y entré en la habitación. Estaba enfrente de mi víctima.

El avaro dormía con la cabeza caída hacia atrás y el busto fuera de la sábana. No he visto imagen más repugnante que la suya; su cara huesosa, lívida, estaba cubierta de arrugas, que se desprendían de su cráneo calvo y amarillento, para extenderse por sus párpados, por sus mejillas, por su nariz estrecha y larga, nariz que, encorvándose en el centro de su trayectoria y cayendo sobre los labios del avaro, parecía un candado de carne construido por la Naturaleza para cerrar los secretos de su boca sumida, falta de dientes y desprovista de expresión. Un ronquido fatigoso se escapaba por aquella boca... Di algunos pasos y llegué junto a la cama; alcé el puñal y dejándolo caer con fuerza, lo envainé hasta el mango en el cuello del viejo. Este abrió los ojos, me miró con más asombro que dolor, hizo una mueca horrible, y quedó inmóvil, con los labios contraídos y las pupilas desmesuradamente abiertas. Un chorro tibio y pegajoso salpicó mis dedos. Era su sangre... Había suprimido el obstáculo.

Lo que faltaba hacer no ofrecía peligro; pero necesitaba darme prisa. Extendí el brazo para apoderarme de las llaves que el viejo tenía ocultas debajo de la almohada, y tropecé con ellas... Por fin iba á ser rico, feliz, ¡qué ventura!...

En aquel momento sentí un dolor agudo en la mano con que sujetaba el arma cubierta de sangre. Miré y vi una cosa horrible. El león que adornaba el mango de mi puñal se había erguido sobre la reluciente media luna. Erizada la melena de bronce, amenazadores los ojos y entreabiertas las fauces, me contemplaba con encono y hundía sus garras en mis dedos.

No te sonrias... no me contemples con la lástima compasiva con que se contempla á los locos. No fué un delirio; te juro que es verdad; el león estaba vivo, desgarrando mis músculos con sus uñas de hierro: dispuesto á hundir sus dientes en mi carne... abrí la mano; el puñal cayó sobre el suelo desnudo, produciendo un ruido estridente y metálico, y la fiera, apartándose de la empuñadura donde estaba soldada, se dirigió hacia mí lanzando rugidos espantosos.

El miedo horrible que me invadía fué causa de que no prorrumiese en un grito de espanto. Ya no pensaba en el tesoro del avaro; pensaba en huir, en huir cuanto antes, y traté de hacerlo y di un paso hacia la ventana; pero el león, abalanzándose hacia mis piernas con fuerza inconcebible en un ser de tan diminutas proporciones, y tirando de mí, que inútilmente trataba de estorbar su propósito, me fué acercando á la cama del viejo y me puso delante de él, haciéndome clavar los ojos en la ancha herida, por donde brotaba un hilo de sangre...

Yo no quería ver aquello, y traté de alejarme... Todo inútil... La fiera, apoyándose en el cuerpo del viejo y atarazando mi pecho con sus garras de bronce, me sujetaba allí... No podía escapar. Para conseguirlo era preciso exterminar á mi adversario... Y ciego de ira, de terror, ganoso de herir, necesitado de salvarme, me abalancé al puñal que brillaba en el suelo, lo empuñé con mano agitada y convulsa, caí sobre mi enemigo, que me miraba en actitud de reto desde el cuerpo inmóvil del avaro, y empezó la lucha.

Lucha espantosa, sobrenatural, indescriptible. La fiera se arrojaba á mi garganta, á mi pecho, á mis brazos; mordía en ellos, destrozándolos con furor, y cuando yo trataba de evitarla esquivaba mis golpes, saltando de costado, embistiendo de frente, replegándose diestramente hacia atrás; yo esgrimía el arma, la dejaba caer una vez y otra; pero el arma no encontraba su cuerpo; iba á hundirse en el del avaro, produciéndole nuevas y sangrientas heridas, y el avaro, inmóvil en su lecho, parecía burlarse de mí con sus ojos mates y con la mueca horrible de su boca desdentada y satánica.

Sentí que me iban faltando las fuerzas, el sudor brotaba de mi frente en gotas anchas y abrasadoras, mis músculos se aflojaban por el cansancio de la lucha... Era preciso terminar de una vez. Recogí mis fuerzas; apreté con ira el mango del puñal, y encajados los

dientes, contraídas las pupilas y anhelante la respiración, desplomé mi brazo sobre la fiera.

El golpe fué certero; había tocado al león; pero el puñal, resbalando sobre aquel organismo de bronce con chirrido angustioso, no consiguió herirle; no lo conseguiría nunca... La lucha era inútil; mi enemigo inmortal; mi perdición cierta. Cuando vencido por el miedo retrocedí dos pasos y abrí la boca con angustia, ocurrió una cosa horrible. El león dió un salto formidable y entró en mi boca, y se deslizó por mi garganta abajo, desgarrándola con sus uñas.

La fiera estaba dentro de mí; yo la sentía romper mis carnes, arañar mis huesos y seguir su camino; estuve á punto de desvanecerme. Luego experimenté un dolor más agudo, más hondo; la fiera había llegado á mi pecho y me mordía en el corazón.

¡Y aquí está en mi corazón, nutriéndose de cada uno de sus latidos, verdugo de mi vida; del que no podrá librarme nadie, ni la muerte; porque como la fiera vive dentro de mi alma, y el alma es inmortal, irá con ella á todas partes!

Ahí tienes mi secreto... secreto horrible. Ese es mi castigo, no el que me impusieron los jueces: la fiera mordióme en el corazón y el avaro delante de mí, con el cuerpo lleno de sangre, la boca contraída y los ojos desmesuradamente abiertos.



LA DESDICHA DE JUAN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La desdicha de Juan.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, el cabello fosco, erizada la barba y los ojos brillantes, paseaba Juan por el jardín del manicomio, y en él divertía las horas, sin que un recuerdo del pasado viniese a conmover su memoria, sin que una ráfaga de razón ventilase la desconcertada máquina de su cerebro.

¿Cómo se volvió loco? ¿Por qué causa?... Nadie lo supo. Una tarde, aquel obrero que sabía leer y escribir, que ganaba ocho reales diarios la mitad del año, y se moría de hambre la otra mitad, teniendo delante de su miseria dos hijos pequeño, y dentro de su corazón la imagen de una pobre muerta que le quiso con toda su alma; una tarde, aquel hombre salió a la calle alegre, satisfecho, tan orgulloso de sus harapos como un príncipe de su corona, y dijo a cuantos se tomaron la molestia de oírle, que era grande, omnipotente, igual a Dios; que disponía a su antojo de todas las riquezas humanas; que a un gesto, a una orden suya, modificaríanse en absoluto las leyes por que se rige el

Universo, y que le bastaba extender un dedo para que la tierra cambiase de forma, de esencia y de substancia.

—¡Pedid cuanto se os antoje, os lo otorgo!—dijo á los vecinos que le escuchaban.—Pedid; esta es la hora de las mercedes.

Los vecinos, al oír semejantes palabras en boca de un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto, creyeron que estaba ebrio, le acompañaron con un coro de burlas y dicharachos epigramáticos hasta la puerta de su buhardilla, y le dejaron solo, pensando, colectiva y separadamente, que el pobre Juan renunciaría á su omnipotencia en cuanto roncarse la mona.

Pero al otro día Juan bajó al patio de la casa, no como trabajador hambriento que descende de su cuchitril encorvando los hombros en actitud de bestia, resignada á sufrir la carga que le echan encima; no como borracho que despierta y guiña los ojos para acostumbrarse á la luz, y desentumece su lengua con chasquido ronco, y se pasa la mano por la frente para alejar de ella la neblina embrutecedora del alcohol; bajó como pudiera hacerlo Dios de la altura en un rapto de benevolencia caprichosa; sereno, impassible, majestuoso, mirando á la gente con desdén compasivo y escuchando sus frases con gesto protector y solemne...

—Pedid lo que queráis—volvió á decir á sus vecinos.—Estoy dispuesto á complaceros. Dichas, alegrías,

riquezas, todo me pertenece. ¡Mortales, aprovecháos de este rato de buen humor!

Uno de los que le oían no pudo contenerse, y soltó el trapo en las propias narices de Juan.

—¡Qué, miserable!—gritó el obrero.—¿Te atreves á dudar de mí? ¡Voy á deshacerte, á convertirte en polvo, para escarmiento de incrédulos y deslenguados!

Y descargando sobre su burlador el puño que había levantado contra él, no le deshizo, pero le hizo en la frente un chichón del tamaño de un huevo.

Arremolináronse todos contra Juan, se armó un escándalo mayúsculo; vino la pareja; llevaron al obrero á la prevención; acudió un médico y declaró que Juan estaba loco de remate; en vista de lo cual, y previos los trámites de ordenanza, metieron al loco en un manicomio y á los hijos del loco en un asilo de Beneficencia.

Cuatro años vivió Juan en el manicomio esa vida ficticia de la locura, en que cada enajenado construye un mundo aparte para su uso particular, y dentro de ese mundo se agita, y circula, y discurre, y padece, y goza, sufriendo impresiones que no vienen de fuera, sino que brotan de su fantasía desequilibrada. ¡Ah! ¡Si los cuerdos pudiéramos vivir en los mundos que fingiera nuestra imaginación, todos los hombres serían dichosos!

En el mundo forjado á martillazos calenturientos por su razón enferma, vivía el loco hecho un representante del Olimpo, que había recibido de Júpiter facultades discretionales para hacer y deshacer á su antojo. Bondadoso y caritativo como ser de esencia divina, trataba á sus compañeros de cautiverio con afecto no desprovisto de majestad. Algunas veces, cuando se ponía en duda su omnipotencia, la sustentaba á puñetazo limpio, pero eran las menos; por lo general se encogía de hombros y despreciaba á los incrédulos y á los envidiosos.

Superior al resto de la humanidad por decreto de su locura; bien alimentado; no mal vestido; con un jardín para pasearse y un mundo para manejarlo á su capricho; pasó muy agradablemente Juan aquellos cuatro años.

Al finalizar el último de ellos, entró en la casa un médico joven, gran conocedor de las enfermedades mentales, y dispuesto á consagrar todas las energías de su juventud y todos los recursos de su ciencia á los infelices dementes.

Vió á Juan, observóle por espacio de quince días, y declaró, primero á sí mismo y luego á sus colegas, que el loco tenía cura, y que iba á curarle.

El médico no se equivocaba; la ciencia acertó por su boca, y un día Juan se halló cuerdo y en presencia del sabio que le había dexuelto el juicio.

—Ya estás bueno—le dijo éste;—vuelves á ser hombre.

—¡Ay, señor!—repuso el obrero.—¡Cómo podré pagar este beneficio! ¡Cuatro años loco, sin poder atender al sustento de mis pobres hijos!... ¡Qué habrá sido de ellos!... Estoy seguro de encontrarlos; pero ¡cuánto habrán sufrido en su abandono!

—Tranquilízate; tus hijos están buenos, en un asilo, donde nada les falta, ni pan para su estómago, ni instrucción para su entendimiento.

—¿De verás?—exclamó Juan con los ojos llenos de lágrimas.—¡Dios es bueno y justo! Esa noticia que me da usted paga todos los tormentos que haya podido yo pasar en esta casa.

—¿Tormentos? No. Se te ha cuidado y se te ha atendido; mejores alimentos son los de aquí que los que soléis devorar los obreros á cambio de vuestro sudor. Mira tu ropa; es modesta, pero decente y limpia. Aquí se trata á los locos muy bien.

—Ya lo veo, señor—repuso Juan,—ya lo veo. No hablaba de eso, sino de mi locura, que debe haber sido terrible; pensamientos negros, sueños angustiosos, despertares siniestros, imágenes sombrías; acaso la de mi pobre mujer muerta y siempre delante de mis ojos; la de mis pasadas miserias... Ha debido ser espantoso, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo, hombre! Tu locura era, afor-

tunadamente para tí, de las más risueñas. Te creías grande, rico, omnipotente, feliz; te pasabas la vida repartiendo gracias a todo el mundo.

—¿Qué dice usted! —repuso Juan palideciendo.— Yo era todo eso... ¡Yo!

—Todo, y de todo ello disfrutabas; porque lo que era un delirio para los otros, era la verdad para tí.

—Y ahora...

—Ahora tienes la presea más valiosa del ser humano: la razón. Estás libre; sal del manicomio y recoge á tus hijos, que estando tú bueno, no pueden continuar en el asilo, y á trabajar; yo sólo quiero una recompensa por lo que he hecho: tu gratitud.

Juan miraba al médico de hito en hito; en esa actitud solemne y silenciosa del hombre que recoge su pensamiento y sus ideas para juzgar de algo extraordinario y definitivo.

De pronto se levantó de la silla que ocupaba, avanzó dos pasos, y exclamó con acento sombrío y duro:

—Gratitud! ¿Que yo debo á usted gratitud!... ¿Y por qué?

—Porque te he devuelto la razón.

—¿La razón! ¿Y para qué la quiero? ¿Qué es lo que me devuelve usted con ella! Antes, loco, usted me lo ha dicho, era feliz, nada me faltaba. Mis hijos, seguros de alma y cuerpo; yo, bien trajeado, bien nutrido, siendo grande, omnipotente, infalible, más poderoso

que ningún hombre y casi igual á Dios; sin recuerdos tristes ni realidades crueles. ¡La felicidad!

—Sin la razón que yo te doy...

—¿Pero qué me ha dado usted?—siguió diciendo el obrero, con febril elocuencia.—Mis hijos, para que los vea morir de hambre y de ignorancia; para que se me parta el corazón cuando no pueda ofrecerles un mendrugo de pan; un jornal insuficiente para mi vida; meses enteros sin trabajo; días de miseria, los harapos por vestidura, la bohardilla por casa, el hospital por lecho, y la esperanza en la muerte por descanso. Eso es lo que me da usted con la razón.

«Y aún quiere que se lo agradezca! ¿Lo que usted ha hecho es una infamia!... ¿Qué le he hecho yo á usted para que me cause tanto daño?

»No gratitud, odio es lo que usted me inspira.»

Los ojos de Juan relampaguearon con ira; sus pupilas, que reflejaban la desesperación y la ira, giraron en todas direcciones.

Sobre una mesa vió algo brillante: un instrumento que le era desconocido, pero que tenía punta y corte, que podía servirle para herir, para vengarse de aquel hombre, autor inconsciente, pero autor al fin, de su desgracia.

Juan se precipitó sobre el instrumento, y empuñándolo con fuerza, se dirigió hacia el médico, á tiempo que éste pedía socorro, y dos loqueros, arrojándose



El crimen de ayer.

Que á ella la tratase como á una de tantas como había conocido en la vida, hasta justo podía ser; le daba pena, pero no le causaba extrañeza. No le era deudor de ningún sacrificio. Ni le hizo el de su familia, porque no la tenía; ni el de su fama, porque ya la había perdido; ni el de su bienestar, porque en punto á bienestares no disfrutó ninguno desde que su madre la echó al mundo hasta que un hombre cualquiera la arrojó en el arroyo. Del arroyo fué recogida por Enrique, quien, prendado de su cara pálida, de sus ojos azules, de sus labios frescos y de su pelo sedoso y rubio, la sacó de la infame mercenaria donde aún no había metido más que la punta de los pies, y la estableció en un sotabanco que tenía una ventana muy estrecha para mirar al cielo, cuatro tiestos de flores para recordar la primavera, y una Virgen de barro enfrente de la cual se arrodillaba Carmela todas las noches, para suplicarle que le perdonase sus anteriores culpas y que su Enrique la quisiera un poco.

¿Cuál era su sacrificio entonces? ¿Querérle? No. Querérle constituía una necesidad para ella. ¿Tolerar sus displicencias, sus malos humores, sus arranques de inconstancia, sus días de injusticia y sus horas de olvido?... Tampoco. Aun siendo el más duro, el más brutal, el más despiadado de los hombres, hubiese ocurrido lo mismo. Enrique formaba el complemento de su vida; vivir sin él, era sencillamente no vivir, y como no había hecho propósito de matarse, no había hecho propósito de dejarlo...

Luego ella no era mala. Fué lo que fué por accidente, porque sí... La empujaron, cayó... pero le repugnaba volver á empezar... No estaba hecha para ello... El la sacó de la ignominia, devolviéndole una cosa que estuvo á punto de perder: la dignidad del alma; y haciéndole gustar un nuevo goce, desconocido para ella, el amor, considerado por ella como el goce supremo, hasta que nació su hijo, aquel pedazo de los dos, que sonreía á la madre con su boquita sonrosada y sin dientes, y miraba al padre con sus ojos claros, donde brillaba el instinto del cariño á través de unas pupilas muy azules y de unas pestañas muy negras.

Claro que á poder arreglarse las cosas á gusto de Carmela, Enrique la hubiera querido como Carmela le quería á él, con toda su alma; no la tratara con aquel desvío, con aquella superioridad desdeñosa.

Pero ¿qué remedio!... Bastante le daba... La des-

honra, cuando se enamora, observa conducta de mendigo: toma lo que le ofrecen. Un pedazo de pan acompañado de un insulto, no deja de ser pan. Un beso, aunque vaya envuelto en una injuria, siempre es un beso. La miseria tiene hambre de pan y sufre el insulto, y come el pan y vive. La deshonra tiene también hambre de amor, y soporta la injuria y devora el beso y sigue amando.

Eso hacía Carmela. No tenía derecho á ser exigente. Necesitando de Enrique, lo tomaba tal y como quería dársele, y lo tomaba sin quejas, sin reconvenciones. De más hacía con no tratarla á puntapiés.

Respecto de ella no se quejaba. Respecto de su hijo... respecto de su hijo estaba á punto de quejarse; á las veces encaramábasele por la garganta arriba un grito de reproche, una exclamación de protesta.

Parecía que no era Enrique lo que debía ser para el niño; que había en sus caricias de padre, cierto amaneramiento, cierta uniformidad automática, desprovista de esas brusquedades encantadoras, de esos arranques de frenesí en que el beso se confunde con el rugido y el rugido acaba por transformarse en lágrimas... Las caricias de Enrique eran iguales siempre; paternidad de rutina, afecto de ordenanza, saludo maquinal, como si lo hubiera aprendido de memoria y lo repitiera por costumbre. Entraba, se acercaba á Carmela, que tenía en brazos al niño, dábale á este un

3 3320

golpecito en la mejilla, desiala con voz monótona: «Adiós, pequeño», y luego nada, nada, hasta que al marcharse repetía el golpecito en la mejilla y el «Adiós, pequeño», y tomaba escaleras abajo, sin volver la cabeza para despedirse.

¿Era aquello falta de amor para Carlitos, ó falta de condiciones de carácter para expresarlo?... ¡Ojalá fuese lo segundo!... Eso quería ella; eso trataba de crear. Pero el caso es que la conducta de Enrique prestábase más que á la confianza á la duda. Al nacer el niño pareció contrariado, no trató de reconocerlo, de darle su nombre, ni aun lo propuso; y eso que era libre y soltero y rico... Siempre que ella le hablaba de aquel asunto, respondía: «Más adelante» y variaba de conversacion.

¿Más adelante!... ¿Qué significaban estas dos palabras en labios de Enrique? ¿Una excusa? ¿Trataría de abandonar al niño cuando la dejase á ella?... ¡Abandonarle!... Poco á poco. El niño no tenía la culpa; era suyo, de Enrique; poseía un derecho indiscutible á la protección y al apellido de su padre... ¡Pues no faltaba más! Es por lo único que le odiaría con toda su alma... Dejarla á ella, corriente, cuando quisiera hacerlo; no diría nada; estaba pronta á morir en la soledad y á resignarse con el desprecio... Dejar al niño... ¡No!... Mal amante, bueno; mal padre, nunca. Por su hijo era Carmela capaz de todo... ¿De qué no sería ca-

paz, sintiéndose capaz de aborrecer á Enrique, al hombre que constituía el centro de su vida, eje de su alma?

Cuando pensaba en esto su melancólica figura de mujer, herida por la deshonra y resignada con su destino, adquiría una altivez salvaje y un erguimiento de rebelión; su rostro, bondadoso y triste, cubriase de palidez siniestra; contraíanse con dureza sus labios; un encajamiento de los dientes sustituía á la dulce sonrisa de su boca; brillaban con fiereza sus ojos, y una arruga profunda, recta, amenazadora, dividía en dos su entrecejo, y anunciaba sobre su frente el ir y venir de pensamientos negros y de sombrías decisiones.

—¡No; no sufriré que te abandone, que te deje como un girón que estorba y se arranca, y se tira al suelo sin volver siquiera la cabeza para ver dónde cae!... ¡Es tu padre!... ¡Tienes derecho á llevar su nombre!... — exclamaba Carmela, estrechando al niño entre sus brazos con las manos crispadas por el terror y los nervios sacudidos por la cólera. — ¡Pobre de él si se atreve á tanto!...

Luego rompía en sollozos, reprendiéndose por pensar tan mal de su Enrique; recobraba la calma y decía: No le abandonaré. Estoy segura de que no puede ser tan infame.

Tales eran los pensamientos de Carmela. Y Enrique, ¿qué pensaba?

De ella, lo que pensó desde el primer momento: Que

era una muchacha muy guapa, buena para entretenerle y nada más... Una, á quien dejaría cuando le estorbaba en el avance de su camino... En cuanto al chico... no le quería mal del todo; encontrábase dispuesto á socorrerle, si no se tenían muchas exigencias en su nombre; pero de ahí no pasaba.

¡Reconocerle! No. ¡Para no tener hora de calma; para que el hijo natural disputase á los legítimos la herencia!... ¡Yaya, que no! Allá se las arreglara con su madre. Y ella erre que erre en sus pretensiones, precisamente cuando él estaba decidido á acabar, y andaba concertando su boda con una muchacha muy rica y muy buena. Si sería buena que se había educado en un convento y no se separaba de su madre un instante. ¡Que no, y que no! Necesitaba cortar por lo sano, y cortaría. Así que no tenía Enrique fuerza de voluntad.

Ella lo supo, como se saben siempre estas cosas, por que sí. Un criado indiscreto, despedido de mala manera por Enrique, la puso al corriente de todo. El señorito se casaba, y á juzgar por lo que dijo á unos amigos suyos en cierta conversación que el sirviente pudo entreoir, ocultándose con los pliegues de una colgadura, dejaría á Carmela y al chico sin decirles nada... Casarse, tomar el tren, pasar un año en el extranjero; y luego del año de ausencia, asunto concluído; puede que no volvieran á encontrarse más en el mundo.

Aquel relato puso á Carmela en la pista de su desdicha y lo averiguó todo.

Enrique se casaba dentro de ocho días.

¡Casarse!... Esto era horrible, horrible para ella, nada más que para ella... Pero ¿y el niño?... ¡Olvidar al niño tam ièn!... ¡Esto sí que no lo sufría sin vengarse! Le haría una pregunta, una sola. De lo que él respondiera iba á depender todo.

Cuando Enrique entró, como todas las noches, Carmela le dijo:

—Oye, ¿cuándo piensas arreglar lo de Carlitos?

—¿Qué? —preguntó él.

—El reconocimiento.

—¡Ah, sí!... Más adelante.

—¡Más adelante! —repuso ella.— Mira, Enrique, creo que me engañas en lo que al niño se refiere; si me engañases en esto, sería capaz de matarte.

—¿Quién? ¡tú? —repuso él riendo á carcajadas.— ¡Matar tú! ¡Con esa carita tan dulce y con ese carácter tan tímido!... ¡Qué cosas tienes!... No te engaño, pero no digas ni pienses tonterías.

Luego, sin transiciones de ninguna especie, añadió:

—Estoy muy cansado y me conviene dormir un par de horas. Hasta después.

Enrique se echó en el sofá, cerró los ojos, y á la media hora roncaba como un santo.

—¡Esto es hecho! —gritó Carmela por lo bajo.— ¡Hi-

jo de mi vida!—siguió diciendo mientras contemplaba la cuna de Carlitos;—al hombre que te hiciera el menor daño lo destrozaría con mis uñas. ¿Qué no haré con éste que va á cau arte el mayor de todos los daños, el que no puede repararse nunca?... ¡Hijo mio!—exclamó contemplando á Enrique con angustia é ira.—Vale mas que no tengas padre, que que tengas ese...

No pensó más; se acercó á Enrique; vió que dormía, soñando acaso con un porvenir de riqueza y de goces, mientras preparaba á su hijo un porvenir de miseria y de infamia. Sintió que su amor se transformaba en odio, su mansedumbre en cólera, su resignación en apetito ciego de matar, y cogiendo con mano firme las anchas y puntiagudas tijeras de obrera que tenía encima de la mesa, las clavó hasta el mango en la garganta de su querido.

.....

Cuando entraron á prender á Carmela, hallábase ésta de rodillas al pie de la cuna de su hijo, que la sonreía con su boca sonrosada y sin dientes y miraba al cielo con sus ojos azules.

LA CARTA DEL SOLDADO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La carta del soldado. ⁽¹⁾

Hospital de Málaga, 15 de Noviembre de 1895.

Aquí me tienes, Pepa, en una cama muy blanda y muy limpia, asistido por un médico de mala cara y buenas acciones, y por una Hermana de la Caridad, que con sus tocas blancas y su ir y venir cuidadoso en rededor mío, me recuerda las palomas que revoloteaban sobre las tapias de tu huerto, mientras hablábamos nosotros sentados en un montón de tierra, con las manos reunidas y las cabezas casi juntas... ¡Si vieras cuánto me acuerdo, Pepa, y cuántas ganas tengo de volver á la aldea, y mirar otra vez sus campos, sus casas y su campanario y tus ojos azules!... En fin, paciencia, como dice la hermana; aguantarse, como gruñe el médico. Menos mal que la bala no ha cogido hueso y no habrá que cortarme la pierna. Diselo á mi madre para que no se apure y se pase el día llorando.

(1) Escrita durante los acontecimientos de Melilla.

La verdad es que esto de la guerra, visto de cerca, mete miedo, y al más valiente le pone el corazón como una avellana. Los soldados viejos, que han estado en otras, dicen que todo es hasta acostumbrarse. Puede; pero yo no me he acostumbrado aún, y á los que, como yo, llevan seis meses en filas, les ocurre lo propio.

Cuando nos dijeron en el cuartel que los moros habían insultado nuestra bandera; que íbamos á vengarla; que la patria confiaba en nosotros, y por ese estilo una porción de frases que nos *endilgó* el coronel, el que más y el que menos sentíase capaz de acabar con todos los moros de morería; luego en la estación, cuando nos despidió tanta gente y los hombres exclamaron: ¡Viva el ejército! y las mujeres nos saludaron con los pañuelos, y arrancó la máquina, me pareció á mí, y debió parecerles á todos, que podíamos comernos al enemigo en un abrir y cerrar de boca. Después... No es que no hayamos cumplido... pero, vamos, que la cosa cambia... ¡y se pasa un rato y hay un momento!... Créeme, Pepa; esto de la guerra es muy malo.

Al recordar el día de la acción se me abren las carnes. Empezó el tiroteo por la mañana; los moros eran muchos y fué preciso ir en ayuda de los compañeros. Se formó el regimiento y echamos á andar con el fusil al hombro; los jefes delante y los oficiales al lado. Así avanzamos como quinientos pasos; desplegó el primer

batallón con las armas dispuestas, y salimos de frente. Aún no se divisaba á los moros; estaban más lejos, en las trincheras. De pronto los vimos. Eran muchos, muchos; ¡y daban unas voces!...—¡Preparen!—dijo mi capitán; y empezó el fuego.

¡Qué fuego, chica! Las balas caían sobre nosotros como granizo, y pasaban cerca de mis oídos haciendo ¡chits! ¡chits!... Era un ¡chits! terrible; no como el tuyo cuando me llamabas por la noche desde la reja de tu cuarto; aquel me hacía sonreír de gusto, y este me ponía les pelos de punta...

Fué preciso desplegar el segundo batallón; ¡que si quieres! los malditos moros no se asustaron. Los hombres caían á mi alrededor como pájaros; unos sin decir nada, redondos; otros prorrumpiendo en ayes y blasfemias. El regimiento dió un paso atrás.—¡Animo, muchachos!—exclamaron los jefes; pero los moros, escondidos en las trincheras, nos fusilaban á placer. No sé lo que les pasaría á los demás; de mí sé decirte que sentí un frío muy grande por todo el cuerpo y unas ganas de apretar á correr más grandes aún; hubiera dado tres dedos de la mano derecha por estar en mi casa, lejos de aquella granizada de balas. No me atrevía á levantar la cabeza; el fusil me pesaba cinco arrobas, y las piernas me temblaban como si las tuviese hechas de azogue. Créelo; entonces sólo espermentaba un deseo; el de volver la espalda y huir.

A los otros debía pasarles lo mismo, porque el movimiento de retroceso se acentuó mucho... En aquel instante llegó a mis oídos la voz áspera y enérgica del coronel, que gritaba:—¡Hijos míos, vamos a morir por la patria!... ¡A la bayoneta!

Levanté la cabeza, y vi allá, delante de todos, al coronel sobre un caballo negro, con su bigote gris erizado y la espada en la mano; a mi lado estaba un teniente con los ojos echando chispas, muy pálido, pero muy resuelto.—«¡Adelante!»—gritó también.—¡A la bayoneta!...» Hubo algo así como un vaivén de hombres; luego todos gritamos: «¡Viva España!» y el regimiento entero avanzó. Yo cerré los ojos para no ver al enemigo que estaba enfrente, y así marchamos deprisa, muy deprisa, sin disparar un tiro, entre el sonido metálico de las cornetas y un huracán de plomo que nos envolvía y nos diezmaba... Un choque terrible me advirtió que habíamos llegado. Al abrir los ojos vi á un morazo que me amenazaba con su gumía. Eché mi fusil hacia atrás, lo empujé con los dos brazos hacia adelante, lo hundi en una masa de carne, un chorro tibio y pegajoso salpicó mis manos, y el moro rodó como un taco á mis pies. Aquella sangre me volvió loco; se me había pasado el miedo; sólo quería una cosa: matar y matar; y me revolví de un lado á otro, dando á derecha y á izquierda, empujando atrás y adelante mi fusil, que chorreaba sangre desde la punta

de la bayoneta hasta el percutor. De pronto sentí como una pedrada en el muslo; quise avanzar y caí de espaldas...

Cuando volví en mí, estaba en la plaza, acostado en una camilla. Mi coronel me miraba con los ojos enternecidos, y me abrazó diciendo:—¡Bravo, muchacho, eres un héroe!

¡Un héroe!... Bueno, lo seré; no me he enterado bien de lo que es eso. Si fuera por mí, me volvería á la aldea contigo; pero parece que es preciso vengar mi sangre, porque mi sangre es de la patria y la patria es como la madre: al que la abofetea hay que matarlo.

Ahí tienes lo que me pasó; según el coronel, soy un héroe. En cuanto esté sano volveré allí y pelearé con los moros; ¡pues no faltaba más!... Pero, créeme, Peña, esto de la guerra es muy malo.

JUAN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"PEÑA Y NEYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



UN DIVORCIO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Un divorcio.

Hacia un mes de su matrimonio... ¡Cuánto se quisieron de novios!... ¡Qué deliciosa pareja formaban después de casados!... ¡Cómo se paraba la gente en la calle cuando salían juntos, para señalarlos, ensalzando en él los prestigios de un nombre conocido en el mundo del arte, y en ella la hermosura, la inocente coquetería de los ademanes, el azul resplandor de sus ojos, velados por largas pestañas; el suave cimbreo de su cuerpo y la deliciosa armonía de su conjunto, donde se confundía, en crepúsculo encantador, la virgen que ha dejado de serlo y la esposa que lo empieza a ser!

El inspiraba simpatía con su aspecto de luchador, su perfil atrevido, sus ojos tenaces dirigidos hacia adelante como una sonda que penetrase para medirlos y vencerlos, los abismos del porvenir; su frente, bruñida por el continuo ir y venir de los pensamientos; su bigote, erizado sobre unos labios voluntariosos; su barba firme y su cuello de atleta. Agil, nervioso, trajeado

con indiferente desaliño, que llegaba al descuido, sin tocar en la dejadez, y le prestaba una elegancia personal que no era deudora de vasallaje á los figurines de sastrería, era un hombre del que ella podía mostrarse orgullosa.

Y ella... A ella daba gozo mirarla, tan peripuesta, tan bonita, tan satisfecha de su casorio; agarrándose muy fuerte al brazo de él, y marchando á su lado, con los párpados medio caídos y la boca entreabierta, como si aún sintiera agitada su sangre por el primer beso de amor, ese beso á cuyo contacto la mujer adelanta los labios y cierra los ojos, porque á la vez tiene codicias de recibirlo y vergüenza de verlo. Esbelta, deliciosa, respirando su felicidad y moviendo á compás sus piecitos, holgadamente prisioneros en unas botas de tafete, era, vista en la calle, si su alma respondía á la estructura de su carne, la más hechicera imagen donde pudo encarnarse un porvenir.

—¡Qué buena pareja hacen!—exclamaban todos al verlos.—Han nacido el uno para el otro.—Y no era cosa de dudarlo, puesto que ellos lo creían también. Se casaron como dos locos; seducido él por la belleza de ella, por la bondad de su carácter, por la modestia de sus aspiraciones, porque no dudaba de que fueran tales signos exteriores anuncio de un futuro dichoso, donde las almas se compenstrasen al primer choque, como los cuerpos se habían compenetrado

al primer abrazo. Así se caso él; como ella lo hizo sugestionada por el gracejo de las palabras de él, por la fantasía de su imaginación, por el afán de poseer á un hombre de quien todos se deshacían en elogios y calurosas alabanzas. ¡Y se entenderían perfectamente!... ¡Vaya!... ¿No se habían entendido hasta entonces?—¿Me quieres?—Sí.—Tú eres mi dicha.—Tú la mía.—¿Verdad que sientes como yo?—Como tú y contigo.—¿Verdad que eres mía, completamente mía?—Nada más que tuya.—Nunca discreparon en esto desde que empezaron á adorarse hasta que el cura les echó la bendición, buscando la del cielo con sus pupilas de anciano creyente.

Verdad es que después de los quince primeros días, durante los cuales vivieron como viven los pájaros en primavera, embelleciendo el nido con sus trinos, con sus caricias y con sus locuras, que parecen locuras de ángeles, porque abren las alas y se perpetran cerca del cielo, notó ella que un artista es un ser muy raro, distinto de los otros; que no eran todo esplendores en su presente, ni goces en su vida de recién casada; que más abundaba en tarros de pintura el estudio de su marido, que en billetes del Banco los cajones de la mesa del despacho; que el dinero podía faltar de un momento á otro, y que él no trabajaba mucho por adquirirlo, porque no era seguramente trabajar aquello de pasarse las horas muertas tumbado boca arriba sobre

una *chaise-longue*, arrojando humo por las narices y por la boca, sin hablar palabra y con los ojos fijos, inmóviles, sin darse cuenta de los objetos exteriores, como si mirasen hacia adentro y hubieran cegado por fuera... Pero aquello no tenía importancia... Al mes de matrimonio no podía exigirle que entrase en la normalidad de la vida; natural era que sólo pensase en adorarla; natural que se entregara a descansos forzosos; que el trabajo le repugnara... Más adelante sería otra cosa; no iba a faltarle nada... ni lujo, ni distracciones, ni placeres... Un artista de tanto renombre está libre de miserias, de privaciones y de ayunos. ¡Pues no faltaba más!... Estaba segura de no engañarse.

Esto es lo que notaba ella en su marido; y él... palabra de honor, que no había notado nada en ella, sino que era *muy mona* y que sería la impresión viviente de la novela soñada por él en su juventud... Claro que su educación burguesa y rutinaria la obligaba a no comprender ciertas cosas... pero era demasiado pronto; en el fondo del espíritu de su mujer había todo lo que él necesitaba. Hallábase cierto de encontrarlo el día que necesitara pedirlo... Las contrariedades minúsculas que su mujer experimentó cuando él, bien contra su voluntad, no pudo satisfacer alguno de sus inocentes deseos; el desasosiego que manifestara cuando le dijo un día que les era preciso moderar sus gastos; algún que otro bostezo escapado a su boca mien-

tras él se daba a pensar horas y horas en su cuadro futuro, pasaron como nieblas del amanecer en mañana de Julio; una caricia se convertía en rayo de sol para disiparlas. Ella le entendía; ¡claro que sí! Era su otro yo; el ángulo complementario de su vida...

Y sin otras preocupaciones que aquellas; felices como nadie, y como nadie seguros de entenderse siempre, estaban un día en el estudio, él sentado en su silla de tijera, con la paleta en una mano, el pincel en la otra y el lienzo delante; ella con el ovillo de hilo sobre la falda, la aguja entre los dedos y la labor sujeta a la rodilla por un alfiler; él pensaba en su próximo triunfo; ella en una cuenta que no se había podido pagar; y mientras él se desabrochaba la blusa de trabajo como si no quisiera verse oprimido por ningún obstáculo en la concepción trabajosa de su obra, ella se arreglaba coquetonamente los encajes del *matinée*, para que su marido la encontrase muy guapa.

Hubo unos momentos de silencio, sólo turbado por el roce del pincel sobre el lienzo y por el entrar y salir de la aguja en los dobleces de la costura... De pronto él se volvió; tenía el espíritu caldeado por la inspiración; su cuadro, apenas abocetado sobre la tela, surgía entero y lleno de grandeza en el interior de su cráneo; sentíase vencedor antes de triunfar; la fiebre de la lucha, extendiéndose por su semblante, le comunicaba una seguridad sublime, y la conciencia de su ge-

no subía á sus labios, ansiosa de caer en oídos que ni se cerraran á impulsos de la envidia, ni se quedaran sordos en un espasmo de indiferencia... ¿Qué mejor depositario de sus esperanzas, que la hermosa criatura que tenía enfrente; aquella en quien había vinculado su porvenir?... A ella se volvió, y cogiendo entre las suyas sus manos, clavando en sus ojos azules, los suyos relampagueantes de fiebre, de ambiciones, de sueños de gloria, le dijo:

—Mira, vida mía. ¿Ves ese lienzo á medio pintar, esas figuras indecisas que sobre él se abocetan, eso que parece una mancha oscura y una tela grosera?... Pues es algo muy grande; una matriz fecunda y potente, donde mi cerebro va á arrojarse el germen de una concepción vigorosa; ahí está, yo lo veo, un triunfo, á cuyo lado valdrán poco todos cuantos hasta ahora obtuve. Mi cuadro será algo sublime, porque lo tendrá todo: idea, forma, armonía y color; yo lo miro, lo miro tal y como ha de ser, y al mirarlo gozo... No más victorias regateadas y vulgares; quiero un triunfo definitivo, y ese triunfo está aquí. Con este cuadro venceré á la envidia, afirmaré mi nombre, seré grande... No lo dudes, lo juro. O no valgo nada, ó estoy loco, ó esta obra será la columna más firme de mi reputación y de mi gloria. ¡Oh, qué dicha!... ¡Vencer á todos!... ¡Ser superior á todos!... ¿Comprendes mi gozo; comprendes lo que esto representa para mí... para nos-

otros, porque mis victorias son tuyas? Lo comprendes. ¿Verdad que lo comprendes, bien mío?

—¿No he de comprenderlo!—respondió Julia con el rostro coloreado por la alegría. Si tu cuadro es como lo imaginas, vamos á ser muy felices.

—¿Mucho, amor mío!

—Ya lo creo que sí. Lo menos te dan por él diez mil duros. ¡Cuánto dinero!

El pintor miró á su mujer con asombro.

—¿Nada más que eso—le preguntó con voz nerviosa—se te ocurre, después de oírme? ¿No esperas nada más?

—¿Te parece poco!... ¿Crees que te darán más dinero por él?...

El artista se puso pálido; sintió algo así como si le hubieran hundido un puñal en el alma, y arrojó al suelo con desesperación los pinceles y la paleta.

—¿Qué tienes?—dijo ella.

—Nada. Es el cansancio del trabajo; hoy no trabajo más.

Y dirigiéndose hacia su cuarto, exclamó en voz baja:

—Mientras yo pensaba en la gloria, ella pensaba en el dinero... El artista solo es para ella una letra de cambio... Se acabó. Ya no tengo mujer. Acaba de divorciarnos con una frase.



DE LA ÚLTIMA HORNADA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

De la última hornada.

—«No le quepa á usted duda; el secreto de la vida está en divertirse, sólo en divertirse; sin descuidar, por supuesto, lo que á nuestras comodidades y á nuestro porvenir se refiere.»

Así se expresaba un joven de veintidós á veintitrés años, asiduo concurrente á cierto café donde asisto yo todas las tardes, como quien asiste á una cátedra; porque si el café constituye en la mayoría de los casos un centro de holganza y un congreso de maldicientes, puede también resultar, para algunos, un observatorio de hombres como otro cualquiera.

Aquel joven era, y sigue siendo, mi contertullio de mesa; yo me complazco en escucharle porque representa de hecho y de derecho la última hornada de nuestra juventud, y ¡qué demonio! bien se pueden perder dos horas averiguando cómo razonan y cómo discurren los que á la vuelta de algunos años han de influir en los destinos de la patria con el esfuerzo de sus músculos ó con los productos de su inteligencia.

Viste el mozo á quien me refiero con irreprochable elegancia. Entre él y los figurines de sastrería solo existe una diferencia: los segundos no hablan, mi contertulio lo hace por los codos. Si esta diferencia resulta favorable para los figurines ó para mi amigo, cosa es difícil de averiguar; yo al menos reservo cuidadosamente mi opinión. Su indumentaria, repito, es de última moda y ajusta á maravilla en su cuerpo débil, sobre cuyos hombros descansa una cabeza de ojos perezosos, y de cutis pálido, no con esa palidez mate y saludable que acusa la energía de un temperamento nervioso; sino con esa otra palidez blancuzca y enfermiza que sirve de manifiesto el desplome de un organismo deshecho, por abusos propios y por males hereditarios. Yo contemplo siempre á este individuo con íntima tristeza, porque me parece que él y cuantos iguales á él circulan por calles, salones y teatros, son los últimos esputos de una raza que sucumbe con el raquitismo en la sangre y el desequilibrio en el cerebro.

—¿Conque divertirse, eh? ¿Nada más que divertirse? exclamé, repitiendo las últimas palabras de mi interlocutor.

—Así como sueña —repuso él. De sobra he hecho perdiendo seis años en estudiar á tropezones una carrera que me de posición oficial en el mundo; ahora que tengo el título pienso gozar todo lo que pueda y

hasta donde mis recursos me lo permitan; por algo hay en la corte mujeres hermosas y maridos simples, y padres imbéciles, y centros de placer; por algo soy yo joven. ¡Qué diablo! Los hombres como yo no han nacido para el trabajo. Que trabajen las bestias y los jornaleros; que discurren los filósofos; que inventen los sabios. Yo no me ocupo en tales disparates.

—¿De modo que piensa usted dedicar su vida entera á divertirse? ¿Que no tiene usted otros propósitos? ¿Que de joven, como lo es usted hoy, y de hombre maduro, como lo será usted mañana, y de viejo, porque á viejo llegará usted si no se muere, está decidido á hacer lo mismo, sin preocuparse de otra cosa?

—¡Quiá, no señor! Soy hombre práctico. No me lanzaré á esos desenfrenos públicos, y casi siempre inofensivos, que perjudican el bienestar y el porvenir de algunos infelices. Si yo tuviera una fortuna inmensa, acaso lo haría; pero no la tengo. Cuando lo juzgue necesario y útil á las contingencias futuras de mi vida, me casaré.

—¿Para constituir un hogar dichoso? ¿Para enaltecerse por el trabajo? ¿Para mirarse en los ojos de una mujer bella y virtuosa? ¿Para tener una compañera en sus alegrías y un consuelo en sus infortunios? ¿Para...?

—¿Quiere usted callar! hombre, ¡quiere usted callar! ¿Quién se casa en el mundo para eso?... Lo que menos me importa á mí es que mi mujer sea guapa, y

buena y humilde; lo que necesito yo ante todo y sobre todo, es una mujer rica; tampoco me opongo á que sea tonta; miel sobre hojuelas. Con esposa de tales condiciones podía seguir divirtiéndome sin temor á miserias ni á contrariedades. En sabiendo cubrir las formas—de esto yo me encargo—se consigue la felicidad. Si mi mujer es fea, pagaré con mi dinero, ó con el suyo (para el caso es igual), una querida hermosa que satisfaga mis apetitos. Tendré buena casa, buena mesa, caballos en la cuadra, un coche á mi disposición, amigos que me agasajen y me adulen; trabajaré poco, ó mejor dicho, no trabajaré nada; solo que á fin de no merecer entre mi familia renombre de holgazán, procuraré habilitarme un despacho pertrechado con todos los requisitos de fórmula, desde una mesa muy grande, un tintero casi tan grande como la mesa, hasta una biblioteca llena de libros de todos los autores, clases é idiomas.

—¿Piensa usted entregarse á la lectura en sus ratos de ocio?

—No, señor. ¡Lecturas!... ¿A qué fin?... Los versos me fastidian, las novelas me aburren, la ciencia me empalaga. ¿Qué me importan á mi los sentimientos traducidos por un poeta en renglones cortos, que siempre me suenan á huecos? ¿De qué valen esas pinturas de costumbres, que hacen los novelistas condenándolo todo y sin arreglar nada? ¿Qué se me da á mi de los

inventos modernos? ¡Inventos!... Con utilizarlos cuando los necesite, tengo bastante... Lo de la biblioteca lo haré por lujo y nada más; se lo juro á usted sinceramente.

—No reclamo el juramento, amigo mio; le creo á usted bajo su palabra de honor.

—Muchas gracias.

—¿Siendo usted tan poco aficionado á la literatura, aborrecerá también el teatro?

—El teatro es distinto; en el teatro hay gente, se lucen trajes, joyas; se habla, se murmura... Como entretenimiento no me parece mal. Palco en la ópera no ha de faltarme, si mis deseos se realizan; y para solaz del espíritu, ahí están los teatrillos de hora, que son una deliciosa institución. Lo que sí le prometo á usted con toda mi alma, es no asistir á los teatros donde se representen dramas y comedias serias. No pienso frecuentarlos más que en días de estreno, y eso para ver si logro reventar la obra y matar al autor á silbidos.

—También lo creo, joven; no necesita usted esforzarse en demostrarlo; pero permítame usted una pregunta. Fuera parte de la querida que á diario le aburre, de la ópera que *toca* cada tres noches y de los teatrillos por entregas; usted, que ni lee, ni estudia, ni se molesta en discurrir, ¿cómo piensa emplear su tiempo?

—¿Cómo?... Dedicándolo á otras cosas, las cuales, sobre no valer menos, entretienen más. Dos horas de

sala de armas no hay quien me las quite; manejo la espada, el florete y la pistola regularmente, y no quiero perder la costumbre: así, cuando tenga una de esas cuestiones de amor propio, que nunca faltan en el gran mundo, mataré á mi contrario; esto proporciona fama y prestigio; desde la sala de armas saldré á dar un paseo á caballo, porque soy buen jinete, no he descuidado mi educación, y los días de aburrimiento me iré á caza: también soy un cazador notable.

—Me felicito de ello; siendo buen jinete, buen cazador y esgrimidor famoso, puede usted prestar grandes servicios á la patria, acudiendo á salvarla el día que se encuentre en peligro.

—¡La patria!... ¡Y qué es la patria? ¿Por ventura existe? La patria se encuentra en cualquier sitio donde uno pueda vivir tranquilo y satisfecho. ¡Defenderla! Que la defiendan los soldados y la gente de poco más ó menos; bueno que esta idea se emplee para conmovérse á las masas; para adquirir popularidad; pero sacrificarse por ella es un absurdo; elaro que yo no diré tales cosas cuando me nombren diputado; hablaré de la patria todos los días y en todos mis discursos, y haré lo que hacen muchos, la mayor parte de los que la invocan; llevarla en los labios y suprimirla en el corazón.

—¡Magnífico! Eso se llama tener práctica y experiencia, y espíritu sagaz y calculista. Por supuesto que

cuando usted ocupe un escaño en el Congreso de los Diputados, no lo hará ansioso de proteger los derechos del ciudadano, los intereses del país, las libertades públicas, el progreso, etc...; se servirá usted de esas palabras en obsequio propio, y llegará á ministro, porque usted llega á ministro de seguro, para satisfacer su vanidad y el apetito de unos cuantos aduladores.

—Justo. Ha interpretado usted mis sentimientos á maravilla.

—¡Basta, joven, basta!—exclamé estrechando entre mis brazos, con tanta fuerza que casi lo ahogo, á aquel representante de la moderna juventud—basta, no siga usted; tiene usted razón que le sobra. ¡El secreto de la vida está en divertirse! ¿Para qué sirven todos esos nombres huecos de amor, virtud, justicia, patria, civilización y progreso? ¿Qué es la ciencia sino una carga insoportable? ¿Qué es el arte sino una mentira estúpida? Nada, nada; yo felicito á usted cordialmente desde el fondo de mi corazón. Buenos trajes, buenos caballos, buena mesa, buena salud y buenas queridas; lo demás, ¿qué importa? Adelante, amigo, adelante, y si alguien le dice que con tales ideas y con tan pobre juventud las naciones se estancan y los pueblos desaparecen, diga usted que por muy deprisa que vayan las cosas, usted no ha de verlas...



UN TRIUNFO MÁS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"SAN F. DE ALZATE"
1425 MONTERREY, MEXICO



Un triunfo más.

Fué una verdadera desgracia para la condesa el fallecimiento de su marido.

Eran tan felices, formaban tan encantadora pareja, el uno con su bigotillo negro vuelto hacia arriba, sus ojos pardos y asombrados, su talle elegante y su aristocrático *monocle*, y la otra con sus pupilas azules, sus cabellos rubios, su cutis blanco y fino, y su *impertinente* de concha, que resultaba difícil tropezarse con matrimonio más igual en su clase.

Uniales su origen, por línea directa, á familias de rancio y empingorotado abolengo, llevaban cinco ó seis títulos nobiliarios á la cola de sus apellidos, y tenían un par de millones de renta entre los dos; á ella la trajeaba la modista más famosa de París; á él el sastre más caro de Londres; ella poseía las mejores joyas de la corte; él los mejores caballos, y ambos un palacio magnífico y dentro del palacio habitaciones separadas.

En punto á cultura, no hay que decir; habían visitado las principales capitales y los balnearios más lujo-

nos de Europa; la condesa sabía cuatro idiomas; el conde cinco; de castellano no andaban muy bien; pero, ¿para qué lo querían ellos? En el Real, su teatro predilecto, se hablaba, ó mejor dicho, se cantaba en italiano; sus conversaciones particulares eran un pisto lingüístico, en el cual pisto entraba el castellano de contrabando y vergonzantemente; cuando por casualidad ó por compromiso veíanse obligados á asistir á los teatros serios donde se representa en español, sus nociones, aunque rudimentarias, eran suficientes á entender, ya que no á comprender, lo que los cómicos decían. En punto á lecturas, tampoco echaban de menos el lenguaje patrio, porque la condesa no hojeaba más que la *Mode de Paris* y alguna novelita, francesa también; y el conde, con la revista hipica que le remitían de Inglaterra todas las semanas, tenía más que sobrado pasto para su entendimiento; las facultades digestivas de sus cerebros no toleraban otro género de manjares.

Aquellos dos seres, pues, habían llegado á complementarse, á formar un todo armónico y perfecto, y eso que los sentimientos, según y como los hombres de corazón los entienden, fueron parte mínima en su consorcio; aquel matrimonio estaba unido no como se unen las almas, por leyes de afecto, como están unidos los ángulos complementarios, por leyes geométricas.

Sin embargo de esto, ¿se amaban el conde y la condesa?... ¿Por qué no? Los hombres y las mujeres han empequeñecido el amor tanto, que este se halla al alcance de cualquiera que tiene novia y se casa con ella, ó de cualquiera que tiene novio y se casa con él.

No diré yo que este retrato sea la imagen de dos corazones que se confunden, pero acaso pudiera ser el enlace de dos vanidades que se entienden...

Decididamente el conde y la condesa se amaban.

Dicha completa la suya, sólo enturbiada por la marquesa de X, una muchacha muy rica, tan morena como rubia la condesa, idéntica á ella en gustos y en inclinaciones, y hecha á disputarle el cetro de la hermosura por todos los medios y todos los sistemas que son de uso y costumbre en estos duelos de amor propio.

Casó la condesa con un mozo joven y rico, noble y elegante, y la marquesa lo hizo al propio tiempo con otro que no le iba en zaga; dueñas de sus casas, hermosas y avarientas de goces, trocóse en odio la rivalidad que antes las dividiera, y la una por tener mejores trajes que la otra, la otra por dar más fastuosos bailes que la una, las dos, en fin, por ser reinas de la moda en la corte y fuera de la corte, gastaban sus rentas y empeñaban sus capitales con gran contentamiento de sus cónyuges que, rivales también, procedían, sobre poco más ó menos, lo mismo.

La marquesa había enviudado el año anterior. Por

tal causa hallábase libre de competencias su contrincente y era sola en el dominio á que su belleza, sus títulos y su fortuna la habían hecho acreedora; tregua necesaria y providencial, porque los gastos iban en aumento con aquellas pícaras rivalidades, y apenas si dejaban al conde desahogo para mantener decorosamente á una muchacha á quien sostenía por lujo y por vanidad, más que por inclinaciones adúlteras y por instintos pecaminosos.

Entre sus caballos y su querida no establecía más que una diferencia: á los primeros los tenía en la cuadra para montarlos cuando lo estimaba oportuno; á la segunda le había puesto un piso en la calle del Almirante: variación de local que en nada influye al fondo de la cosa.

Pero la suerte es variable, como dijo un sabio hace muchos siglos y como han seguido diciendo después bastantes imbéciles; las pasiones y los conocimientos, hasta los hipócos, son perjudiciales á la humanidad. El conde salió un día á paseo en el más fogoso de sus caballos, se desbocó éste, no pudo el jinete desestribarse á tiempo, y se partió la cabeza contra el empedrado de la calle, ensuciándose la ropa de lodo, detalle que él hubiera sentido mucho saber; la Providencia le ahorró el disgusto, dejándole muerto en el acto.

*
*
*

Tendido en un lecho, y lavada la sangre que minutos antes cubrió sus heridas por la mano experta de un médico, veíase el conde, pálido y correctamente vestido; sobre la pechera de su camisa descansaban los cordones de las Órdenes militares á que en vida perteneció; el ayuda de cámara había desempeñado por última vez sus funciones; y paraba tal de elegante y atildado el difunto, que si la *danza de los muertos* fuese un hecho real, hubiérale correspondido en ella de derecho el puesto de honor.

Una lámpara de cuatro brazos alumbraba la lujosa habitación, proyectando sombras sobre este objeto, luz sobre el otro; reflejos sombríos en el cortinaje de terciopelo obscuro, resplandores siniestros sobre la cama y rayos amarillentos en la fisonomía del difunto...

¡Pobre muchacho! ¡Tan joven, tan rico y tan buen jinete! Hay que convenir en que era la suya una pérdida lamentable.

Entre tanto la pobre condesa, encerrada en su gabinete y mostrando en su rostro hermosísimo el estupor y la angustia que le causaba aquella desgracia, seguía con ojos húmedos todos los movimientos de su doncella, que registraba los armarios de roble buscando una bata negra, completamente lisa y propia a las necesidades del momento.

—¡No la encontrarás—decía la pobre señora—no debe haber ninguna! Claro ¡quién iba á pensar en se-

mejante cosa! Con estas muertes imprevistas no tiene una tiempo de preparar nada... nada absolutamente... ¡Pobre conde! Y prorrumpió en sollozos, en sollozos sinceros y francos, porque, no me cansaré de repetirlo, la condesa amaba á su marido todo lo que ella era susceptible de amar.

Por fin, entre aquel *maremagnun* de rasos, terciopelos, encajes y sedas, apareció una bata negra, lisa, completamente lisa, algo pasada de moda... ¡Qué remedio!... Era preciso conformarse por un par de días.

Quitóse la viuda el lujoso vestido que llevaba, y arrojando sobre sus hombros el traje de luto, pasó inadvertidamente por delante del espejo de luna que adornaba la habitación; sus ojos, enturbiados por las lágrimas, se fijaron distraídos en el cristal, y rápidamente, sin dejar de pensar ni en su marido ni en su desventura, la condesa se dió cuenta, y experimentó al dársela un placer fugitivo, de que estaba muy hermosa y de que sus cabellos rubios formaban un contraste bello con los tonos sombríos y severos del traje.

—La señora —dijo la doncella—¿ha dado órdenes al mayordomo para el entierro del señorito?

—¡Ay! —exclamó la viuda.—Sí; pero ese hombre no tiene gusto, y si se le deja á él, saldrá todo como Dios quiera. Eso no es posible—añadió inmediatamente;—yo necesito que el entierro de mi esposo sea el mejor

que se ha hecho en Madrid, mejor que el que le hizo su viuda al marqués.

El recuerdo de la rival había acudido á su memoria en aquellos instantes, y juntamente con éste, el del entierro hecho por aquella á su marido, entierro fastuoso, del que se ocuparon, describiéndole en sus más mínimos detalles, todos los periódicos de la villa. Erale preciso á la condesa que las exequias de su aporreado consorte superasen á las otras; ella no podía dejarse vencer por *aquella tonta*, ni en los umbrales de la muerte.

Esta idea, grabándose en la imaginación de la viuda, la hizo adquirir fuerzas para llamar á un mayordomo y á un primo de ella que estaba muy al corriente de todos los asuntos de la casa.

—Aún es tiempo—le dijo al uno,—telegrafía á Valencia para que manden en el primer tren y á escape las mejores flores que se encuentren allí; un coche estufa lleno, cueste lo que cueste; lo importante es que se encuentren aquí mañana. Usted—añadió dirigiéndose al mayordomo—avise en la Funeraria más de moda para que preparen el entierro más caro; que todos los coches de gala de la casa estén enlutados; que la servidumbre vista también los trajes de gala y se adorne con crespones negros. Tu—significó volviéndose á su primo,—vete á los periódicos, que pongan una esquela mortuoria de las más grandes... el tamaño más

grande, ¿comprendes? Usted — al mayordomo, — que avisen á la iglesia; entierro de primera clase, funerales de primera clase... ¿Qué más? ¿Falta algo más?... Decídmelo, por Dios, ¡Que no falte nada! Porque si tras de la pena que tengo esto saliese mal, me moriría, les aseguro á ustedes que me moriría.

Y la condesa, llorando mucho y retoreiendo nerviosamente el cordón de la bata, animaba á su primo, al mayordomo, á la doncella, á todo el mundo, en fin, para que cumpliesen fielmente sus órdenes.

Durante veinticuatro horas estuvo toda la casa en movimiento; criados que bajaban precipitadamente por las escaleras de servicio, palafreneros y mozos de cuadra limpiando los caballos, lustrando los coches, colocando gasas y crespones en los faroles, guarniciones y portezuelas; dependientes de la Funeraria llevando á hombros inmensos cortinones de terciopelo negro, robustos é innumerables cirios, la repisa de *peluche* sobre la cual había de descansar el ataúd, el ataúd mismo, un ataúd que inspiraba deseos de morir, sólo por el gusto de que le metieran á uno en él; por la otra escalera subían los sirvientes á brazadas, flores y más flores, blancas unas, rojas otras, de vivos y penetrantes perfumes las más de ellas; rosas té, rosas dobles, claveles, jacintos, un jardín de Valencia entero y ver-

dadero que se desparramaba por los peldaños, por la antecámara, por los salones, hasta caer en montón sobre la esterilla de una estancia, donde varias mujeres y algunos hombres tejían coronas, ramos, guirnaaldas, canastillos, cuantos caprichos é inventos les proporcionaban sus facultades naturales y los adelantos de su industria... Todo aquello no tenía más que un objeto: enterrar dignamente al señor conde.

Llegó, por fin, la hora de trasladar los restos del conde á la última morada. No he dicho restos mortales, porque no tengo noticias de que su excelencia pudiera dejarlos inmortales, y, por consiguiente, sobra el término diferencial; llegó la hora; el momento supremo; la salida del cadáver; los carruajes de los invitados no cabían en la espaciosa calle; á la mitad de ellos les había sido preciso colocarse en las inmediatas, formando grupos animados por el pataleo de los caballos, el jurar de los cocheros, las voces de los amos que los buscaban y el abrir y cerrar de las portezuelas. El coche fúnebre se hallaba á la puerta; un coche magnífico, de cuya *arquitectura* no podía uno darse cuenta porque estaba materialmente cubierto de flores, de coronas y de cintajos; ocho caballos negros, lujosamente enjaezados tiraban de él; al lado de cada caballo había un palafrenero, ostentando sobre su cuerpo la

eniutada librea de la casa y la blanca y aristocrática peluca, que formaba un contraste grotesco con aquellas fisonomías innobles y rústicas; detrás del carro mortuorio iban las carrozas de gala de la casa, la servidumbre entera, y luego coches y más coches, todos los coches propios de Madrid á no dudarlo.

Bajaron el ataúd á hombros por la espaciosa escalera del palacio cubierta de flores, lo mismo que el portal y que las baldosas de la calle; lo depositaron en el carro con gran respeto, cogieron las cintas ocho enlutados y al parecer entristecidos señorones, y el cortejo fúnebre se puso en marcha entre el vocerío de los chicuelos de la calle y la admiración respetuosa de todos los vecinos del barrio.

Al arrancar el coche mortuorio se alzó discretamente la cortina de uno de los balcones, mostrando un rostro pálido, adornado por una mata de cabellos rubios; era la condesa, que lloraba con toda su alma, despidiéndose de quien también y por tan cumplido modo había satisfecho sus gustos. Quería darle el último adiós y se lo daba entre lágrimas y sollozos; pero ante la magnificencia del entierro, por entre aquellas lágrimas y por entre aquellos sollozos, asomó una sonrisa de alegría y de orgullo.

Su marido iba al cementerio mucho mejor que fué el marido de *la otra*.

SÍNITE PÁRVULOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
REGISTRADO
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Síntese párvulos...

Lo que voy a referir no es un cuento, es un suceso acaecido delante de mis ojos en las primeras horas de una noche de invierno, bajo un cielo obscuro, sobre un suelo encharcado y á la luz blanca de una lámpara eléctrica.

Oídlo; merece la pena de escucharse; á mí me ha hecho el favor de reconciliarme con mis semejantes por una temporada.

Os lo contaré tal y como ocurrió, sin poner nada de mi cosecha. Exhornar de metáforas y ditirambos lo sublime es una estupidez y una falta de respeto grande: algo así como poner letra á la *Patética* de Beethoven.

* *

Junto á la verja del ministerio de la Guerra pide limosna un ciego, á quien han visto todos mis lectores de Madrid, sentado en una silla de tijera, flaco de miembros, roto de traje, enjuto de cara, con un violín desafinado entre los brazos y una bandeja de latón so-

bre las rodillas. Que llueva ó hiele, que el calor le sofoque, ó le entumezca el frío, allí está ese proscrito de la luz, rascando antiartísticamente las cuerdas desfilachadas de su instrumento, desbaratando melodías, poniendo música á su miseria, oyendo sonar las horas en el reloj del Banco y circular personas y coches por la anchurosa vía, esperando que una moneda de cobre caiga en la bandeja, para meterse la moneda en el bolsillo del pantalón, y retirándose á la madrugada con el violín debajo del brazo, y la silla de tijera en la mano para irse á dormir Dios sabe dónde y no importa cómo.

Debe ser muy triste la existencia del pobre ciego: la fortuna le ha privado de cuantas comodidades hacen soportable la vida; la naturaleza de aquellos placeres que no se pagan con dinero, porque no habría dinero con qué pagarlos. ¿Con qué pagar el espectáculo de un cielo azul, de una agrupación de nubes coloreadas por el sol, de un horizonte negro, que á veces se ilumina y se rasga para dibujar en su fondo ángulos rojizos y zig-zags cárdenos? ¿Con qué pagar el espectáculo de una primavera llena de flores, de un otoño salpicado de frutos, de un invierno cubierto de nieves, de un estío pletórico de luz? ¿Con qué el ir y venir de una multitud que por nuestro lado pasa y ondula destacando aquí la cabeza rubia de un niño, allá el cuerpo esbelto de una mujer, más lejos las calientes tonalidades de un grupo bullicioso y alegre?

Esto, que no podría pagarse con nada, lo disfrutamos gratis casi todos los hombres, y de ello carece el infeliz ciego, ese mendigo que siempre está solo, que acaso no tiene familia, que tal vez no es esperado por nadie cuando sube á tientas los escalones de su casa.

En fin, bien ó mal, desdichado ó dichoso, el hombre vive, recoge lo suficiente para no morir de hambre y pide limosna todas las noches junto á la verja de ministerio de la Guerra y enfrente de la puerta del Banco de España.

* * *

Una noche del último invierno estaba yo parado en la calle de Alcalá, delante del ciego del violín. Debía ser algo ó alguien que me interesase mucho lo que esperaba cuando resistía á pie firme los alfilerazos del frío y los papirotazos de la lluvia.

Rascaba el ciego su instrumento y yo seguía esperando, esperando, sin reparar en él ni en un chiquillo de cuatro ó cinco años que pasaba y repasaba por delante de mí con los pies y las piernas descalzos, mal cubierto el cuerpo con una blusilla hecha girones y amoratado el rostro por el frío.

El chico lloraba, metiéndose los puños en los ojos, hipando su pena, procurando contener los sollozos que subían á su garganta. Uno de aquellos sollozos tuvo más fuerza que su voluntad; convirtiéndose en grito; me

sacó de mi distracción é hizo interrumpir al ciego su música.

—¿Qué tienes, muchacho?—preguntó el ciego al niño, que se encontraba á dos pasos de él.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!...—sollozó el niño acercándose al ciego.

—¿Qué te pasa?—dijo éste.—¿Por qué lloras así?—añadió cogiendo al muchacho de la blusa y volviéndole de cara hacia él, ni más ni menos que si pudiera verle.

—Lloro—exclamó el muchacho,—porque tengo hambre, frío y miedo.

—¿No has recogido nada?

—No.

—¿No tienes padres?

—No.

—¿No has comido?

—No.

—¿Con quién vives?

—Con nadie... la vieja con quien vivía y con quien pedía limosna, se ha puesto mala esta mañana, se ha ido al hospital y me ha dejado solo.

—¡Pobre chico!—murmuró el ciego atrayendo hacia sí á la desdichada criatura y palpando con sus manos temblorosas aquella cabecita desnuda, sobre la que se pegaban chorreando agua los cabellos rubios; aquel cuerpo anguloso que se descubría entre los girones del traje; aquellas piernas flacas y aquellos pies descalzos.

—¡Pobre chico!... ¡Tan pequeño, y con hambre, con frío y sin casa!...

Los ojos del ciego parpadearon como si quisieran recoger una lágrima que bordeaba las cuencas vacías; dejó el violín á un lado; cogió una bufanda deshilachada que tenía sobre las piernas, rodeó con ella el cuerpo del niño, metióse las manos en el bolsillo del pantalón, sacó un real, acaso toda su fortuna, se lo dió al pequeñuelo, y le dijo:

—Abrigate y come. Yo no puedo hacer más por tí. Después estrechó al chico entre sus brazos.

El chico le miró con ojos azules llenos de luz, balbuceó algunas palabras y se echó á llorar.

Y yo también.

Y se acabó el cuento.



LOS DULCES DE LA BODA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS DULCES DE LA BODA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los dulces de la boda.

Ellos hubieran querido que la boda fuese aquel mismo día; pero necesitaban esperar al siguiente, un domingo de Enero, más hermoso para los novios, con sus esperanzas y sus promesas, que todos los domingos de Mayo, con sus flores y con sus perfumes.

¡Qué remedio! No era cosa de perder un día de trabajo en casarse... ¡Así que no andaban necesitados de ganar un jornal, para desperdiciarlo, aun tratándose de la dicha! Y luego, que habían hecho un gasto enorme; su fondo de ahorros estaba completamente exhausto; el arreglo de un hogar nuevo se traga una fortuna. Cuatro años de privaciones y de fatigas les fueron precisos a Moncho y a Teresa para constituir el suyo.

Durante aquel tiempo, ni Moncho bebió un vaso de vino, ni Teresa compró una cinta de seda para adornarse el mono. Uno y otro vivieron como dos avaros, escatimando un centimo de este lado, un real del otro, una peseta del de más allá; pero al fin tocaban el limi-

te de sus ambiciones; ya tenían puesta su casa; ¡y qué casa! daba gozo mirarla.

Un albañil la había lavado la cara, y era de verla, coquetona y humilde, apoyada sobre una roca, dorada por el sol, saludada por el mar, que la acariciaba con risas de espuma, y curioseada por las gaviotas de la costa, que no pasaban una vez siquiera por delante de ella sin prorrumpir en graznidos envidiosos, como si quisieran decirse:

«Pero qué felices van á ser esos picaros!»

Esto por lo que tocaba al exterior de la vivienda. Del resto no se diga: Teresa estaba segura de que no existía en el pueblo otra más limpia y aseada; y con todos sus menesteres.

A la entrada, en un patinillo cubierto, la pila de piedra para lavar la ropa de su Moncho y dejarla blanca como la nieve á puros restregones de sus manos fuertes y musculosas; sobre la pila la *herrada*, cuyas anchas abrazaderas de hierro relucían como si fuesen de plata diestramente bruñida; allí, en un rincón una jaula espaciosa hecha de tablones viejos, y transformada en gallinero para cobijar á un gallo de cola dorada y ojos de lumbre, y á siete gallinas, que en punto á fecundas podían apostárselas con las mejores *ponedoras* del país; cruzando el espacio del patinillo, y sujetas por garruchas á la pared, dos cuerdas de esparto para secar las redes en los días lluviosos y el traje de mar de

Moncho en todo tiempo. Más adentro la sala, con un sofá de anea, cuatro sillas de Vitoria, una cómoda de pino con chapas de caoba y encima de la cómoda una cajita de conchas naturales, dos floreros de barro y una imagen de la Virgen, vestida por la novia, y detestablemente vestida por cierto, pues era moza lega en puntos de modistería celestial; en la pared estampas y en el suelo la madera desnuda, que, merced á los *encerrados* de Teresa, relucía como un espejo.

A la derecha de la sala la alcoba, con el lecho limpio de presente y la felicidad de los novios en perspectiva; á la izquierda un pasillo y al final de éste la cocina con un hogar de hierro para hacer lumbre, cuatro cacero-las para guisar la comida, un armario de encina para guardar platos y cubiertos, dos sillas de pino y una mesa, de pino también, donde los futuros esposos saborearían la comida por ellos ganada, y ganada á medias; pues mientras Moncho apretaba el remo, y tendía la red y corría la mar, Teresa andaría por los pueblecillos de la costa con la banasta en la cabeza y el pescado dentro, voceando su mercancía en ese idioma vasco que al pasar por los labios de las mujeres, más parece canto de pájaro que voz humana.

En su nueva casa pensaba Teresa, contemplándola desde la ventana de la que entonces ocupaba, y esperando á Moncho que debía pasar por allí antes de ir á la pesca, para saludarla y arreglar por centésima vez

los últimos preparativos de la boda; porque era lo cierto que con tanto gasto se habían quedado sin una peseta, y aunque el padrino, patrón de la lancha donde trabajaba su novio, fuese hombre rumboso que los quería mucho y correría gustoso con todas las pertenencias del convite, no era cosa de que los novios no pudieran ofrecer un barril de sidra y una bandeja de dulces a los invitados. Afortunadamente la época era buena, y con lo que sacara Moncho aquel día bastaría a las atenciones del convite y aún quedaría algo para el día siguiente. Después... no iba a faltarles Dios; eran jóvenes, trabajadores, religiosos, muy apreciados del señor cura; se habían querido como manda el cielo, y el cielo no abandona a los que se portan bien con él. ¡Poco que pensaba divertirse ella el domingo! Por la mañana a confesar, a oír misa, a prepararlo todo: la ropa blanca, el justillo de seda, la falda de lana, el manto negro, los zapatos de tela y las medias de hilo; por la tarde a la iglesia otra vez, con una patulea de chiquillos delante, y el novio al lado, y al lado del novio el padrino, y al de la novia la madrina y detrás todos los convidados, aquellos marinerotes de tez curtida y corazón sano, aquellas mujeres que la habían visto nacer ó habían jugado con ella; todos limpios, endomingados, llenos de satisfacción y contento; después, el discurso del señor cura, las bendiciones, y en seguida de las bendiciones el baile y el convite y los jarros de sidra

pasando de una mano á otra, y luego... luego, Moncho sería suyo para siempre, y la casita construída sobre las rocas, el nido vacío, tendría dos amantes que lo habitaran.

*
*
*

En su porvenir pensaba Teresa, echada de pechos sobre la ventana de la casa de sus padres, é iluminada por la luz del crepúsculo de la mañana, que mejor que dibujar, abocetaba sobre el marco de madera la hermosa figura de la joven, su cara larga, morena, sonriente, su pelo negro, que, partido en trenzas á medio hacer, caía sobre sus hombros robustos para acariciar su talle flexible y recoger los estremecimientos de su cuerpo, sacudido á un tiempo por el frío de la mañana y por los anhelos del amor; hermosa estaba la muchacha á la luz incierta del crepúsculo, mientras clavaba sus ojos negros en su hogar futuro y recogía en su pensamiento la imagen de Moncho, de aquel mocetón fuerte como un mástil, de carota franca, de piel dura enrojecida por la intemperie y por la borrasca, de músculos de acero y de alma cándida como la de un niño de cuatro años; hermosa estaba, y más hermosa pareció todavía cuando Moncho, abriendo la puerta de su casa, y saliendo por ella con la red en la mano y el remo al hombro, gritó con su voz áspera, hecha á dejarse oír entre los rugidos del vendaval y el estruendo del oleaje:

—¡Buenos días, Teresa!

—¡Buenos los tengas, Moncho, respondió la muchacha; ¿vas a la pesca?

—Sí. No hay otro remedio; ya sabes que contamos con ella para quedar bien con los convidados... Conque... hasta la noche. El día está bueno, y la pesca abundante... No dejes de ir a esperarme en el muelle.

—¡Pues no faltaba más!... Hasta la noche, Moncho.

—Adiós, Teresa.

Y el mozo, empujándose sobre la punta de los pies, envió un beso a su novia; ella se lo devolvió con la mano. Fueron los dos besos las primeras notas de amor que sonaron en la naturaleza aquella mañana... Los novios se adelantaban a los pájaros que aún dormían, con las alas plegadas, entre las ramas de los árboles.

*
*
*

—¡Buena pesca, José Mari!—gritaba Moncho, encarándose con su patrón, y volcando en el fondo de la lancha su red llena de peces que coleaban y se retorcián dentro de ella, semejantes a un montón de láminas de plata revueltas por la mano de un chico travieso.—¡Buena pesca! Por esta vez tocamos a tres duros. ¡Sí estaba yo seguro de que no iban a faltarle a Teresa los dulces de la boda!... Desengañate, José Mari, el mar es muy bueno para nosotros.

—Algunas veces—respondió el patrón—contemplan-

do la superficie tranquila de las aguas y volviendo después los ojos hacia el pueblo, apenas visible desde aquella altura de la costa.

Hizo una pausa, durante la cual se contrajo su semblante rugoso, salpicado a trechos por una barba entrecana y áspera, y a seguida añadió:

—¡Vamos, muchachos! aún quedan tres horas de faena. Con otras dos tenemos bastante para volver al pueblo. No hay que desperdiciar las buenas ocasiones.

Los marineros, obedientes a la voz del patrón, reanudaron la faena por un momento interrumpida, distinguiéndose entre todos ellos como el más incansable y ardoroso, Moncho, el cual tenía tiempo para todo; para tender la red, para recogerla, para contestar a las chanzonetas de sus amigos y para pensar en su Teresa; porque ya era suya; ¿qué significaban unas horas de espera junto la felicidad de toda la vida!...

Así continuaron por espacio de una hora; y era espectáculo varonil y hermoso el que ofrecían aquellos hombres humildes y aquella naturaleza omnipotente: El cielo azul, limpio de nubes, iluminado por un sol plétórico que, al caer desde la altura transformado en haces de luz, convertía en una esmeralda gigantesca el mar silencioso y apacible; sobre el mar, la lancha que avanzaba por él a impulsos de dos remos soñolientamente manejados; detrás de la lancha, la red, ocultando el fino tejido de sus mallas entre el vaivén con-

tinuo de las aguas; en la superficie de éstas el cebo para la abundante pesca que sobre él caía, y dentro de la barca nueve hombres jóvenes, robustos, descalzos de pie y pierna, remangados los brazos, descubierta el pecho é inclinados sobre la borda para dejar deslizarse con lentitud la cuerda de la red, para mantenerla tirante, para recogerla de pronto y cerrar toda salida á los prisioneros, para arrastrarla después hasta la barca y subirla á ella, poniendo en tensión sus músculos potentes y en juego su demostrada habilidad, mientras las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas, y el Océano hinchaba y deprimía sus encalmadas ondas dando paso á su respiración de gigante dormido...

Tan abstraídos estaban los marineros en su pesca, tan cegados por la codicia de la ganancia, que no advirtieron una mancha oscura que se dibujó en los últimos límites del horizonte y fué ensanchándose lentamente, sin que por ello se turbasen, en la apariencia, la calma del mar y las alegrías del cielo.

El patrón, menos atento que los otros á su faena, fué el primero de todos en divisar aquella mancha, y volviéndose hacia los marineros, con el rostro ceñudo y el ademán sombrío, les dijo señalando al horizonte con el dedo:

—¡Muchachos, galerna!

Todos alzaron la cabeza y todos comprendieron el peligro. Lo habían desafiado ya otras veces.

—¡Dentro de media hora la tendremos encima!— añadió el patrón.—Hay que adelantarse á ella ó estamos perdidos, porque la cosa se presenta mal; recoged las velas; armad los remos y al puerto. ¡Vivo!

Fué obra de un instante. Las redes cayeron sobre cubierta; los ocho remos se armaron sobre sus estribos de madera, un vigoroso empuje les obligó á cortar las olas y la barca tomó la vuelta de la playa con rapidez creciente; pero si la obra de los hombres fué breve, fué más breve aún la realizada por la naturaleza. La mancha oscura se convirtió en gigantesco nubarrón que fué avanzando por el cielo y cubriendo sus tonos azules con un manto parduzco salpicado á trechos por resplandores cárdenos y por trepidaciones luminosas; el Océano se estremeció como una fiera que despierta hambrienta de matar; lanzó un rugido formidable, encrepó sus olas como una melena de espuma y cambió sus matices verdes en mancha cenicienta de apariencia horrible y de aspecto amenazador... Y la mancha siguió avanzando y cubrió el cielo, y olas formidables se levantaron sobre el Océano, y el resplandor cárdeno convirtiéndose en rayos azules y en centelleos deslumbradores, como la trepidación luminosa se cambió en trueno avasallador y formidable. La borrasca con todos sus furioses se desataba sobre la lancha sacudida por el oleaje y golpeada por la tempestad.

—¡Nos ha alcanzado!— gritó José Mari.—¡Ya que

no podemos evitarla, lucharemos con ella... Pronto; armad la vela, poned la aproa al viento; correremos con la borrasca... Hay que jugar el todo por el todo... Si el viento no cambia, si conseguimos evitar las rocas y enfilarse la entrada del puerto estamos en salvo. ¡Animo! En otras peores nos hemos visto... ¡Vamos, muchachos, de prisa, armad la vela!... Tú, Moncho, que eres el más fuerte, al timón; hace falta un brazo de hierro para mantenerlo firme contra las olas. ¡Vamos!

Moncho cogió la barra del timón sin pronunciar una palabra; la vela fué izada en un segundo; al contacto del viento se hinchó hacia adelante con espantosa tirantez; la barca dió un salto, cayó de golpe sobre las olas; las partió con su quilla puntiaguda y siguió su marcha caída sobre un costado, conmovida por la borrasca y brutalmente balanceada por los hondos sacudimientos del mar.

— ¡Ahora á la voluntad de Dios! — murmuró el patrón.

Y dirigiéndose á Moncho, que sujetando la barra del timón levantaba al cielo sus rostro pálido y demudado, le dijo:

— ¡Qué! ¿Tienes miedo? ¿Tendría que ver eso en ti, que nunca lo has tenido!

— Por mí no lo tengo, José Mari, — respondió Moncho; — he visto muchas veces la muerte de cerca para temblarla; pero ahora sí, ¿por qué he de negarlo? ahora tengo miedo.

— ¿Y eso?

— ¿No comprendes que si yo muero, Teresa va á llorar?...

* * *

.....
Allá; en el pueblo, todo era lamentos, angustia y confusión; la gente, arremolinada sobre las escalefas del puerto, buscaba con ansia entre las olas las lanchas de los pescadores, que se distinguían como puntos blancos en el horizonte sombrío; allí estaban los padres, los hermanos, los hijos, el sustento de sus cuerpos, la dicha de sus almas; sólo se veían semblantes convulsos y ojos llorosos; el señor cura, arrodillado en las piedras del muelle, levantaba sus manos y sus preces al cielo implacable; y junto al señor cura, con el pelo suelto, la faz trémula y las pupilas nerviosamente dilatada, se encontraba Teresa, la novia de Moncho, la infeliz muchacha, que temblaba de espanto por aquel hombre, vida de la suya, objeto de su amor, resumen de sus esperanzas.

La primera lancha que se hizo perfectamente visible, la que se adelantó á todas las demás, la que con mayor rapidez se acercaba al puerto fué la de José Mari... Al fin pudo vérsela acostada materialmente sobre las olas, tendida la vela, rápida la marcha, insegura la salvación, con ocho de sus tripulantes agarrados á las bordas y haciendo esfuerzos sobrehumanos para que

no les arrebatase un golpe de mar, mientras Moncho, con las piernas abiertas y firmes, la cabeza descubierta, el ojo atento y el ademán bravo, sujetaba con sus brazos de atleta la barra del timón y mantenía la proa de la barca en línea recta con la entrada del puerto.

—Si no cambia la racha, si atraviesan las rocas— gritó un marinero viejo é inútil,— están salvados.

—¡Las rocas!— murmuró Teresa, mientras la gente veía con doloroso anhelo y sin poder prestarles auxilio, el peligro que amenazaba á aquel puñado de valientes. —¡Las rocas!— y volvió los ojos hacia aquellas rocas siniéstras, encima de una de las cuales, y adelantándose sobre el mar, se descubría su casa, la casita blanca donde ella y Moncho esperaban ser tan felices.

La lancha llegó delante de las rocas; el mar, como si comprendiera que allí iba á librarse el último combate, como si no quisiera ser vencido, aumentó el estruendo y las sacudidas de su oleaje: el horizonte fué cómplice de sus furores, arreció la tormenta, saltó el viento, y la barca, impulsada por él, tomó el camino de las rocas. Entonces se vió á Moncho apoyarse con todo su cuerpo sobre la barra del timón y á los nueve hombres extender la mano para ayudarle, intentando un esfuerzo decisivo y supremo...

¡Esfuerzo inútil!... La barca dió una espantosa sacudida; la vela, arrancada por el huracán, se deshizo en girones; una ola formidable, cogiendo la embarcación

de través, la levantó en alto, la empujó hacia las rocas, la hizo saltar sobre su movediza y terrible curva, y volteándola con salvaje impetu, la estrelló contra ellas, mientras un racimo de hombres se desprendía de su fondo para destrozarse en la superficie erizada y cortante de los silenciosos peñascos.

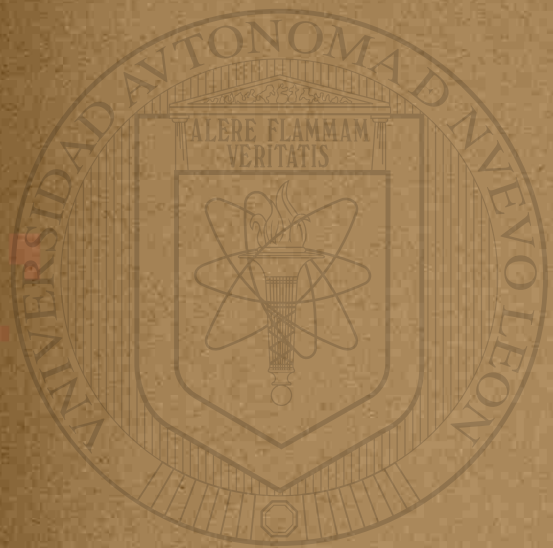
Toda la gente agrupada en el muelle lanzó un grito de horror.

Teresa fué la única que no gritó; sin que nadie acertara á impedirlo, sin que ninguno tuviese tiempo de hacerlo tampoco, abandonó el muelle, saltó sobre las rocas, corrió por ellas desafiando los horrores del oleaje y llegó á la última, á la que servía de cimentación á la casita blanca.

Allí, junto con otros cuerpos despedazados, estaba el de Moncho, que había caído con los brazos en cruz y las manos en garfio.

Teresa se arrodilló delante de él, enseñó al mar y al cielo sus puños cerrados y amenazadores, y con los párpados secos y la voz extinguida, se dejó caer sobre el cadáver de su novio, que tenía los ojos abiertos y apretados los dientes, como si hubiese querido cortar la última palabra que salió de su boca.

Aquella palabra, ¿era una plegaria? ¿Era una blasfemia? Sólo Teresa podría decirlo. Teresa, que la recogía con sus labios convulsos de la boca ensangrentada de Moncho...



EL DESQUITE
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El desquite.

Vivía como había vivido su padre, como vivió su abuelo, como vivieron todos los suyos, apegado al terruño, formando parte de él, fertilizándolo con el esfuerzo de sus brazos, siendo, mejor que hombre, rama nueva de un árbol humano, constituido por diez generaciones de trabajadores, cuyas raíces se multiplicaban y confundían en el subsuelo del cementerio del lugar, como las raíces de los demás árboles en las entrañas de la tierra, de aquella tierra que nunca les perteneció, que era de otros, para quien él, como sus ascendientes, la enriquecía y conservaba á cambio de un jornal escaso y en fuerza de una labor continua.

Así vivía Juan, y vivía satisfecho y conforme con esa existencia de bestia de carga que tiene seguro el pienso y regulada la faena; dedicado á la tierra de su amo, entregado á ella, sin ocuparse más que de ella; violándola despiadadamente con la reja puntiaguda del arado, para echar en los surcos por el arado abiertos la semilla fecundadora; vigilándola con ojos celosos

cuando la semilla se convertía en verdes tallos, en altas verduras, en apretadas hierbas, en troncos esbeltos, en espigas flexibles y en pámpanos oscuros que iban robando savia al suelo, humedad á la lluvia y calor al sol para convertirse en cosecha abundante y en utilizable producto; encaramándose por los árboles arriba sin cuidarse de la altura y fortaleza de las ramas, y exigiéndoles en premio de sus cuidados los frutos que de ellas pendían y tentaban las codicias del paladar con su apetecible madurez, y alegraban la vista con sus vivos colores y embalsamaban el aire con su aroma; segando, hoz en mano, las mieses requemadas, que caían á un lado y á otro como deshecha cabellera rubia, sobre cuyos revueltos mechones brillaban á manera de broches de oro, las crugientes espigas; requisando los pámpanos de la vid para sacar de entre ellos racimos y racimos, negros éstos, con tonos de esmeralda aquéllos, prontos á confundirse todos en las cestas de mimbre, donde los iban arrojando las ateza las vendimiadoras.

Y después, nada de reposo. Apenas concluidas las faenas de recolección, á otra faena nueva, á prensar la oliva entre las piedras de la muela para que destilase gota á gota el pringoso aceite; á hacinar en los rincones del establo la hierba con que había de nutrirse el ganado durante el invierno; á recoger en anchos serones la fruta; á acomodarla para su conducción y trans-

porte; á hacer con las mieses amarilla alfombra de la era, y á pasar y repasar por aquella alfombra, guiando las mulas, dirigiendo el trillo, desgranando la espiga y pulverizando la paja; luego, á limpiar la paja, á recoger el trigo en dorados montones, que la pala remueve y el sol abrillanta y el aire besa; y de la era al lagar, á enténderselas con los racimos, á estrujarlos con sus pies musculosos; á transformarlos en mosto, que á la bodega se conduce y cae en las cubas, y en ellas fermenta, y de ellas sale en forma de chorro transparente, que abriga el estómago y agita el cerebro y enardece la sangre como si á ella llevase todo el fuego y los perfumes todos del sol del Mediodía y del aire vivificador de los campos.

Esta era la existencia de Juan: trabajo y más trabajo; en invierno tiritando de frío, encorvándose para recibir el empuje del vendaval, empapado por la lluvia ó acariciado por la nieve; en verano asfixiándose, jadeando, respirando polvo, transpirando pegajoso y caliente sudor; siempre en lucha con la tierra que lo mantenía, y seguro de dominarla con el empuje de sus manazas ásperas y callosas, con la energía de sus piernas, donde se dibujaban los músculos como manojos de sarmientos, con la resistencia de sus hombros, con su dura y sólida organización de labriego.

Sobrio, duro, fuerte, hecho á la obediencia, acostumbrado á la servidumbre, transmitida en su familia de padres á hijos, con el cráneo pequeño y las espaldas anchas, Juan era punto menos que feliz cuando por la noche, rendido, sucio, exhausto de fuerzas y roto el traje, entraba en su casuca y comía con apetito de animal hambriento que regresa á la cuadra y hociquea el pesebre, la miserable cena que le servía su mujer, una aldeana robusta, no exenta de belleza, á pesar de su cutis áspero, de sus pies grandes y de sus manos toscas.

Pepa era una buena moza y Juan la quería á su modo; tanto, que llegaba á olvidarse de sus fatigas y miserias cuando los domingos, nuevos de ropas y limpios de cara, iban juntos á misa y juntos bailaban en la plaza, y juntos y sin el cansancio que durante el resto de la semana los cerraba los ojos apenas terminada la cena, pasaban alegremente las primeras horas de la noche, para levantarse al amanecer y esperar el próximo día festivo como una bendición de Dios y como una tregua del cielo.

Pero no todo era resignación y mansedumbre en la vida de Juan; algunas veces, cuando sus miembros solicitaban media hora de descanso y no podía concedérsela, porque estaban allí para impedirlo los ojos vigilantes y la voz imperiosa del capataz, surgía en el pensamiento de rebelión, algo así como una protesta

contra sus amos, contra los que se mantenían con el sudor de un centenar de trabajadores y vivían ociosos, llenos de comodidades, mientras ellos se morían de hambre y de cansancio, sin que su suerte pudiera cambiarse jamás, sin tener derecho ni al más insignificante pedazo de aquella tierra que alimentaban con sus músculos. Algunas veces entró en la bodega y se detuvo frente á la cuba depositaria de cientos y cientos de arrobas de vino, que en el centro de la bodega se levantaba, empotrada en el suelo, sobresaliendo media vara de él, y antojósele que el líquido en ella contenido, líquido de color de sangre, era la sangre de todos los suyos, absorbida y utilizada por y en provecho de una raza entera de propietarios.

Cuando esto ocurría, sentíase capaz de algo horrible, que no acertaba á determinar, pero que subía á su cabeza como una oleada de fuego y le hacía crisar las manos y prorrumpir en una maldición sorda.

Pero estas rebeliones de Juan duraban poco. No era juiciosa aquella manera de pensar. Tenía que haber pobres y ricos en el mundo; el señor cura lo proclamaba así desde el pulpito. ¿A él le había tocado nacer abajo? Pues paciencia; mientras tuviera á su mujer y no le faltase un pedazo de pan, debía estar contento y resignarse con su mala fortuna, como se resignaban las mulas á tirar del arado.

Y luego, que el amo no era malo; algo brusco, pero

por lo demás campechano y francote. ¿Había tenido la suerte de nacer rico? Mejor para él; no iba á odiarle por eso... su obligación consistía en agradecer el pan que le daban; y en cuanto á trabajar, ¿por qué iba á quejarse? No trabajaba gratis; hasta de hambre se hubiera muerto sin el salario que le entregaba su amo. Nada; que era una injusticia enfadarse con él.

.....

 ¡Conque era cierto! ¡Conque no podía dudarlo! ¡Dudarlo!... Sus propios ojos fueron testigos, y testimonio de tal naturaleza no puede recusarse... ¡El amo, el señorito, le había robado la fidelidad de su mujer una tarde cualquiera, mientras él, echando el peso entero de su cuerpo sobre la reja del arado, removía la tierra endurecida para que el grano tuviese una matriz profunda y la semilla se reprodujera con profusión y diese abundante cosecha á aquel canalla, á aquel miserable que le quitaba la honra...

¡Y pensar que llegó á reprenderse por el odio instintivo que el propietario le inspiraba!... Su odio era justo... ¡Vivir veinte años como una bestia, dándole su sangre, su vida, el sudor de su frente y las energías de su cuerpo; cuidando aquella tierra, que Juan solo tenía derecho á poseer y cuidándola para regalo de tal hombre!... ¡Y este hombre no satisfecho aún quería arrebatárle su hembra! ¡Infame!... ¡Se vengaría! ¡Ya

lo creo que se vengaría!... Pero con calma, á mansalva, sobre seguro, en secreto, para no caer en manos de la justicia y en lenguas de los burlones del lugar.

Todo el odio de Juan, todos sus proyectos de venganza se dirigían contra su amo. Ella... ¿Qué iba á hacer ella!... Era natural que hubiese cedido: la comparación entre él y su amo no podía traer otra consecuencia. Él, basto, anguloso, grosero, con la piel negra y el rostro deformado por la intemperie, escaso de palabras y hasta de tiempo para quererla, y el otro, guapo, buen mozo, bien vestido, alegre, decididor y dueño de todo... ¿cómo iba á defenderse la pobre mujer?... La culpa era suya, del otro, que robaba al infeliz labriego, por satisfacer un capricho, toda la ventura de su existencia.

A ella no le diría nada... como si no lo supiese... Era lo mejor... ¡A él!... De él iba á vengarse. Para conseguirlo, solo necesitaba una cosa, ocasión oportuna.

Y esperó, esperó, sin que nada se trasluciese ni en su rostro, ni en sus palabras, ni en su conducta, hasta que una noche entró en la bodega con su amo.

Nadie les pudo ver cuando entraron. Se encontraban solos: Juan cubierto de mosto, de sudor y de polvo; el amo, con su camisa limpia y su pantalón sin arrugas, y su cara sin surcos. Aquel era el momento por tanto tiempo esperado. No le vieron entrar, no le

verían salir tampoco. En cuanto á su venganza estaba seguro de no dejar rastro.

Siguieron avanzando; el amo delante, Juan detrás alumbrándole con un farol y mirándole con mirada siniestra de asesino que acecha á su víctima y está seguro de aniquilarla.

Así llegaron frente á la enorme cuba empotrada en el suelo de la bodega y abierta en espera del líquido que le faltaba para llenarse hasta la boca; aquella cuba era la que avivaba los odios de Juan en sus momentos de rebelión, la que absorbiera, transformada en vino, la sangre de todos los suyos... Buen sitio para satisfacer su venganza; buen medio para quedar impune.

Juan miró á la cuba y miró á su amo. Fué obra de un instante; dejó el farol en el suelo, ciñó al propietario con sus brazos de atleta, elevólo á la altura de sus ojos, le miró frente á frente, y le lanzó al rostro esta frase:

— ¡Ahora yo!

El otro quiso defenderse. Era inútil. Allí no existía más que una ley; la fuerza, y la fuerza pertenecía á Juan.

Levantó á su víctima en alto, la balaceó sobre las fauces de la cuba y la arrojó de golpe en el fondo de aquel recipiente sombrío, alimentado por el sudor de diez generaciones de trabajadores.

MADROÑO

verían salir tampoco. En cuanto á su venganza estaba seguro de no dejar rastro.

Siguieron avanzando; el amo delante, Juan detrás alumbrándole con un farol y mirándole con mirada siniestra de asesino que acecha á su víctima y está seguro de aniquilarla.

Así llegaron frente á la enorme cuba empotrada en el suelo de la bodega y abierta en espera del líquido que le faltaba para llenarse hasta la boca; aquella cuba era la que avivaba los odios de Juan en sus momentos de rebelión, la que absorbiera, transformada en vino, la sangre de todos los suyos... Buen sitio para satisfacer su venganza; buen medio para quedar impune.

Juan miró á la cuba y miró á su amo. Fué obra de un instante; dejó el farol en el suelo, ciñó al propietario con sus brazos de atleta, elevólo á la altura de sus ojos, le miró frente á frente, y le lanzó al rostro esta frase:

— ¡Ahora yo!

El otro quiso defenderse. Era inútil. Allí no existía más que una ley; la fuerza, y la fuerza pertenecía á Juan.

Levantó á su víctima en alto, la balaceó sobre las fauces de la cuba y la arrojó de golpe en el fondo de aquel recipiente sombrío, alimentado por el sudor de diez generaciones de trabajadores.

MADROÑO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madroño.

Por una vereda que atravesaba el agostado campo de trigo venían, camino de Madrid, Curro y Madroño, dos amigos inseparables, dos vagabundos curtidos por la intemperie, aparejados por la desgracia y hechos a vivir en trochas, vericuetos y carreteras, sin más compañía que la de Dios, ni otro consejero que su instinto. Pobres, desvalidos, errantes, su rumbo lo marcaba la suerte, su comida era preparada por la casualidad y su alojamiento por las exigencias de la estación: en las noches de estío, la pradera verde y el cielo azul; en las de invierno, la covacha oscura y el haz de ramas secas abrasándose en el fondo de un agujero irregular: contra el sol, la copa de los árboles; contra la lluvia, las salientes rezumosas de los peñascos. Hé aquí todos los recursos, todas las comodidades, las preeminencias todas, derramadas por el destino sobre aquellos dos compañeros que marchaban por la vereda adelante, a la luz rojiza de un crepúsculo de Agosto.

Habían andado mucho, toda la tarde, bajo los ra-

yos abrasadores del sol, respirando fuego, mascando polvo, sin una gota de agua para su sed ni un momento de reposo para su fatiga: de buena gana se hubieran detenido un rato para respirar cómodamente las primeras ráfagas de aire fresco que les enviaba el crepúsculo, y ofrecer descanso a sus miembros rendidos; pero no era posible: Curro tenía prisa; necesitaba entregar la carta a un escribano de Madrid, y Madroño seguía a Curro, como siempre, obedeciendo sus mandatos, dejándose conducir por él con melancólica pasividad.

Y así iban, el uno delante del otro, con la cabeza baja, el andar cansino, el cuerpo sudoso, el estómago exhausto y los remos torpes, indiferentes a las bellezas del crepúsculo, al sublime espectáculo que ofrecían las nubes, cubriendo la muerte del sol con un sudario festoneado de oro, al rumor triste con que la tierra se despedía de la luz, al último aleteo de las aves y al primer beso de la noche.

Ellos no podían fijarse en tales cosas; para ellos no había más que un espectáculo interesante: el de la inmensa población que se descubría a lo lejos, recortando en el horizonte gris las torres de sus iglesias, las manzanas de su caserío y el resplandor amarillento de sus faroles; allí estaban el término del viaje, la comida y el lecho; poco importaba que la comida fuera mala y el lecho duro; poder comer y poder dormir era un refinamiento de lujo para aquellos dos seres.

Y Curro pensaba que el escribano no iba a ser tan malo que no les diese un mendrugo de pan, un puñado de paja y un montón de heno.

Con eso tenían bastante; no estaban acostumbrados a más; así habían vivido desde que se conocieron, desde que Curro empezó a jugar con Madroño y a encaramarse encima de él y a darle palos y a tirarle de las orejas y a cruzar campos y caminos sobre su lomo, porque Madroño era un burro muy flaco, muy huesudo, con el vientre pegado al espinazo, el espinazo pegado a la piel, las orejas largas, el rabo corto, el cuerpo repujado de mataduras y las patas llenas de esparavanes.

Un burro viejo robado por una familia de zingaros y hecho a vivir con ella y a ser el amigo inseparable de Curro, de aquel gitanillo de ocho años que tenía el pelo negro, los labios rojos, los dientes blancos y la cara cobriza.

La madre de Curro había muerto, a su padre acababan de meterlo en la cárcel por homicida, y el chico marchaba hacia Madrid sin otro deseo que el de llegar cuanto antes, poner en manos del escribano la carta de su padre y dormir un poco.

Luego, al día siguiente... ¡qué demonio!... no era cosa de desesperarse ni de que le faltara Dios. Se iría con Madroño por esos caminos, y vivirían como habían vivido siempre, a salto de mata, con la existencia del mañana insegura y la del ayer inexplicable.

Además, que él se entendía muy bien con Madroño y Madroño con él; teniendo al burro al lado no estaba solo; el burro era un buen compañero; cariñoso, obediente, sumiso... En fin! A ver qué determinaba el escribano, y después determinaría él... Pero, ¿qué iba á determinar?... No era fácil decirlo, y le daba miedo pensarlo. Por eso volvía su cabeceita medrosa hacia el burro, gritándole: «¡Anda, que falta poco! y daba unos pasos y bajaba la cabeza otra vez, mientras el asno le seguía con achacosa lentitud y con fatigoso reaqueo.

Al pensar en su futura suerte, el muchacho ponía una cara muy triste: recordaba, sin darse cuenta de ello, las aventuras de sus primeros años; aquella mujer morena vestida de pingos multicolores, que le daba besos y mendrugos de pan, y aquel hombre esbelto, ágil, de mirada enérgica y semblante duro que solía hablarle con aspereza y molestarle los riñones con una vara, pero que con su mal genio y todo andaba á pie leguas y leguas, mientras él y su madre iban á lomos de Madroño, y destinaba á su hijo la primera cucharada de sopa, y echaba venablos por la boca y rayos por los ojos cuando alguien quería meterse con Curro. Y de aquello no quedaba nada: la madre en el cementerio, el padre en la cárcel y él y Madroño camino de Madrid.

*
* *

Estaban cerca de la ciudad; el escribano vivía á la entrada; era cuestión de veinte minutos. La existencia de Madrid, agitada, bulliciosa y pletórica, comenzaba á manifestarse en los grupos de obreros que se extendían por la carretera; en los carruajes cubiertos de polvo que la cruzaban, en el vocerío de las mujeres que con el pañuelo de seda caído sobre los hombros y el mantón de espumilla al brazo regresaban de sus tareas, y en el rumor confuso con que la villa enviaba hasta Curro el eco de su respiración poderosa.

La marcha del burro se había hecho de momento en momento más lenta y más difícil.

—¡Anda, Madroño!—gritó el niño, tirando del ronzal y viendo que el jumento se detenía.—¡Anda!—y sacudió con la vara que llevaba en la mano los lomos de su amigo.

Pero Madroño, no obstante el mandato de su amo y la dureza de la intimación, permaneció inmóvil; un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, su enorme boca se contraía con doloroso espasmo, dejando al descubierto una doble fila de dientes amarillos... Quiso adelantar una pata, se tambaleó como un borracho y volvió á quedar quieto, con las orejas caídas, el lomo arqueado y las piernas convulsas.

—¡Arre, Madroño!—repitió el muchacho.—¡Arre, que tengo prisa!... El burro dió dos pasos, y luego, levantando la cabeza y aspirando con ansia el aire fres-

co de la tarde, se arrojó al suelo y empezó á moverse con movimientos convulsivos.

—Alza— exclamó Curro, mientras la gente se reunía para ver aquel espectáculo gratuito.—¡Alza, Madroño! ¡No te digo que alces! Y tirando del ronzal, levantó la cabeza del borrico, le sacudió en ella dos palos, y quiso obligarle á ponerse en pie. Madroño dirigió á Curro una mirada indefinible... ¡Levantarse! ¡Acaso podía!... De poder, ¡no lo hubiera hecho ya! Y procuró hacerlo, y tras breve y desesperada lucha, cayó cuan largo era, dando en el suelo una espantosa cabezada.

—¡Vamos, chico!—dijo uno de los allí presentes.— ¡No estás viendo que el burro se muere? ¿Para qué te empeñas en levantarlo?

—¡Que se muere!

—¡No ves que sí?

El hombre tenía razón. Madroño se moría de vejez, de cansancio y de hambre, provocando la risa de los curiosos con su ruin aspecto y con sus grotescas contorsiones.

—¡Buen forro *pa* un baull!—exclamó una mujer acercándose.

—¡Que le traigan un cura!—gritó un librepensador de las afueras.

Y Curro, inmóvil, estúpido, con los ojos muy abiertos y los puños cerrados, miraba á Madroño. Este hizo un esfuerzo supremo; levantó la cabeza, abrió la boca,

dió un angustioso resoplido, agachó las orejas, estiró las patas y se quedó muerto.

—Muerto del *too*—como dijo un chusco á manera de oración fúnebre.

Curro se puso pálido, muy pálido; cayó de rodillas junto al burro, le rodeó el cuello con los brazos y rompió en sollozos.

—Vamos, chico—dijo uno de los espectadores;—levanta de ahí. ¿Vas á llorar porque se ha muerto ese borrico?

—¡Ay, señor!—repuso el gitano con los ojos llenos de lágrimas.— ¡Qué quiere usted que haga sino llorar? Esta era mi única compañía en el mundo. Ahora me quedo sin ninguna. ¿Dónde encontraré otra?

Y siguió llorando, mientras la gente se alejaba y los últimos resplandores del crepúsculo se perdían en el horizonte...

El muchacho tenía razón para desesperarse.

¡Es tan difícil encontrar un compañero en la vida!

¡Aunque sea un burro!



LA EPOPEYA DE UN PRESIDIARIO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

La epopeya de un presidiario.

I

Fué condenado a presidio por delito de sangre. Era un obrero aplicado, trabajador, de instrucción escasa, pero muy útil y muy entendido en su modesta profesión de albañil. Su maestro le apreciaba, los vecinos del barrio se hacían lenguas de él; á su novia le saltaba el corazón en el pecho cuando le veía acercarse á su puerta, y á su madre, una viejecita de pelo cano y ojos alegres, se le caía la baba de gusto en presencia de aquel muchachote alto, fornido, cariñoso, sostén de la casa desde la muerte de su padre y retrato vivo del padre muerto, en las condiciones físicas y morales de su persona.

Pedro, este era el nombre del simpático mozo, adoraba en su madre, depositaba en ella íntegro ó poco menos, el producto de su trabajo, y vivía feliz, con ese relativo desahogo del obrero que le permite cruzar el mundo gozando los bienes de una miseria decorosa.

Este edificio de ventura se vino abajo al anocheecer de una fiesta. Pedro jugaba á las cartas con otros compañeros en una taberna inmediata á su domicilio. Menudeaban entre los jugadores sendos vasos de vino; hallábanse más que calientes las cabezas y suscitóse agria disputa, á propósito de una jugada entre el mozo y su contrincante: hubo aquello de «Eso no me lo dices en la calle», y á la calle salieron navaja en mano, y de frente y cuerpo á cuerpo riñeron, y en la calle quedó con el corazón partido de un navajazo el contrario de Pedro, mientras éste, amarrado codo con codo por los agentes de la autoridad, era conducido á la cárcel y sentenciado unos meses después, por la Sala correspondiente, á ocho años de presidio.

Y á presidio fué, porque era de justicia que fuese, porque bueno es hacer la vista gorda cuando dos hombres pelean en un café y se matan á las veinticuatro horas delante de testigos; pero no es posible hacerla con dos hombres que riñen á la puerta de una taberna, acto seguido de la injuria, frente á frente y con armas iguales. Aunque á primera vista no lo parezca, existe una diferencia enorme entre un hecho y otro.

Pedro fué á presidio, y con él se fueron todas las dichas de su hogar y todas las alegrías de su alma.

En el último rincón de la casa, humilde antes, miserable desde que Pedro la abandonó, se veía á la pobre vieja sentada en una silla, con los cabellos siempre

blancos, y los ojos, aquellos ojos tan alegres, tristes, muy tristes, enrojecidos por el llanto y enturbiados por la amargura. También se puso muy triste la novia del mozo cuando se pronunció la sentencia de éste. Sólo que á los dos años de pronunciada la sentencia, la novia se había casado con otro hombre y la madre seguía llorando. Así es la vida y así son las madres y las novias.

II

En los registros del presidio podía leerse á propósito de Pedro la siguiente nota:

Conducta, buena.—Aplicación, mucha.—Subordinación, mucha.—Carácter, retraído.

Los jefes estaban muy contentos con él; sus compañeros le apreciaban; algunos que habían sentido la dureza de sus puños le temían, y Pedro iba extinguiendo su condena sin amistades grandes y sin odios profundos; sustrayéndose por determinación invencible de su voluntad á la atmósfera contagiosa y podrida que le rodeaba, al medio ambiente criminal donde su mala suerte le había arrojado. Silencioso, esquivo, resignándose con su desgracia, era un enigma para sus compañeros y un buen muchacho para sus superiores.

Sólo una vez, excepción hecha de aquellas en que para conservar su independencia fuele preciso tener á

raya á los matones del penal, sólo una vez salió de su actitud indiferente y de su conducta pasiva, y sus ojos brillaron con cólera y sus dientes rechinaron de rabia, y apretó los puños con ira y lanzó una blasfemia, encarándose con el trozo de cielo azul recortado por los altos muros del presidio: fué el día que supo que su novia se había casado con otro.

Pero aquello duró un instante; después volvió á su retraimiento; hizose más uraño y más hosco y siguió cumpliendo su condena con la esperanza puesta en la libertad y el corazón en la pobre y desamparada madre, que le aguardaba en el fondo de su casita blanca y humilde, de aquella casita con la que Pedro soñaba todas las noches al tenderse sobre el duro camastro que desde cuatro años atrás le servía de lecho...

III

«Tu madre está muy mala, sin esperanzas de salvación; quiere verte; no piensa más que en ti.»

Al leer esta carta, que le entregó un empleado del presidio, creyó Pedro que todo el edificio se desplomaba sobre su cabeza. ¿Cómo? ¿Su madre, el único amor que le restaba en este mundo, se iba á morir y quería verle y él no iba á poder cumplir esta suprema y última voluntad! No, aquello no era posible; no era po-

sible de ningún modo. El necesitaba ver á su madre; recoger su beso postrero, estrecharla en sus brazos... Y lo haría, ¡vaya si lo haría! ¿Quién iba á negárselo?... No era posible que se lo negasen.

Pedro fué á ver al director del penal, y al llegar á su presencia exclamó con la voz enroquecida por la pena:

—Mi madre se muere, señor director; concédame usted licencia para verla; que me acompañen, le juro á usted que volveré en cuanto me despida de ella.

—Si eso fuera posible lo haría—respondió el director, que estimaba en mucho el carácter y la buena conducta de Pedro.—Pero ya sabes que no puede ser.

—¿No puede ser!

—No.

Pedro salió del despacho del director con las cejas fruncidas, y alguien le oyó murmurar por lo bajo:

—¿Que no puede ser!... ¡Pues yo digo que sí puede ser, y será!

Al anoecer de aquel día, terminadas sus tareas en el arsenal, los presidiarios se alineaban en el muelle para el recuento. De pronto vieron á un hombre que corría sobre las rocas hasta el punto donde éstas se encuentran con el mar; era un preso que intentaba fugarse; algunos soldados salieron en su persecución; pero el hombre les llevaba mucha delantera. Llegó á la punta del acantilado, dió un salto terrible, y cayó al

mar. Viósele aparecer un momento y desaparecer después; los soldados descargaron sus armas en dirección al fugitivo, las lanchas del puerto se lanzaron en busca suya; nada; ni el menor rastro; ó al hombre se lo habían tragado las olas ó había sido muy diestro para ocultarse.

El fugitivo era Pedro.

¿Cómo pudo sustraerse á las investigaciones y pesquisas de sus perseguidores? Ni él mismo ha podido explicárselo luego; sólo sabe que permaneció toda la noche, una noche lluviosa y terrible de Enero, oculto detrás de unas rocas, tiritando de frío, bajo sus vestidos empapados en agua; oyendo al mar romper estruendosamente á sus plantas, al trueno rugir en las nubes y al huracán bramar en el espacio con bramido ronco y salvaje.

Así pasó horas y horas, con el pensamiento puesto en su madre; así, á nado unas veces, otras desgarrándose los pies contra las erizadas puntas de los peñascales que bordean la costa, consiguió ganar una casuca, donde se facilitan vestidos y disfraces á los presidiarios. Cambió en ella de ropa; hizo durante tres ó cuatro horas ese camino sinuoso, hipócrita, incierto, confuso que hace la presa para despistar á sus acechadores, y al cabo de tres días, muerto de hambre, de frío, de sed, con los pies sangrando, la ropa hecha girones y los ojos llorosos, llegó á la puerta de su casita,

de la casita blanca con que soñaba todas las noches al dormirse sobre el duro camastro del presidio.

En la alcoba, desfigurada por la fiebre, próxima á lanzar el último suspiro, acompañada por una vecina compasiva, estaba su madre, con los ojos clavados en el techo, las manos en cruz y murmurando por lo bajo, como si dialogara con su esperanza: ¡Hijo mío!

Pedro, que adelantaba su cabeza pálida y febril, por entre las cortinas de la alcoba, oyó aquellas palabras, y sin poderse contener:

—¡Aquí me tienes, madre, aquí me tienes!—gritó, avanzando hacia la anciana y estrechándola entre sus brazos...

Fué un beso largo, muy largo; la eternidad de un amor y el fin de una vida, confundiéndose sobre dos bocas temblorosas... Luego, la vieja abrió los brazos, cayó muerta sobre la cama, y Pedro rompió en ahogados sollozos.

IV

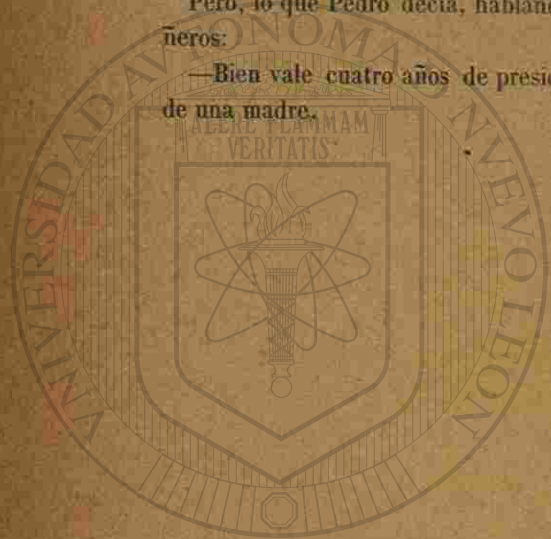
A los seis días entraba un hombre por las enrejadas puertas del penal. Era Pedro. Cuando fué presentado al director, le dijo:

—He ido á despedirme de mi madre; aquí me tiene usted. No pensaba escaparme y he vuelto.

El director había dado parte de la fuga y el penado sufrió cuatro años de recargo en su condena.

Pero, lo que Pedro decía, hablando con sus compañeros:

— Bien vale cuatro años de presidio el último beso de una madre.



EL IDILIO DE LA NOCHE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El idilio de la noche.

Al finalizar aquel crepúsculo de fuego durante el cual el sol, convertido en inmensa hoguera, arrojaba sobre el horizonte llamaradas de luz y teñía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hierba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ellas se condensaran y fundieran el vaho caliente que salía de la tierra abrasada y el humo del incendio que amenazaba consumir el infinito. Vino la noche y dijérase que aún no se había puesto el sol, que aún no se había extinguido la enorme hoguera, que después de arrasarlo todo con sus llamas, de convertirse en montón de brasas cubiertas por las cenizas de la catástrofe, ardía en un rincón del cielo a manera de humeante rescoldo que no acaba de extinguirse nunca, y daba señales de existencia rasgando las nubes con relámpagos cárdenos y con trepidaciones sordas.

Así fueron pasando las horas y llegaron las prime-

ras de la madrugada, sin que una ráfaga de aire puro viniese á refrescar la tierra, á sacudir las hojas inmóviles de los árboles, á introducirse en el fondo obscuro de las casas dormidas, que abrían de par en par, para recoger el oxígeno de la atmósfera, sus anchas bocas de madera y de vidrio. Era aquel un amodorramiento sombrío, una quietud de asfixia, el sueño profundo de una ciudad aletargada por el calor y rendida por el cansancio.

Yo, tan falto de sueño, como codicioso de frescura, recorría las calles del aquel barrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa soledad acompañada, de esa conversación muda de uno con uno mismo, conversación llena de tristezas y de alegrías, porque conversa uno con sus recuerdos y con sus esperanzas. Así iba yo, abstraído en mí propio, haciendo una excursión por los interiores de mi alma y perdiéndome en ella hasta el punto de olvidar cuanto fuera de ella existía. Y así hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oídos esta copla que llegó á mi espíritu y le hizo avanzar hacia fuera como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus labios,
con tus labios de corales,
y ríete de las penas,
y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos, deseoso de conocer á quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubriase una reja, por entre cuyos barrotes negros salían los reflejos amarillentos de una luz.

De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra. Seguí avanzando; llegué frente á la reja, y cuando mis ojos penetraron por ella retrocedí con asombro...

Nada más inesperado, más triste que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar á la puerta del cortijo andaluz, bajo el toldo verde de la parra, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, destartalada, irregular; la luz de un quinqué que ardía sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba á iluminarla por completo; fuera parte del espacio más próximo al quinqué, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro; algunas escaleras portátiles esparcidas aquí y allá; una puertecilla á la derecha, y á lo largo de las paredes

dos inmensas estanterías de madera que se alargaban hasta el fondo oscuro de la sala. Sobre aquellos estantes, simétricamente alineados, en correcta formación, como si asistiesen á una gran parada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos estos, negros aquéllos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos relucían despidiendo reflejos metálicos... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expenduria de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca del otro, estaban una mujer y un hombre; el hombre en mangas de camisa, entreabierta la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas, y las manos arrancando á las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ternura y de pasión; la mujer con el cuerpo echado hacia atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas á lo largo del cuerpo, y la azulada cabellera desgreñándose sobre los hombros; él la miraba con mirada de amor, y ella entreabría la boca, como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta á cantar.

Debían ser marido y mujer, y formaban un grupo encantador: jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores á la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche calurosa de Julio.

Yo continuaba mirándolos, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando sonaron en la calle pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó á la puerta de la tienda, llamó con golpes presurosos y esperó un momento paseándose con impaciencia de un extremo á otro del edificio.

—Llaman—dijo la mujer.

—Sí; algún parroquiano—respondió el hombre.

Y dejando la guitarra en el suelo, empujó la puertecilla que comunicaba con la tienda, y salió á abrir, volviendo á los pocos instantes.

—Es ahí al lado—dijo,—en el 25. Vuelvo en seguida.

—No tardes—respondió ella.

El hombre se puso una americana, salió á la calle y pasó por delante de mí silbando entre dientes.

Yo permaneci delante de la reja contemplando á aquella muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabierta, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y enérgico, que se alzaba y deprimía á impulsos de la respiración de la joven, agitando el lienzo de su chambra color de rosa.

El hombre volvió a poco rató. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio—dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer.—Entierro de primera clase; ataúd de zinc; seis caballos; lacayos empolvados... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, á acostarnos, que ya es tarde. Despertaremos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto?—preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¡Qué mal olía!...

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno:

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

BUENOS CONSEJOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hombre volvió a poco rató. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio—dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer.—Entierro de primera clase; ataúd de zinc; seis caballos; lacayos empolvados... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, á acostarnos, que ya es tarde. Despertaremos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto?—preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¡Qué mal olía!...

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno:

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

BUENOS CONSEJOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Buenos consejos.

—Cree a tu madre, que tiene experiencia de la vida, que conoce el mundo y no ha de aconsejarte mal. Vosotras, las muchachas, os desvanecéis por cualquier cosa, por un bigote retorcido, por unos ojos negros, por una dentadura blanca ó por una levita de buen corte. Y eso, ¿qué es? Nada. Lo que debe buscar una mujer de juicio para casarse, no es un marido que le guste, sino un marido que le convenga. Don Pedro te conviene, hazle caso, y déjate de tonterías.

—Pero, mamá, si no le quiero; no le podré querer en mi vida. Quiero a otro, a Carlos, ya lo sabes.

—La canción de todas las jóvenes; conozco muy pocas que no hayan dicho lo que tú en igualdad de circunstancias; después se han casado y son felices y están satisfechas de haber seguido los consejos de sus padres. ®

En semejante conversación andaban empeñadas doña Gertrudis y Julia, una madre y una hija, de cuarenta y cinco a cincuenta años la primera, de veinte la se-

gunda, avarienta de comodidades la una, de ideales placeres la otra, é iluminadas ambas por el resplandor de una chimenea sobre cuyos morrillos chisporroteaban dos troncos medio quemados, despidiendo fulgores rojizos, goteando chispas de luz que se desvanecían en el aire y coronándose de llamas inquietas que brotaban en movimiento rápido por entre las junturas de la leña y se dilataban un instante como si tratasen de huir por el respiradero del hogar y volvían luego al punto de partida, y se enroscaban á los troncos haciéndoles crujir con seco é intermitente estallido, desgastándolos y ennegreciéndolos para destruirlos, para carbonizarlos, para que convertidos en brasas, cayeran humeando en el suelo encenizado de la chimenea.

Era la madre lo que son todas ó casi todas las mujeres que se aproximan á la cincuentena; una señora pacífica, honesta, virtuosa, reflexiva y algo beata, porque la religión católica hace muchos prosélitos á esta edad; á falta de los goces terrenales, se buscan los celestes; cuando se le escapan los unos, echa el hombre mano de los otros; procedimiento muy parecido al de cierto caballero, ya anciano, el cual, habiendo sido gran comedor de carne en su juventud, alaba ahora con entusiasmo las sopas de ajo; y todo ¿por qué? porque no tiene dientes. Así es la moralidad de muchas personas que yo conozco.

No había, pues, que hablarle á aquella señora de

amor, de ilusiones, de esperanzas y de quimeras juveniles; estas palabras (sólo como palabras las admitía) eran, á su juicio, un conjunto de simplezas indignas de respeto é impropias de gente formal. Por tal motivo, aconsejaba á su hija que aceptara un matrimonio de conveniencia. Así es que al cabo de una pausa, durante la cual revolvió los leños cruzados sobre la chimenea, hizo un gesto oratorio, lleno de convicción y energía, y reanudó la plática en la siguiente forma:

—Mira, Julia, hija mía; D. Pedro te conviene, es rico, ocupa una posición envidiable, y posee la suficiente experiencia para ser un hombre de su casa y hacerte feliz. Carlos es un calaverilla, su porvenir anda muy inseguro, y su presente... Los presentes que pueda hacerte él con el suyo, los pago doble y no me cuestan arriba de doscientos reales... Es preciso pensar en lo futuro; mientras vivamos nosotros, tu padre y yo, no ha de faltarte nada; pero, ¿y luego? Fíjate bien. El amor pasa pronto; cuestión de unos meses; las que no pasan nunca son las otras necesidades de la vida, y á ellas hay que atender en primer término.

—Pero, madre, si yo amo á Carlos; si para mí no hay en el mundo felicidad posible sin él; es muy guapo, muy cariñoso; tiene un talento tan grande, un corazón tan noble... En cambio el otro es insoportable... ¡No puedo sufrirlo!...

—¿Por qué?

—¡Es muy feo!

—¿Y qué imaginas tú? ¿Que Carlos va á ser guapo toda su vida? Pues sábelo: á la vuelta de diez años estará lo mismo que don Pedro. Además, don Pedro no es repugnante ni mucho menos; un poco gordo está, pero eso no importa.

—Madre...

—¿Qué vas á decirme? ¿Que le faltan algunos dientes?... El día que te cases con él le haces comprarse una dentadura nueva, y hombre completo; sobre que las dentaduras postizas son más iguales y no crían sarro.

—¿Qué cosas dices, madre!... No es en el abdomen ni en la dentadura de ese hombre en lo que yo reparo; es todo él, entero y verdadero, lo que no me gusta. ¡Si fuese feo únicamente! Pero es zafio, tonto...

—¿Tonto un hombre que posee catorce millones! Tú si que eres tonta.

—Buena; seré lo que tú quieras, pero no le puedo aguantar, no le querré nunca. ¡Cómo pretendes que me una á un hombre á quien no quiero!... Amo á otro —ya lo he dicho,— y el amor no se arranca del alma tan fácilmente como supones tú.

—Déjate de amores y de ensueños ridículos y reflexiona un poco. ¿Qué porvenir será el tuyo con Carlos?... Supongamos que te ama, y ya es suponer; el amor re-

presenta para los hombres un capricho; en cuanto lo satisfacen, buenas noches; pero, en fin, Carlos constituye una excepción y te ama.

Aun así y todo ¿es el amor el objeto único de la existencia? No; el objeto de la existencia consiste en disfrutar de ella honradamente, claro que honradamente, y no iba á decirte otra cosa. ¿De qué disfrutarás con Carlos? De un piso cuarto con entresuelo y sin alfombra; gracias á que podáis tener una estera de cordoncillo; de un mal cocido á diario y de un principio modesto los días que repiquen gordo. Pocos trajes, pocas diversiones y muchos hijos!... ¿Qué perspectiva tan deliciosa!... En cambio, ¿qué va á faltarte con don Pedro? Nada; ni siquiera cariño, porque el te quiere mucho.

Y lo demás... lo demás, ¡figúrate tú! Un hotel en la Castellana, un coche á la puerta, una mesa excelente, abono en el Real, donde le pidas; trajes magníficos, joyas de gran precio... cuanto puede apetecer una mujer á la moda; y eso serás tú, la reina de la belleza y del buen tono. ¿Qué necesitas para conseguirlo? Acostumbrarte á don Pedro; y te acostumbrarás y serás dichosa; á un hombre, sea cual fuere, se acostumbra una; ¡á lo que no se acostumbra nunca es á la miseria y á las privaciones!... Medítalo bien y cree á tu madre. ¡Quién más deseosa de tu ventura que ella!

En igual ó parecido estilo siguió discurriendo la

buena señora, valiéndose de su influencia sobre su hija para inculcar en su cerebro aquellas opiniones; y lo hacia de buena fe, inspirándose en las ideas *prácticas* que dominan á nuestra sociedad y que van á concluir por arrancar de ella cuanto en ella existe de noble y de honrado. No comprendia que con semejantes procedimientos, y al pretender extirpar del corazón de la muchacha honrados y puros afectos que, teniendo por base el desinterés, hacen al ser humano capaz de todos los sacrificios, de todos los heroísmos, de las grandezas todas, mataba la rectitud de su conciencia y las vibraciones generosas de su alma; no comprendia que induciéndola á sacrificar sus ilusiones por los placeres egoístas y vulgares de la existencia, prostituia á la joven, ni más ni menos que prostituye á una mozueta cándida una tercera experimentada; no comprendia tampoco que amonestar á una mujer enamorada de un hombre á casarse con otro, vale tanto como contribuir á su deshonra, porque el amor no se suprime como los empleados de real orden.

La madre de Julia ignoraba esto.

Siguió, pues, aconsejando á su hija, y terminó su conferencia con las siguientes palabras:

—Abandona á Carlos y cástate con don Pedro. El amor se olvida; yo te aseguro que olvidarás para siempre á ese mozo.

La muchacha bajó la cabeza; sonrióse la madre con

sonrisa de triunfo, y mientras ellas callaban, por entre los dos troncos abrasados y superpuestos que remedaban con sus tonos encendidos los labios brutales de una boca enorme desmesuradamente abierta, asomó una llama, una lengua de fuego, la lengua perteneciente á aquella boca desdentada y siniestra. Aquella lengua parecia burlarse de la madre y de la hija, que se contemplaban en silencio.

.....

.....

Julia se ha casado con don Pedro y es feliz, completamente feliz. Su madre tenia razón.

Por supuesto, que Carlos sigue siendo amigo íntimo de la casa.



EL ODIO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El odio.

I

Su nombre andaba de boca en boca, como la carne del jabali en los dientes de la trahilla, destrozado, mordido, hecho tiras, chorreando sangre. Su primer triunfo fué la señal para emprender aquella batida cobarde, con la que se trataba de cortar el paso á una reputación naciente. Chasco se llevan los que calentando su espíritu y mortificando su cerebro con la esperanza del primer aplauso, imaginan que, una vez logrado éste, termina el *vía-crucis* y pueden seguir su camino por sendas fáciles, por carriles seguros, que hacen el viaje cómodo y la llegada pronta. Más se estrecha el sendero cuanto más se adelanta; más áspero es el piso, más enmarañados y espinosos los zarzales que á uno y otro lado del sendero se elevan y hacia él se extienden y en su centro se unen; muralla movediza y punzante que hay que salvar á pecho descubierto, sin volver la cabeza, disimulando el dolor, gritan-

11

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL

"ALFONSO REYES"

Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

do hacia adentro, llorando hacia adentro también, con el pie firme, la frente alta y los ojos en el porvenir...

¡Qué remedio!... Algo ha de costar romper el dique de las vulgaridades consagradas, rebasar el nivel de las medianías, salirse de la recua... Mujer hermosa y hombre superior que no cuentan con la calumnia y con la envidia, no echan sus cuentas bien. Ocorre con esto lo que con el sarampión: hay que pasarlo.

Un hombre que tiene *cosas suyas* dentro del cráneo, que no se sujeta al patrón general, que ni se apaisa, ni se pliega a los usos, ideas y costumbres del «común» de las gentes, es un ejemplar raro, una sorpresa; un caso de asombro y de recelo para los que no le comprenden; un objeto de odio para los que, siendo capaces de comprenderle, son incapaces de llegar a su altura. Recelo justo, odio perfectamente lógico, después de todo. «Lo que piensas, lo que dices, lo que haces—gritan los ignorantes—es en contrario de aquello con que nosotros vivimos tan á gusto. ¿Por qué nos molestas con tus novedades?»—«¡Hola!—dicen las medianías inteligentes—este mozo viene á demostrar nuestra pequeñez, á quitarnos el puesto. De ninguna manera. Hay que acabar con él, antes de que él acabe con nosotros.»

Y véase cómo, sumándose á la ignorancia asustadiza de los unos, la malevolencia interesada de los otros, surgen obstáculos y prevenciones, y rencores, para

triunfar de los cuales ha e falta ser algo muy parecido á lo que era Enrique, el protagonista de mi cuento; aquel muchacho inteligente, originalísimo y audaz, que produjo entre sus futuros compañeros el mismo efecto que produciría un cachorro de león arrojado de pronto en una asamblea de monos sabios.

¡Qué marejada se levantó contra sus ideas primero, contra su persona después!... ¡Qué gritería hubo en el tribunal, donde la crítica de bajo vuelo expende credenciales y títulos al correr de su pluma, que ojalá no corriera tanto, para bien del idioma y tranquilidad de la sintaxis!... ¡Cómo se trató de matarle con el silencio primero, y después, cuando se vió que el silencio era inútil, con la censura sistemática, con la injuria encubierta, con el invocar las *venerandas tradiciones* profanadas, los clásicos preceptos desatendidos, las buenas fuentes enlodadas por aquel perturbador insensato! ¡Qué de anatemas furibundos se lanzaron más adelante contra el pobre Enrique, en nombre de la moral, del recato artístico, de la honestidad literaria, del estilo casto, de la pudibundez estética, de los asuntos vedados, de los conceptos atrevidos, de todos esos *co-*cos que, manejados hábilmente por una impotencia vanidosa que aborrece y repugna lo que ni puede realizar ni sabe sentir, trata de poner puertas al campo, de hacer el arte á la medida de su pequeñez, de convertirlo en un molde de flanes retóricos, de trocar la

que debe ser figura gigantesca, grandiosa, donde se cuenten los músculos y se sienta circular la sangre y vibrar los nervios y palpar la vida en un figurín de sastrería con cuerpo de madera é indumentaria de munición!...

De todas estas armas esgrimidas contra él, un día y otro día, se echó mano para dar en tierra con el talento y con las esperanzas de Enrique. Pero aun así y todo resultaba difícil empresa vencerle; alguno de sus atetazos eran tan formidables que atravesaban las nubes amontonadas sobre su nombre y lo lanzaban á la luz. En la bravura de aquellos atetazos el público adivinaba el águila.

«Lo que dice es extraño—llegaron á exclamar algunos—pero es grande.»—«No—repetían sus enemigos,—no hay tal grandeza; fíjense ustedes bien; eso es el parto de un cerebro desequilibrado; el fruto monstruoso de una imaginación enferma; sólo á un loco puede ocurrirsele atrevimiento semejante.»—¡Loco?—repetían los otros.—¡Quién sabe!... En este hombre hay un luchador; algo donde palpitan á un tiempo la fiereza indomable del combatiente y la honradez de pensamiento del apóstol. Acaso no debamos creerle, pero tal vez debamos admirarle.»

¡Admirarle!... ¡Era lo que faltaba!... ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!... ¡De ningún modo!... ¡No bastaba lo hecho!... Se haría más. Era preciso concluir

con él, fuese como fuese, apelando á todos los medios. Había que rematarlo y rematarlo pronto. ¿No era suficiente herir su fama de artista? Pues á herir su fama de hombre y á herirla en lo hondo, donde duele, donde juntamente con la sangre de la herida brota la protesta pública primero, el menosprecio después, el hundimiento total al cabo. Derribar lo que se pudiera, manchar de lodo lo que permaneciese en pie; he aquí el programa cumplido—digámoslo en elogio de sus formuladores—con rigurosa exactitud.

Mientras se atacaba, *coram pópulo*, la fama del artista, tratando de pulverizarla á mazazo limpio, creábasele por lo bajo, sin dar la cara, una reputación de perdido que no había más que pedir. ¿Cómo? Como tienen costumbre de hacerlo los prácticos de la calumnia: partiendo de un hecho insignificante, de esos que cualquiera realiza y que examinados con frialdad, significan poco y hallan excusa en todos los labios para tergiversarlo habilidosamente, presentarlo con los más negros y vergonzosos colores é irlo deslizando de oído en oído, hasta que el vulgo se apodere de él y lo comente á su capricho y lo convierta en eco escandaloso que destruye nombre, prestigio, honor, porvenir, todo.

¡Y qué hacedero es esto!... Lo que en el artista es desorden, motivado casi siempre por las preocupaciones de la obra en que tiene puestos sus sentidos todos, calificase de incorrección, de menosprecio al deber

social, de falta de juicio, de carencia absoluta de trato y de buenas costumbres; el arranque juvenil y espontáneo de una existencia pletórica de nerviosidades y de anhelos, de viciosa licencia; su franqueza se llama descaro; su altivez, orgullo; su recogimiento, pereza; el valor de sus actos y de sus convicciones, cinismo; la conciencia de su propio valer, vanidad satánica... Así se desfigura la imagen, así se presenta á los ojos del vulgo; y el vulgo la toma como se la dan, porque no tiene tiempo de estudiarla, ni obligación de hacerlo tampoco.

Esto fué lo que se hizo con Enrique; esta la faena implacable del odio contra aquel luchador tenaz. Se tiraba á eso; á que cayese y á que nadie tuviera lástima de él si caía.

II

Decir cuánto sufrió Enrique en aquella pelea larga, empeñada, implacable, es inútil. Los que le entendían, los que le apreciaban, los que le tendieron la mano—que también hay almas generosas en el mundo del arte, como hay espíritus independientes en el mundo real—saben todas las amarguras, todos los dolores, los desengaños todos devorados á solas por aquel hombre que tuvo la desgracia de no ser una de tantas medianías como andan por ahí repletas de satisfacciones

y laureles; porque las medianías vencen pronto y el genio tarde; la cosa se explica: es más fácil levantar un guardacantón que una pirámide.

Momentos hubo en aquel largo período de tiempo, durante los cuales Enrique, contemplando lejano el triunfo, inseguro el éxito y prevenida la derrota, se sintió desfallecer y formó propósito de darse por vencido, de renunciar á sus esperanzas, de rehuir al combate y hundirse en la sombra... Pero tales pensamientos duraban poco en él. ¡Rendirse!... ¿Para qué? ¿para dar esta satisfacción á sus enemigos? ¿para hacer buenas todas sus profecías y negaciones? ¿para que se cerniesen alegremente sobre sus restos y gritasen á voz en cuello: «¡Lo ven ustedes!...» ¿Nos equivocáramos?... Ahí está ese que presumió de atleta, de grande hombre, convertido en nada; en una imagen irrisoria, en una nulidad despreciable...?

—¡No, no dirían eso; no les daría ese placer! Aunque sólo fuese por ellos lucharía, lucharía siempre, sin descanso, sin tregua. Los odios amontonados contra él convertíanse en acicate, le espoleaban en el alma. ¡Nada de rendirse! ¡A combatir, á combatir y á triunfar, costárale lo que costara, aunque le costase la vida; aunque sólo tuviera tiempo para clavar su bandera, arriba en lo más alto, y envolver con ella su cadáver!...

Y llegó... llegó... ¿Cómo? Habiendo gustado cincuen-

ta años de existencia en los veinte que duró la lucha, desangrandose por cien heridas, con la cara llena de arrugas y el alma de desengaños. Pero, en fin, llegó...

Al día siguiente de su triunfo, almorzaba Enrique con siete individuos. Aquellos siete individuos eran sus enemigos más crueles, los que, por los mayores medios de publicidad que tuvieron á su alcance y por su mayor número de relaciones sociales, le habían hecho más daño en su fama de artista y de hombre; los mantenedores constantes de la lucha; los fervorosos guardadores del odio que contra él se había desatado.

La invitación partió de Enrique; fué recibida con asombro; los tales sujetos no se daban cuenta del agasajo, y sin darse cuenta de él estuvieron hasta que su anfitrión, llenando una copa de *champagne* y levantándose de su asiento, les dijo:

—He querido obsequiar á los que me han ayudado á conseguir el triunfo. Mil veces creí caer y el odio de ustedes me sostuvo.

Y mientras sus comensales le contemplaban con asombro, añadió:

—¡Bendito sea el odio que me ha hecho vencer! Muchas gracias, señores.

EL AMANECER EN MADRID



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El amanecer en Madrid.

Pocos habitantes de Madrid han examinado lo que significa en ella el amanecer. Los individuos que circulan á tales horas por las calles de la gran población, no poseen tiempo hábil ni inteligencia clara para realizarlo. Embrutecidos unos por el alcohol, que sube desde su estómago hasta su cerebro, para fermentar en vapores que sacuden los nervios con el ansia de todas las impurezas y de todos los vicios; enervada, casi desaparecida la inteligencia de los otros, que acuden al trabajo con la pasividad inconsciente de la bestia de carga, apenas si allá, en algún sitio, entre las vidrieras de un balcón entreabierto, se descubre la silueta de un pensador que, asomando su cabeza pálida y febril por el hueco que dejan libre los cristales, fija sus ojos en el lucero de la mañana, que se desvanece en el horizonte, mientras en el fondo de la habitación, sobre la mesa de despacho, chisporrotea al extinguirse la luz de la lámpara que ha presidido los esfuerzos titánicos hechos en obsequio de la ciencia, del arte, de la

humanidad, por aquel hombre tembloroso y rendido.

Y, sin embargo, el amanecer en Madrid es uno de los espectáculos más grandes que pueden ofrecerse á las meditaciones del hombre. No hay en él, como en las auroras campestres, gorjeos de pájaros, murmurios de arroyos, estremecimientos de hojas, perfumes desprendidos de las plantas, cuchicheos amorosos del aire y gotas de rocío que palpitan y se estremecen como lágrimas de ventura y de amor sobre la aterciopelada superficie de las flores; no existe el idilio alegre de la Naturaleza que despierta risueña y alborozada á los primeros besos del sol, pero existen las palpitaciones siniestras de una humanidad luchadora que se dibuja entre las tintas grises del crepúsculo.

¿Habéis visto el primer desmerezo de una mujer que se despierta? Por hermosa, por inteligente que sea, resulta en aquellos instantes antiestética, estúpida: sus ojos, guiñados á causa de la viva impresión que en ellos produce la luz, miran sin ver; sobre sus pestañas, que acaso constituyen el delirio amoroso de un hombre elegante, se enroscan legañas amarillas, capaces de robar la ilusión á cualquiera; el rostro, donde la sangre llega perezosa y dormida, ostenta una palidez mate, cuando no lo salpican manchas violáceas, que el baño restaura y el afeitado disimula; sus dientes, comparados por su blancura al nácar, aparecen entonces enmohecidos por el vaho sucio que se desprende de la respiración;

sus miembros se estiran con movimientos torpes y brutales; hostezo enorme abre su boca de par en par: la mujer hermosa sólo es una masa grosera hasta que el primer chispazo de su inteligencia, pasando por sus indecisas pupilas, le devuelve el movimiento y la expresión.

Algo muy parecido á esto ocurre con el amanecer en la corte. Madrid es, á esta hora, una figura colosal que se desmereza.

Fijaos bien en ella, y veréis, á la melancólica luz de la mañana, cómo ofrece, entre hostezos gigantes, lo más repugnante y lo más horrible que en ella se esconde; desde la miseria que oculta de día sus andrajos entre la multitud bien trajeada que la escarnece, hasta el vicio que se oculta también, más que por pudor, por cansancio ó por hipocresía.

Del quicio de un portal que la noche velaba á los ojos del transeunte, brota una imagen andrajosa, vestida de remiendos, con las manos amoratadas y sucias, el rostro ennegrecido y los cabellos en desorden; es un mendigo que tiene por lecho una piedra y por fortuna su descaro; por la esquina de una calleja miserable se pierden dos chicuelos, macho y hembra, sin casa, sin hogar, desarrapados, insolentes, carne para la mancebía y para el presidio, que mientras les llega el momento de cubrir los puestos que les ha señalado el destino, aprenden á morir de hambre; del fondo os-

curo de una taberna que permanece cerrada de noche para la autoridad y abierta para la embriaguez, sale el ladrón borracho, mientras sale del elegante *restaurant* el alcoholizado señorito, llevando del brazo á su querida, que rie como una loca y borbotea palabras útiles á los oficios de un carretero, cosa que no le impide mirar con dignidad despreciativa á las mercenarias del arroyo que se alejan más que de prisa en busca de sus infames tabucos, á fin de esconder á la luz del día el basto colorete que remeda sonrojos en las sombras nocturnas y solo es al amanecer una pasta resquebrajada y asquerosa, inhábil hasta para producir solicitudes livianas en los mozos de cuerda.

Hé aquí los trágicos perfiles que se distinguen entre los temblorosos fulgores del crepúsculo, fulgores que cuando los vendedores de café recorren las calles y los comerciantes de churros plantan sus tiendas en las aceras, y los serenos apagan sus faroles y los carros de limpieza golpetean el empedrado con rudo y extridente chirrido, aparecen á los ojos del pensador como repugnantes legañas y manchas asquerosas y palideces enfermizas y llagas siniestras de la gran ciudad que se despereza y abre los ojos.

Luego, cuando los gobernantes despiertan y los filósofos de similar se lavan la cara y los chicos del Ateneo toman modestamente un chocolate sazonado con citas eruditas, Madrid es otra cosa. Como el baño y la

ducha restauran el cuerpo humano, las mangas de riego empujan al fondo de sus guaridas á la multitud de seres horribles que se descubren al amanecer, y sólo quedan los obreros que van al trabajo; las criadas que acuden á la plaza con la mano en la cesta y el pensamiento en la sisa; los estudiantes que se encaminan á las aulas; las enamoradas parejas que marchan con rumbo al Retiro; los empleados que se dirigen á las oficinas; lo que representa vida, inteligencia, trabajo.

Madrid se ha puesto el traje de mañana. La señora ya puede recibir.

Pero no hay que verla así, que es como la ven, por regla general, gobernantes y pensadores *reputados*; no hay que verla tampoco á la caída de la tarde, cuando inunda calles y paseos vestida de lujo, ni á los comienzos de la noche; entonces es una ciudad elegante que rie y se divierte y goza; no para comprender las miserias que en ella se esconden; los vicios que en ella se ocultan; los males que hay que corregir; las injusticias que hay que remediar y las desventuras que hay que proteger, es necesario verla como yo la he visto muchas veces.

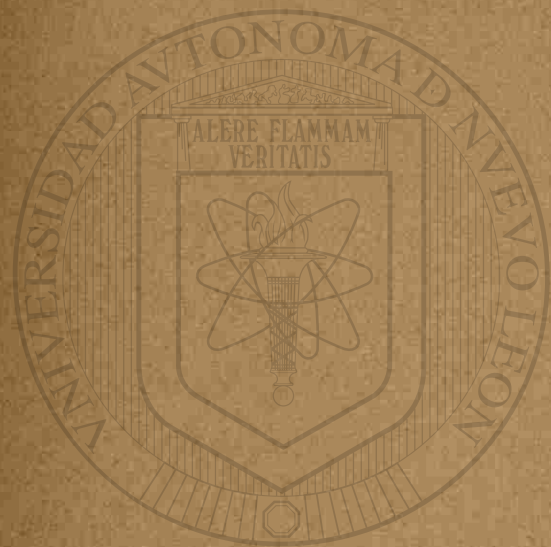
En camisa.



UANL
DOS «MATAORES»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

Dos «mataores».

No es un cuento lo que voy á escribir; es un *succe-
so*, como lo titulaba la persona que me refirió el he-
cho; persona seria, aunque mal avenida con la gra-
mática, y hombre de cuya veracidad casi me atrevo á
responder.

La cosa me gustó, porque es una tragi-comedia ver-
daderamente española. De modo que paso á referirse-
la al público con todos sus pelos y señales y valga por
lo que valiere.

*
*
*

Hará próximamente veintiocho ó treinta años del
suceso, y campaba entonces por su respeto, en el
campo de Córdoba, el famoso Pacheco, aquel Pacheco
muerto de un tiro en las calles de la población anda-
luza; un bandido de los que da el terreno, valiente,
generoso, con sus puntas y ribetes de bruvucón, te-
rror de la comarca y usufructuario, por derecho de
baratería, de todos aquellos capitales significados por

un cortijo en la sierra ó una finca en los alrededores de la ciudad.

Treinta años hace de esto, y el mismo tiempo que llegó á Córdoba, por vez primera, uno de los matadores de toros que más aplausos, más fama y más dinero han conquistado en esta patria de los Redondos, Domínguez, *Lagartijos*, *Frascuélos* y *Guerritas*.

Reservo el nombre del matador porque no le he pedido autorización para estamparlo aquí; pero quien haya tenido y tenga afición lo conocerá en cuanto le diga que es el hombre que más se ha *apretao* con los toros de veinticinco años á esta parte.

Llegó á Córdoba el espada, y *Lagartijo* creyóse obligado á darle una comida; comida de toreros, con mucho vino, mucha alegría, su miaja de guitarra, un poco de cante y un cielo de mujeres hermosas, de esas mujeres que Mahoma puso al lado de Dios y llevan en sus venas la sangre de los Abderramanes caldeada por el sol de oro de Andalucía. Claro que la comida se convirtió en juerga, y que, al mediar de la noche salieron de casa del último «califa» cordobés el matador forastero y su cuadrilla, más que medianamente borrachos.

Y borrachos llegaron todos frente á la puerta de un *colmao*, y entraron en él y pidieron unas cañas de vino.

Estaba allí, recostado á la parte de fuera del mos-

trador, un hombre del campo vestido con riqueza, bajo de estatura, ancho de hombros, duro de entrecejo, reservado de actitud y más que encogido de ademanes.

—Eche usted unos vasos *pa tóos* —exclamó el matador.

Sirviólos el tabernero; pidió otros el espada; convidó al campesino, y éste dijo, encarándose con el amo del establecimiento cuando los otros iban á retirarse:

—Convide *osté* á los señores.

—Oiga usted—respondió el espada:—donde hay un *mataor* de toros no paga nadie. Conque, vamos, muchachos.

—El que á mi me convida tiene que aceptar mi convite, respondió el campesino.

—¡Quiá!

—Le digo á *osté* que sí.

—Y yo á usted que no.

—¡Que sí!

—¡Que no!

Y como las cabezas estaban calientes y la sangre española es pronta y rápida para la lucha, adelantóse el espada, levantó la mano, y golpeó con ella la cara del paisano andaluz.

Hizose éste hacia atrás, puso mano en el bolsillo de su chaqueta, indicó un movimiento de avance, se detuvo luego, enarcó el entrecejo, miró al espada con

serenos ojos, dijo: «Está bien», y se plantó en la calle.

—¿Qué ha hecho usted?—gritó el tabernero.—¿Sabe usted quién es el hombre á quien acaba de abofetear?

—¿Quién?

—¡Pacheco!

«Tóo el vino que llevaba en la cabeza se me bajó á los pies»—aseguran que exclamó el valiente espada: ¡Pacheco!... ¡Como quien dice, la Extremaunción!

Y comprendiendo que se había metido en una mala faena, salió á la calle poco menos que custodiado por los hombres de su cuadrilla.

El vendrá á buscarme—dijo á sus picadores y banderilleros.—Cuando venga, avisadme.

Y con la intranquilidad consiguiente, á golpear á un *guapo*, terror de Córdoba, y obligado por las necesidades de su oficio á ser *guapo* siempre, esperó el matador sentado en una silla, sin decidirse á meterse en la cama.

Apenas había dado tres cabezadas sobre la silla, cuando entró uno de sus banderilleros, gritándole, todo lo bajo que en voz baja se puede gritar:

—¡Ahí está ese!

Y entró Pacheco.

—¿Osté me conoce?—preguntó el bandido al espada.

—No tenía ese gusto—respondió éste.

—Pues yo me llamo Pacheco, y vivo de matar hom-

bres como *osté* vive de matar toros; si la gente sabe que *osté* me ha *dao* una *bofetá* sin que yo le mate, estoy *perdío*. Conque tengo que matarlo á *osté* y vengo á eso.

—Pero, hombre...

—*Náa*, que no hay otra cosa que hacer; pero como yo tengo oído que *osté* es un *mataor* de toros *mu güeno* y he *entrao* en Córdoba jugándome la cabeza *pa* verlo á *osté* matar, mañana lo veo yo *matá* á *osté* y *aluego* lo mato.

—Pero...

—¡No hay pero! Hasta la vista.

Salió Pacheco; esperó el matador la hora de la corrida; vistióse de mala gana, y deseoso de remediar su mal paso con aquel bandido, llegó á la plaza.

—¿Está ahí ese tío?—le preguntó á su banderillero de confianza.

—Sí; en esa barrera de sol—le contestó el banderillero.

Y en efecto, en una barrera de sol, con un pañuelo de seda al cuello, estaba Pacheco.

—Córreme el toro *pa* él—dijo el matador cuando le llegó la hora de matar;—voy á ver si por *mataor* de toros me evito la pelea con ese *mataor* de hombres.

Y como él sabía, como no ha sabido hacerlo nadie después de él, se ciñó con el toro, lo cuadró, levantó los ojos hacia Pacheco, le dijo: «¡Vaya por usted!» y

se dejó caer con un volapie hasta la mano. El toro rodó hecho polvo á sus plantas, mientras la plaza entera estallaba en aplausos.

—*¡Olé!*—gritó Pacheco; y arrojó su pañuelo al torero.

Fue éste á recogerlo, creyendo que había ganado la pelea, y Pacheco le dijo con sorna:

—*Atuego* iré por él.

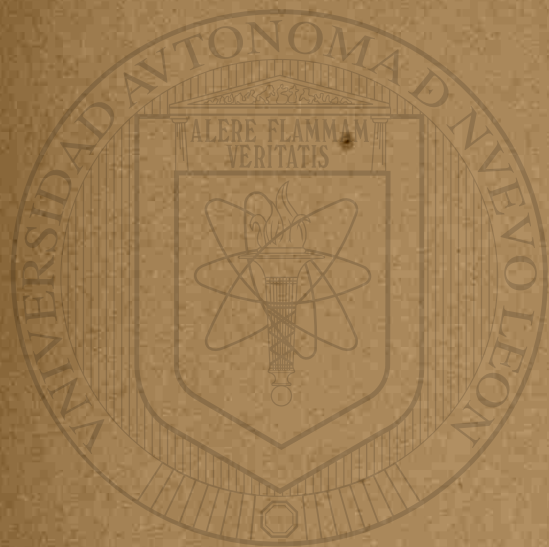
Y fue; y dicen que le dijo al espada:

—Es *osté* un gran torero; le perdono á *osté* la *bofetá*; á *osté*, que es un hombre *pa* las fieras, no lo *pué* *matá* quien, como yo, es una *fiera pa* los hombres.

LAS PERLAS NEGRAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las perlas negras.

(CUENTO DE NIÑOS)

Hace mucho tiempo de esto, hijos míos; vuestros abuelos tenían, como lo tiene ahora mi padre, el pelo manchado de canas... mucho tiempo, y había entonces un país que tal vez haya desaparecido del mapa, que tal vez exista, porque su nombre se ha borrado de mi memoria, como se han borrado de mi corazón las ilusiones; las ilusiones, unas señoritas a quienes acariciaréis con deleite cuando tengáis veinte años y de las que maldeciréis a los treinta. Ya os proporcionaré el destino la mala ventura de tratarlas.

Pues bien: en tal país, perfectamente paradisiaco por su inocencia, en lo que respectaba al conocimiento de las piedras preciosas, vivían a gusto y metiéndose un dineral en la bolsa de sus caudales, varios distinguidos alfareros, tan hábiles para dar cédula de ceilandeses a los productos contrahechos de su industria, como cuidadosos de que las víctimas de su rapiña si-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Av. 1625 MONTERREY, MEXICO

guieran en el error y en la ignorancia á que desde tiempo inmemorial las tenían acostumbradas.

Escuso deciros si, amparados en la candidez de sus compradores, realizarían los tales mercaderes pingües y seguras ganancias. Baste decir que cuál más, cuál menos, tenía su renta y su crédito, y así pasaban los aljófares por perlas en aquel país, como pasa un pedazo de madera por Dios en las tribus salvajes.

Esta es la vida, hijos; el habil explota al cándido hasta que le deja en los huesos, y cuando el cándido se entera se declara escamón pletórico, y desconfía de las gentes honradas que son las únicas que le dan la mano compadecidas de él.

Pues bien; á tal país, y suponiendo, con buen acuerdo al parecer, que donde no había perlas naturales haría un gran negocio el que las llevase, llegó un joven comerciante poseedor de un saco de perlas negras, iguales, transparentes, verdadero prodigio de la naturaleza, regalo espléndido hecho á los hombres por el mar, á cambio, sin duda, de las jugarretas con que le obsequia de vez en cuando.

Cuando el mozo presentó en el mercado las perlas, los otros comerciantes, inteligentes en el oficio, no pudieron reprimir un grito de asombro; pero el asombro y la admiración duran poco entre negociantes, especialmente cuando ven comprometido su negocio.

La presencia de aquellas perlas era la muerte de su

industria; ¿cómo iban á competir ellos, artífices vulgares, imitadores despreciables, con aquel mozo que traía la obra misma de la naturaleza en un estuche de su propiedad? ¡Imposible! ¡Estaban perdidos si los habitantes de la población se enteraban del hecho y comprendían que habían estado pagando como joyas baratijas de á real y medio.

¿Cómo evitar el golpe? Sólo había un medio: negar la legitimidad de las perlas negras, declararlas falsas, proclamar al joven comerciante estafador indigno de todo linaje de consideraciones, y declarar en pleno jurado que las únicas perlas positivas, insustituibles y auténticas, eran las que vendían ellos.

Y así ocurrió; y como los habitantes de la ciudad estaban en ayunas respecto de la riqueza y valor positivos de las piedras preciosas, pasaron por el fallo de los comerciantes, despreciaron, insultaron y punto menos que apalearon al joven vendedor, el cual se murió de hambre con toda su riqueza, heredada por una pobre-cilla mujer, que sin meterse en averiguaciones comerciales, había estado y siguió estando muy enamorada de aquel infeliz.

Enterraron al mozo de limosna, lo echaron en la fosa común de un cementerio, y pasó el tiempo y nadie se acordaba ya de él, cuando llegó al país de referencia un personaje del mismo, hombre de gran prestigio, honrado además, que había viajado mucho, visto lo

que el mundo tiene que ver, ajeno á la envidia y dispuesto por su posición y por su carácter á decirle cuatro verdades al lucero del alba.

Llegó á la ciudad, tuvo ocasión de conocer á la poseedora de las perlas, hizose cargo de la historia, y al día siguiente se disparó contra los aljofareros, probándoles que eran ellos los estafadores y demostrando al país todo que se había cometido una infamia con el pobre muerto.

Faltó poco para que la multitud arrepentida levantara una estatua al cadáver, y si los cadáveres sienten, ¡qué satisfacción para aquel hombre muerto de hambre! ¡Un elogio póstumo! ¡Buena reparación para un puñado de huesos á medio podrir!...

*
*
*

Este es, niños, el cuento de las perlas negras.

Oid la moraleja: Si llegáis á hombres, y en cualquier orden, en cualquiera esfera de la vida, os veis poseedores de un puñado de perlas negras, no se os ocurra presentarlas ante un mercado de aljofareros y de ignorantes.

LA EPOPEYA DE UNA ZÍNGARA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La epopeya de una zingara.

El sol caía á plomo sobre la ancha carretera, uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra; he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y frescura, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrojos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos de sol.

Tarde calurosa de Agosto que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno que abrasaba la atmósfera, asfixián-

dose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios; y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituyan la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos a un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio. El niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios para extraer el jugo que generosamente le ofrecía.

La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándole prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa. La pobre criatura pudo ser bella; pero de

su belleza no quedaba más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo entre ellos doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor de edad, de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios á impulsos de internos dolores y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de zingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, donde no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la

habían amenazado con golpearla, á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.

*
*
*

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La zingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres?—murmuró, dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed... me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño.—¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia; y ella, su madre, no podía prestársele; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo; en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario; los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; ¡nada, no encontró nada! Aquella tierra sedienta parecía decir á la zingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: «¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!» Y la zingara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡No puedo darte nada! ¿Dónde voy á encontrar ahora agua, hijo mío?...

—¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto, la zingara sonrió, con una sonrisa de esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta

de un peón caminero: su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella puerta inmóvil. Sus afaes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vueltas á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vió con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto; pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido; la zingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron á la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó la distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la zingara contemplando á su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La zingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

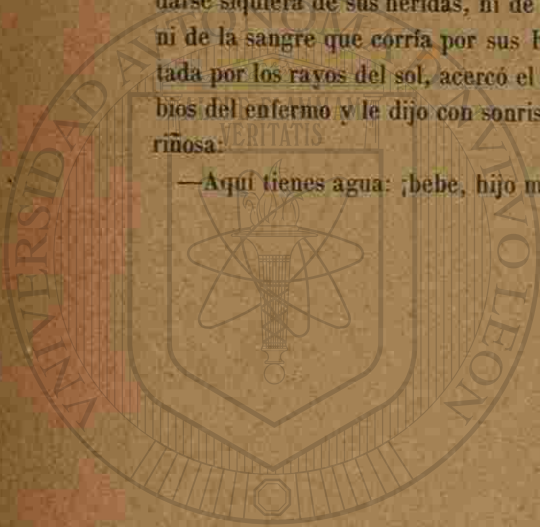
De pronto, el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca y cayó de espaldas. Los dedos de la zingara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la zingara no hizo caso; dió con el pie al cadá-

ver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abriantada por los rayos del sol, acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua: ¡bebe, hijo mío!



LOS VALIENTES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
• 1525 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los valientes.

Hace mucho tiempo, cuando yo era muchacho, andaba por Madrid un caballero de treinta años, vestido de negro, con levita larga y sombrero de copa. Alto, anguloso, de nariz corva, ojos pequeños y bigote áspero y retorcido, recordaba por su talante a D. Quijote, y por lo fúnebre de su indumentaria a un viudo reciente; y viudo era, viudo de felicidad, de amor y de fortuna; desheredado por sí mismo de un caudal cuantioso que sus padres le regalaron al morir; víctima de los desdenes de una mujer, y capaz por la desesperación de su alma, por el aislamiento de su existencia y por las angustias de su peculio, de todo linaje de locuras y de arrebatos.

Había nacido en Aragón, en la capital de los amantes, y en la época a que mi relato se refiere, vivía en Madrid, peleando cuerpo á cuerpo con la miseria; vivía al final de la calle de Embajadores con una mujer de vida alegre, que estaba completamente enamorada de aquel excéptico trajeado de luto.

Con aquella mujer modesta, pero señorialmente ves-

tida, había salido cierta noche del teatro el héroe de estos apuntes, á quien, por darle un nombre, llamaré Diego, y ya llegaban á la puerta de su domicilio, cuando la moza dijo á su acompañante:

— ¡Demonio de olvido!... No me he acordado de decirte que tenía ganas de tomar cualquier cosa; y el caso es que arriba no hay nada dispuesto.

— ¿Y eso qué? — le contestó Diego. — No te quedarás sin cenar si tal es tu gusto. Aún tengo siete ú ocho pesetas en el bolsillo; la taberna del Barranco está abierta y un par de huevos los frien en todas partes. Conque vamos allí.

— ¡Allí! — dijo la muchacha. — ¡Yo con este sombrero y tú de *chistera* y levita!... ¡Cualquiera va á ese sitio!

— ¿Por qué?

— Por la gente que se reúne en él.

— ¿Y qué gente es esa?

— Chulos, matones de oficio; lo peor del barrio.

— ¿Qué importa? No ocurrirá nada; á quien no se mete con nadie, nadie le molesta.

— Pero...

— He dicho que vamos. Estate tranquila, no ocurrirá nada.

Sabia ella de sobra que cuando á Diego se le metía una cosa en la cabeza era preciso obedecerle, y echó á andar sin responder palabra.

*
* *

Una habitación oscura, baja de techo, de paredes ahumadas y recinto angosto, con un mostrador enfrente de la puerta, y cuatro ó cinco veladores de pino, con taburetes de la misma madera alrededor de los veladores; tal era la taberna donde entraron Diego y su querida.

Detrás del mostrador encontrábase un tabernero ancho de hombros, fornido, con cara de pocas fiestas, remangado de brazos y con un delantal verde con rayas negras ceñido á la cintura. En torno de uno de los veladores, que ocupaba el centro de la habitación, estaban sentados hasta cinco ó seis hombres, de quienes la cara del mejor encarado era una sentencia de presidio con accesorias y costas.

No hay que decir el gesto de asombro y de burla que pondrían aquellos respetables hampones al ver entrar por la puerta adelante á una señorita con *gorro* y á un señor con *bimba*; el mismo tabernero no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

— Fria usted un par de huevos y un poco de carne, y traiga una botella de vino — dijo Diego al amo de la taberna, mientras tomaba asiento con su querida frente á uno de los veladores.

Metióse el tabernero en la cocina; hubo un rum rum entre los socios del distinguido establecimiento, y en cuanto el dueño de la casa sirvió la cena, diéronse los parroquianos á mofarse en voz alta de los recién venidos.

—Oye—decía uno de ellos encarándose con el más próximo.—¿por qué no le compras á la Isidra un gorro como ese?

—Porque tendria que comprarme una chimenea como la que se ha encasquetado aquel señor—respondía el otro.

La querida de Diego estaba en ascuas.

—Vámonos, Diego—murmuró por lo bajo.

—Calla y come—le respondió este.

Viendo los guapos que las cuchufletas no surtían efecto, determinaron pasar á las obras, y comenzaron la faena tirando migajas de pan á la mesa donde cenaban los señoritos.

—Tenias razón—exclamó Diego hablando en voz baja á la mujer. Esta gente quiere provocar un disgusto. Voy á pagar y nos iremos. ¡Qué necesidad tengo yo de cuestiones!

Y cuando se disponia á echar mano al bolsillo de su chaleco, un pedazo de pan, medio panecillo, dió de golpe en el sombrero de la mujer.

Diego se puso más blanco que la cera, hizo un ademán de silencio á la muchacha, apartó la mesa y se dirigió á la que ocupaban los desatentos provocadores.

—¿Quién es el más valiente de ustedes?—preguntó Diego, encarándose con la selecta reunión.

—¡Bah! para usted, cualquiera—respondió uno de ellos.

—Se equivoca usted—repuso Diego;—yo necesito al más valiente.

—Pues para usted, cualquiera—contestó el otro.—Pero, en fin, puesto que yo he tirado el panecillo, yo—

—¿Usted?

—Yo.

Diego extendió la mano izquierda, la puso encima de la mesa de madera, sacó con la derecha un puñal de Albacete, clavó con él su mano izquierda sobre el velador, y empuñando luego una navaja de cortas dimensiones, que abrió con los dientes, gritó en la cara de su contrincante:

—Los valientes pelean así. Ande usted.

Y mientras los valientes salían de la taberna como lobos que huyen al oír el ahullido ronco del mastín, Diego, arrancándose el puñal de la herida, exclamó con acento sereno y dirigiéndose á la mujer, que le miraba con espanto:

—Ya te había dicho que no iba á ocurrir nada.



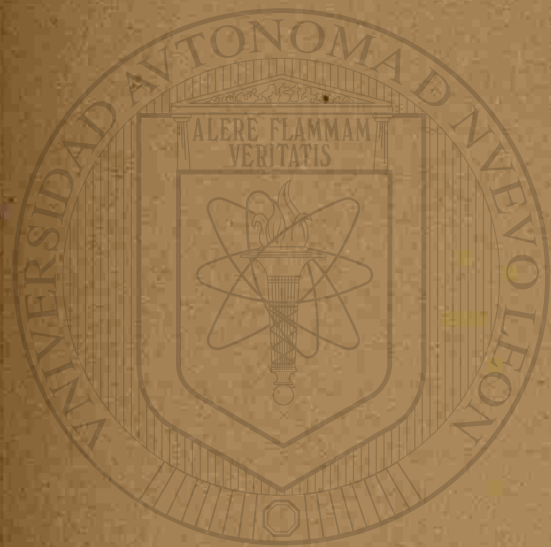
UANL

CARNE DE JUERGA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Carne de juega.

1 de Noviembre de 1895.

Enriqueta... ¿Quién se acuerda ya de Enriqueta? Y, sin embargo, en estos primeros días de Noviembre, destinados por el mundo á rendir culto á la materia en descomposición, nadie con más derecho, ninguno más á propósito para recibir ese culto que aquella mujer, aquella hermosa estatua de carne blanca y dura que encerraba dentro de su cuerpo—si encerraba algo—la menor cantidad de alma posible, la suficiente para animarla, para despertar en su cerebro vibraciones que parecían ideas y en su corazón latidos que se disfrazaban de sentimientos; un organismo espiritual, rudimentario; nada, ó tan poco que ni aún vale la pena de ocuparse en ello. Enriqueta no fué buena ni mala, inocente ni culpable, sensible ni insensible, fué hermosa; he aquí su única y exclusiva condición.

Verdad que tampoco necesitaba de otra. Nadie se ocupó de pedirle sentimientos; todos se consideraban

bien pagados conque les ofeciera sensaciones; sensaciones rápidas, alegres, fugitivas, momentaneas, algo así como el efecto producido por la música francesa, por esa música chispeante y sensual, cuyas notas deleitan el oído con voluptuoso cosquilleo y se alejan después sin que el alma se de por advertida de su presencia.

Enriqueta se hallaba maravillosamente organizada para responder á todas las sollicitaciones del deseo. De músculos potentes, de piel fina, exuberante de vida, espléndida de formas; ansiosa de goces, pródiga para darlos, insaciable para recibirlos, ajena al cansancio, habituada á la orgia, saliendo de ella como de un baño de juventud, sin quebrantos por lo que fué, dispuesta á comenzar de nuevo, sin amar á nadie, sin odiar á nadie tampoco, podía encontrársela siempre con la cara fresca, los ojos secos y los labios húmedos, procediendo, por manera inconsciente y fatal, con la regularidad uniforme de una máquina.

Y eso era, después de todo; una máquina de placer.

No una mujer, un sexo.

A mí hubo de parecerme, cuantas veces tuve ocasión de verla, un objeto curioso, un ejemplar digno de estudio; y ayer, contemplando la fosa común de uno de los cementerios de esta corte, campo neutral, montón de tierra movedizo y oscuro, catálogo anónimo de muchas miserias y de muchos infortunios, anónimos también, di en la cuenta de que en aquella fosa, olvi-

dada de todos, recogida por el amor disolvente de la tierra, disfrutando seguro y cómodo hospedaje, reposaba Enriqueta, la que no tuvo en vida ni hogar propio ni amante fijo. Y al pensar en ella, hubo de ocurrirme este artículo, que no es la historia de un ser sino la necrología de un estimulante.

Estimulante poderoso, energético, nacido allá en las últimas capas humanas, desde las cuales había subido á las primeras, bien así como por el tronco torcido y grosero de algunos árboles sube el germen envuelto con la savia para encaramarse á la punta de la rama más alta y brotar por ella en forma de botón sonrosado al principio, en la de fruto espléndido luego. Fruto que, apenas visto por el enjambre de pájaros que anidan en las ramas del árbol, despierta sus codicias y agita sus alas con estremecimiento voraz, hasta que todos juntos se lanzan sobre él, con el pico entreabierto y los ojos brillantes, esforzándose cada uno de por sí en llegar el primero, riñendo con furia, estorbándose el paso, avaros de la presa, que es mordida por uno y después por otro, y al fin por todos, que la embisten en tropel desordenado y confuso.

A cada picotazo se abre una herida sobre la corteza del fruto, que brinda su jugo á los hambrientos sollicitadores con igual y pasiva indiferencia, hasta que, seco, rugoso, marchito, destrozado por fuera, roído por dentro, impotente para atraer ninguna mirada, inútil para

satisfacer ningún apetito, cae al suelo, se hunde con golpe sordo en el primer surco que la tierra le ofrece, y allí se descompone, prestando, con las últimas partículas de su sustancia, elementos de vida á otros gérmenes, manjares nuevos que condimenta para sus festines la naturaleza glotona.

Esa historia es, en síntesis, la historia de Enriqueta. Yo la he visto ostentando descaradamente su juventud en presencia de una turba impaciente y nerviosa, que se arremolinaba en torno de su cuerpo con ansia febril, ofreciéndola, á cambio de él, la fortuna, la sangre, el honor á veces; seres decrepitos, no por la edad, por el vicio; muchedumbre de gusanos hambrientos agrupándose sobre aquella flor, pidiéndole, no su perfume, porque no lo tenía, sino algo de su vida exuberante y de su sangre fresca, como si en ella pudiesen encontrar la fuerza y la robustez que les faltaba. He visto eso, y he visto al propio tiempo cómo rodaba aquella mujer de orgía en orgía, de placer en placer, de capricho en capricho, pasiva en medio de su actividad, indiferente en medio de sus goces, pasando de amante en amante, no por voluntad, por destino, mostrándose orgullosa de algunos, más que por determinaciones de la inclinación, por el influjo que ejerce sobre todo animal lo que es extraordinario y hermoso; orgullo semejante al que experimenta un caballo de pura raza cuando oprime sus lomos un buen jinete.

Así, desgastada por aquel esfuerzo continuo, por aquel vértigo incesante, fué marchitándose poco á poco, á pesar de su consistencia y de su poder, Enriqueta, la carne de juerga, de la que cada transeunte se había llevado una fibra; y estrujada, inservible, vaciló algunos meses entre las angustias de la miseria y cayó más tarde en el lecho de un hospital para morir sola, sin dejar un recuerdo, sin despertar una pena, arrojada en el olvido, como lo que era, como un sobrante de la orgía humana.

Aún recuerdo el aspecto que ofrecía su cuerpo acostado sobre una losa del depósito de cadáveres. Allí estaba Enriqueta lívida, descarnada, horrible. Había desaparecido la última sombra de su belleza; la dió íntegra para satisfacer las codicias del mundo; hasta sus cabellos, su último encanto, el único que no pudieron arrebatarse en vida, se le arrebataron después de muerta, trasquilándola brutalmente. Todo lo aprovechable se había aprovechado; ya podía caer en la fosa como el fruto podrido cae entre los surcos del terreno.

Y cayó, y en la fosa se disuelve y se transforma, prestando, con sus restos en descomposición, elementos de vida á la vida de otras sustancias y de otros seres.

No creáis que voy á pedirlos para ella una lamentación ni una lágrima; no las merece; tal era su destino;

si vosotros tuvisteis alguna parte en él, yo no he de recordarlo, tampoco ella ha de protestar.

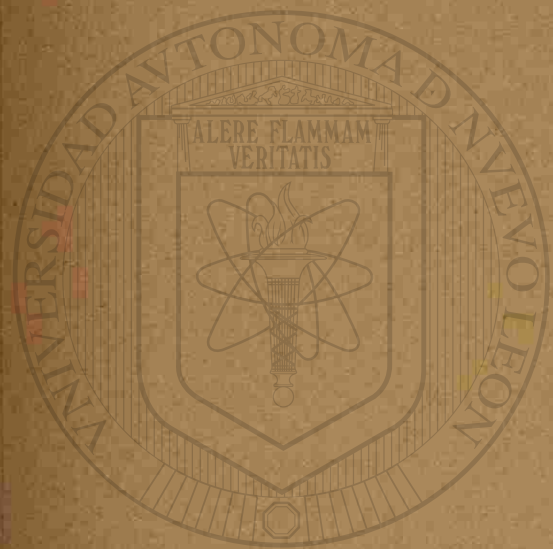
Pero ya que no os ocupéis de su memoria, ni para sentirla ni para despreciarla, no la olvidéis por completo; sed consecuentes; y cuando os encontréis al lado de mujeres que son hermanas de Enriqueta por organización y por hábitos, acordáos de ella como os acordáis en un banquete de otro banquete que satisfizo y deleitó vuestro paladar y vuestro estómago.

No le deis el agradecimiento del alma, pero dadle el agradecimiento de los sentidos.

UNA MUJER DE MUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Una mujer de mundo.

En pie sobre el asiento del *landeau*, hallábase el conde, siguiendo, antejo en mano, las peripecias de la carrera, el galope vertiginoso de los caballos y los movimientos de los *jockeys*, que, describiendo en el aire curvas rápidas con el extremo de sus látigos, recogido el cuerpo, calada la gorra y hundidas las espuelas en los ijares de sus cabalgaduras, avanzaban por la pista adelante, persiguiéndose, desafiándose, estimulándose, estorbándose el paso, maniobrando habilidosamente para ganar la cuerda y formando vistoso grupo, en el cual se destacaban sus elegantes blusas de colores, hinchadas por el viento y abrigadas por el sol. Y mientras seguía el combate, y la multitud, escalonada en los desmontes y vericuetos que circuyen el Hipódromo, animaba á los luchadores con gritos roncos y salvajes; mientras en las tribunas se hacían apuestas y en los fondines improvisados sobre la superficie pantanosa del recinto, preparaban los mozos fuentes de emparedados y botellas de manzanilla, y damas y caballeros

lujosamente puestos charlaban en los carruajes y el conde perseguía desde el suyo, con ansias de jugador y de *spormant*, las evoluciones de su caballo favorito, la condesa, dirigiéndose á Enrique, á aquel mozo de diez y ocho años que, parado á muy corta distancia de ella, acababa de pedirla una cita amorosa por medio de una tarjeta arrojada con juvenil descaro encima de la cubierta del *landeau*, le dijo en voz baja, enloqueciéndolo á la vez con su acento y con la mirada de sus ojos grandes y burlones: «Al que algo quiere algo le cuesta.»

Enrique bajó la cabeza en señal de asentimiento; escuchóse el sonido de la campana anunciando el término de la carrera; pasó por delante de las tribunas el vencedor caballo, y comenzó el heterogéneo y bullicioso desfile de *breaks*, de charretes, de faetones, de *landeaux* y victorias á la *Daumont* y á la media *Daumont*, de *mílores*, de carretelas y berlinas, que, ocupados por hombres elegantes, por mujeres hermosas, por lo mejor y más selecto que abarca en sus límites, materiales, pero precisos, la alta sociedad madrileña, se amontonaba sobre las anchas puertas del Hipódromo, extendiéndose luego por el Paseo de la Castellana arriba, entre el crujir de las fustas, el pataleo metálico de los caballos, el suave chirrido de los ejes y el sordo voltear de las ruedas, mientras el popular, como se decía en los tiempos antiguos, la gente de á pie,

como se dice ahora, ganaba los paseos laterales en montón apretado y alegre, empujándose, codeándose, ondulando con desconcertadas ondulaciones y marchando de frente y en tropel, entre un rumor no interrumpido de palabras y risas y una espesa nube de polvo.

Enrique vió desfilar toda aquella turba de seres y cosas sin darse cuenta de ello; no tuvo ojos más que para contemplar el *landeau* de la condesa, que partió con los otros carruajes, no sin que su dueña, volviendo el rostro hacia su desconocido adorador, le dirigiera una sonrisa, despedida silenciosa, muda promesa que contrajo los nervios del joven y le hizo permanecer quieto, inmóvil; con las pupilas puestas en la encantadora mujer que se alejaba, y el cuerpo iluminado por los últimos rayos del sol, próximo á ocultarse tras los áridos desmontes del Hipódromo.

**

Cómo se entendieron Enrique y la condesa, no es hecho digno de mención; baste decir que una noche recibió el joven la siguiente epístola:

«Dentro de cuatro días saldré sola para el Escorial; vaya usted allí y hablaremos.

»Será conveniente que abandone usted la corte antes que yo.

»Rompa usted estas líneas después de leerlas.»

Enrique hizo pedazos la carta, no sin besarla antes repetidas veces; buscó dinero, cosa muy difícil de obtener por un joven que no tiene otro caudal que sus ilusiones y sus esperanzas, y dejó Madrid para comenzar la historia de sus primeros amores con una señora del gran mundo.

* * *

En las estribaciones del monasterio del Escorial (digo estribaciones porque, más que de monasterio, tiene trazas de cordillera aquella mole inmensa y maciza) álzase una casa, edificada en forma de hotel, lo bastante lejos del pueblo para no confundirse con este, y lo bastante cerca para hallarse comprendida en su límite municipal. En la tal vivienda, rodeada por un jardín y defendida por una reja de artístico remate, vivía la condesa, sin más compañeros de habitación que dos ó tres criados.

A esta casa iba Enrique todas las noches después de las once sin ser visto de nadie, ni de la servidumbre siquiera, y allí permanecía hasta el clarear de la aurora, gozando las múltiples delicias á él ofrecidas en frenéticos y delirantes espasmos de pasión por aquella mujer hermosa como ella misma, carnal como un desnudo del Ticiano, majestuosa como una reina y ardiente como una cortesana.

Enrique adoraba los encantos de la condesa, como

adora el neófito, á medida que los descubre, los misterios de su religión. Para él, joven, ardiente, con el cerebro repleto de ilusiones, las venas de sangre y los nervios de electricidad, era la condesa el resumen de todas las dichas y la síntesis de todos los placeres. ¿Qué valían junto á ella, inteligente, graciosa, espiritual, pronta á seguir á Enrique, y seguirle sin desventaja en sus quimeras de poeta, en sus avances de pensador, en sus locuras de hombre mozo y sediento del porvenir, las otras mujeres ineducadas, humildes, torpes, que había tenido ocasión de tratar hasta entonces? Y si del ingenio, de la gracia, del entendimiento de Luisa (éste era el nombre de la condesa), de los goces intelectuales pasaba á los goces materiales, ¿dónde, ni cuándo pudo él, no ya disfrutarlos, ni siquiera soñarlos, semejantes á los imaginados por ella en sus horas de exaltación y de fiebre?

Las mozas de cántaro, perseguidas por Enrique en los estrechos corredores de su casa; las alegres modistillas, que se dejaban galantear en medio de la calle para entregarse luego en el gabinete reservado de una fonda cualquiera, las mismas cortesanas que el mozo tuvo ocasión de conocer, valían muy poco, en punto á placeres, comparadas con la ilustre señora; porque la condesa era maestra en deleites. Aquella mujer que en público parecía la virtud misma por la serenidad de su aspecto, por la parsimonia de sus modales, por la ri-

gidez de su trato, se metamorfoseaba en el silencio de su gabinete, ante las pupilas absortas de su amante, como se había metamorfoseado ante sus otros galanteadores; los cuales, dominados por ella aun después de la ruptura, guardaban á la condesa el secreto de sus culpas y de sus deslices, y ésta seguía siendo á los ojos del mundo, y á los ojos de su marido también, una dama modelo de virtudes, de costumbres honestas y de fidelidad inalterable.

Y no se crea que el tipo descrito es inverosímil: existe. Luisa, en lo que toca á hipocresía y á conocimiento de los hombres, podía dar quince y raya á Mad. de Marnaffe, á la cortesana imaginada por el talento incomparable de Balzac, á la que sabía entretejer á un tiempo, obligándoles á arrastrarse á sus plantas como miserables esclavos, al degenerado Hulot, al egoísta y panzudo Crevel, al muelle y lascivo Staimbock, y al romántico y salvaje Montes de Montéjanos; y podía darle quince y raya, porque Valeria explotaba á sus adoradores, y Luisa no; Luisa veía en los hombres instrumentos de sus liviandades, Valeria medios de hacer fortuna; y la condesa era, si no más querida, más respetada por sus adoradores, que la bastarda del ilustre general del Imperio.

Imagínese á qué extremo llegaría la pasión de Enrique, mozalbete inexperto y cándido, en presencia de aquella mujer de treinta y cinco años, que supo tener

le junto á ella un mes sin concederle otros favores que los estrictamente necesarios para enardecerle y subyugarle. Besar sus cabellos, acariciar sus manos, extasiarse en la contemplación de su pie calzado primorosamente, rodear con su brazo aquella cintura robusta y flexible al mismo tiempo, eran para el joven delicias inagotables y sublimes; y cuando la condesa fué suya, cuando suponía haber llegado al término de la posesión, hubo de comprender que nunca la poseería lo bastante para poseerla por completo; siempre encontraba en ella algo nuevo, enloquecedor y codiciable, no porque Luisa hubiera inventado placeres hasta entonces desconocidos en la tierra, sino porque hacía con los usuales lo que hacen las mujeres que tienen pocos vestidos con los suyos: combinarlos artísticamente, de tal modo, que, siendo dos ó tres, parezcan infinitos. Luisa procedía en idéntica forma, y Enrique, excitado, seducido por y ante los encantos de su querida, había traspasado los límites de la pasión para perderse en los abismos de la locura.

Y Luisa, ¿amaba á Enrique? No; los organismos así constituidos no aman nunca. Aquel mozo de dieciocho años era para ella, mujer de treinta y cinco, un manjar apetitoso; estas uniones de la juventud que empieza y de la juventud que acaba, se realizan siempre obedeciendo á una ley fatal. Las mujeres maduras apetecen á los mozalbetes inexpertos. No parece sino

que en ellos van á encontrar el elixir de la vida, ese elixir formado, según la opinión de los antiguos, con gotas de sangre arrancadas á la juventud.

Tienen estas mujeres una condición semejante á la de esos grandes vampiros americanos, que, manteniendo con el abaniqueo cálido de sus alas el sueño de sus víctimas, absorben su vida y se alejan después que no le han dejado una gota de sangre en el cuerpo. Estas mujeres son peores aún, porque, sobre destruir la materia, matan el espíritu.

Para absorber su juventud queria la condesa á Enrique; pero si pretendía que él se lo sacrificara todo, no queria sacrificar nada por él, y mucho menos los respetos y las consideraciones á que supo hacerse acreedora. Así es, que una tarde, á los tres meses de aquel idilio, dijo á su amante:

—Mañana salgo para Madrid; mi marido me espera.

Y después de una pausa añadió:

—Excuso decirte que nuestras relaciones han terminado.

—¿Como! —exclamó Enrique con acento de sorpresa y de angustia.

—Como lo oyes. Esto ha sido un devaneo que nos ha hecho felices á los dos; conserva mi recuerdo, como yo conservaré el tuyo, y despedámonos. Tú eres joven, apasionado, vehemente, y en Madrid cometerías algún disparate. Yo me debo al mundo, á los res-

petos sociales, á la consideración ajena, y tengo que cumplir mis deberes. Nuestro amor ha sido un paréntesis delicioso, pero nada más que un paréntesis, y hay que cerrarlo.

—No—repuso Enrique; —yo seguiré amándote, seré tu esclavo, lo que quieras; pero no me abandones, no me olvides. Amame siempre.

—¡Imposible!—respondió Luisa.

—¿Por qué?

La condesa miró á Enrique con una mirada donde se confundían la lástima y la burla, y le dijo:

—Porque eres joven, porque eres inexperto, porque cometerías muchas locuras.

—¡Yo!

—Si; ¿qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Pues sábelo, Enrique; á los dieciocho años, los hombres como tú sólo pueden tener queridas como yo en El Escorial.



LA PRIMERA LECCIÓN

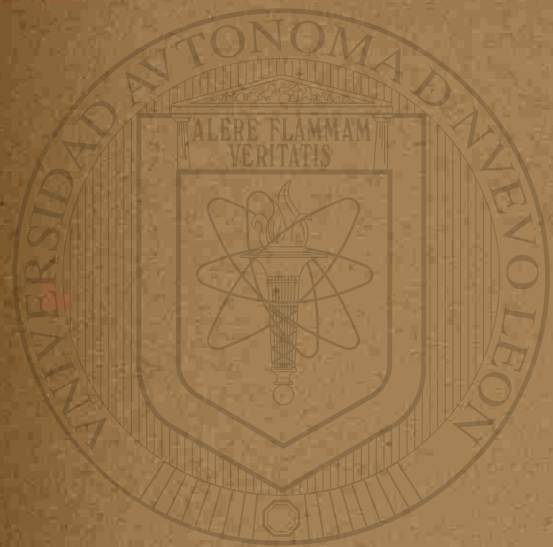
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

La primera lección.

Estábamos sentados sobre la hierba, recostados en la tapia del jardín, bajo la ancha sombra de una higuera, entre cuyas hojas danzaba un enjambre bullicioso de pájaros hambrientos, que á la higuera acudían avaros de nutrirse con su prodigo y sazonado fruto; cruzaban por delante de nosotros zumbadores insectos; mezclábase en el aire al monótono é insoponible canto de las chicharras y de los grillos, el alegre cantar de una mozuela que, mal encubierto el pecho por vistoso pañuelo de percal, remangada la chaqueta, descalza de pie y pierna, é inclinado el cuerpo sobre una artesa, enjabonaba enaguas y camisas, golpeando las nerviosamente, y mostrando al golpearlas la espléndida curva de sus caderas, movidas á compás, durante las fatigas de su trabajo, con suave y lasciva ondulación; un lagarto, asomando curioso por entre dos piedras mal unidas, nos miraba con ojuelos retozones y brillantes; dos chiquillos desarrapados y sucios trababan furioso combate, uñas en ristre,

sus derechos á una granada caída del árbol, y arriba, encima de nuestras cabezas, el sol, alegrando con sus rayos los tonos limpios de un cielo sin nubes, inundaba los campos de trigo, dorando á fuego las repletas espigas, mientras un viento caliente llegaba hasta nosotros, trayéndonos con él todos los rumores de aquella siesta calurosa y tranquila.

Yo era entonces muy joven, lo cual no indica, como supondrán algunos, que haga mucho tiempo del suceso que voy á referir; sólo han transeurrido diez años. Sin embargo, lo repito. Yo era entonces muy joven. Dichoso del que no me entienda.

Aun no se había grabado en mi frente el surco de una idea triste; aún no bordeaban mis ojos esas ojeras violáceas, marca imborrable de cruces é intensos dolores; mis ambiciones eran francas, mis deseos puros, mis proyectos nobles, mi fe ciega; por mi cerebro no había cruzado la sombra de un mal pensamiento; el desengaño tenía abiertas de par en par las puertas de mi alma, y yo era bueno, porque era feliz. Mi compañero, más viejo, más experimentado que yo, escuchaba con burlona sonrisa mis confidencias, mis sueños, mis afanes de gloria y de renombre; yo no podía comprender en la época á que hago referencia, todas las enajenaciones ofrecidas por aquel perfil escéptico y mordaz; todos los argumentos traídos en contra de mis ilusiones por aquella frente sombría, por aquellos cabellos esca-

sos y blanqueados prematuramente, por aquellos ojos tenaces y por aquellos labios que se plegaban hacia los extremos de la boca con desdeñosa y violenta contracción.

Gozaba mi compañero fama de sabio; su nombre, repetido sin cesar en periódicos y academias, se pronunciaba con admiración y respeto. Combatiente, nacido como yo en el humilde radio de una aldea, había triunfado, y no obstante, ni un solo rasgo de su fisonomía daba indicios de su victoria; más que vencedor parecía ser vencido. Y es que hay victorias tristes, muy tristes. Cuando el vencedor consigue el triunfo á costa de mucha sangre derramada, de terribles angustias, de amigos fieles que desaparecieron para siempre, de entusiasmos que se aniquilan y sucumben, el triunfo se convierte en derrota y la corona de laurel en corona de espinas, que desgarran la frente de quien la ciñe.

Algo muy semejante le había ocurrido al hombre que fué depositario de mis quimeras en aquella tarde calurosa del mes de Agosto; en cada lucha, en cada victoria parcial vió desaparecer un pedazo de su alma, una esperanza ó una ilusión; y al tocar la cima de sus aspiraciones, al volver los ojos atrás, al sentir en sus oídos la adulación rencorosa del éxito, se encontró sólo y gozó con amargura de un triunfo que le costaba tanto, y maldijo su gloria, que brillaba como INBI sangriento sobre un montón de cadáveres.

Por alimentar una sola de mis quimeras, hubiera él dado cuantas alabanzas le prodigaba el mundo; y al oírme, comprendiendo que pronto, muy pronto, desaparecerían mis sueños á los continuos y brutales golpes de la realidad, me escuchaba silencioso é inmóvil, mostrando en su gesto incrédulo, algo amargo y dulce á la vez, mezcla extraña de lástima burlona y de crueldad compasiva.

Yo, sin reparar en su actitud, animado por el entusiasmo de la inexperiencia, atravesaba ufano el ancho campo de mis futuros proyectos, y no eran suficientes á detenerme en mi entusiasta peregrinación, ni las escasas advertencias recibidas en el limitado círculo de mi trato social, ni las experiencias que en mis varias lecturas pude recoger.

Para mí todo mal tenía remedio, toda servidumbre redención, toda miseria amparo, todo error disculpa y todo crimen castigo. Mi esfuerzo, juntándose al esfuerzo de otros que como yo pensarán, sería bastante á dispensar las imperfecciones sociales, y santas ideas de bien, de virtud, de amor, de justicia, surgirían de aquella lucha para iluminar el mundo.

Este porvenir risueño veíalo yo próximo y seguro. La juventud es como el sol: dora los abismos sin pararse á contemplar las monstruosidades que su luz descubre.

De pronto, en lo más animado de mi peroración,

sentí que me agarraban por un brazo, y vi á mi compañero señalar friamente hacia un ángulo de la tapia, mientras murmuraba con sarcástica voz: «Mira.»

Encaminé los ojos al punto señalado y allí, adherido á la tapia, vi un girón gris, polvoriento, flotante... Era una red de araña que, apoyando sus costados en la pared, se destacaba de ella en forma poligonal para morir luego en el fondo oscuro de un agujero informe. De aquel agujero salía la muerte. En la parte libre de la red, sujetos al extremo de hilos finísimos, como suelen estarlo al cáñamo de la horca las víctimas de la justicia humana, pendían cuatro ó cinco cadáveres de insectos, y en el punto medio del polígono una mosca, víctima de su imprevisión ó de su ignorancia, se esforzaba inútilmente para librarse de las mallas que la oprimían. Aquella sujeción era horrible para la infeliz prisionera; así debía comprenderlo ella, cuando, agitando sus alas con zumbido angustioso y sacudiendo sus temblorosas patas con trémulo compás, procuraba huir, volver al espacio, á la luz, á su antigua existencia, truncada por un golpe brutal de la suerte.

¡Inútil deseo! La red defendía su presa con implacable testarudez, y la mosca luchaba en vano, retorciendo angustiosamente su débil y amenazado cuerpecillo.

De pronto, á la entrada del agujero, apareció la araña. Sus patas vellosas, terribles en aquel instante,

avanzaron sobre la red; su cuerpo, destacándose entre las sombras de su guarida como otra sombra más, oscilaba pausadamente. La víctima, en presencia de su enemigo, cesó de moverse, agarrotada por el espanto.

—¡Desdichada!—grité yo á mi amigo.—¡Salvémosla!

Y con brusco movimiento extendí la mano para romper la tela; la araña, al verme, retrocedió furiosa; el insecto cautivo abrió las alas y quiso huir; yo, decidiendo á protegerle, avanzaba un paso, cuando mi compañero me detuvo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo.

—Salvarla—repuse yo.

—¡Salvarla! ¿Para qué?...

—Para que viva, para que goce de su libertad, para que sea feliz, como lo soy yo, como lo eres tú, para evitar un mal, para hacer un bien, para ser justo... para eso. Mira—añadí,—nada tan hermoso como una buena acción, siquiera recaiga en el más ínfimo de los seres. Sí; salvémosla; seamos justos.

—¿Y tú crees que salvándola seremos justos?—replicó mi compañero.—No—siguió diciendo con su voz cortante como el filo de un hacha;—no, y cien veces no. Salva á esa mosca si así lo quieres; pero medita bien en lo que haces. La araña, por ley de naturaleza, vive sujeta á las mallas de esa red, que son su elemento de vida; cuanto cae dentro de su radio le pertenece, es suyo; ella no tiene culpa de la crueldad que infor-

ma sus acciones; no la tiene ni de su voracidad, ni de su furia. Su instinto la obligó á refugiarse en ese agujero lóbrego; su instinto la obligó también á tejer esa tela destructora. Así fué hecha, así existe. El acto de nacer implica el derecho de vivir, lo mismo en la araña que en el hombre. Si esa mosca que tiembla con espanto fué lo bastante irreflexiva para dejarse aprisionar, la araña, devorándola, no se venga; obedece simplemente á necesidades de su organismo. La mosca volaba hace un instante libre, feliz... tropezó en esa red y cayó en ella, porque debía tropezar y caer. Ese era su destino, caer. La araña estaba en acecho de una presa; la presa llega á su alcance y se dispone á devorarla. Ese es su destino, devorar... ¿Tú quieres oponerte? ¡Locura!... No lo hagas. Deja que se cumpla el destino.

—No—repuse yo sin apartar la mano de sobre la cenicenta red,—no; te engañas. Mi deber consiste en salvar ese insecto; él representa la debilidad, la desgracia, la impotencia, el ruego; su enemigo, el poder, la fuerza, la crueldad, el triunfo: son el verdugo y la víctima, horrible el uno, suplicante la otra; librar á éste de las garras de aquél, es hacer un bien; el bien no razona, no quiere razonar... No te opongas á mi decisión, porque sería inútil.

Y dispuesto á cumplir mi promesa, procuré desasirme de mi compañero; pero éste, sin soltar mi brazo, exclamó con acento convencido y despótico:

—¡Déjala, insensato, déjala! ¿Quién eres tú para oponerte a leyes inmutables? ¿En qué razón te fundas para obrar así? ¿En la razón del bien? Te engañas. El acto que pretendes realizar no es justo, pero tampoco es bueno. ¿Es tu ánimo salvar á ese insecto, sólo á ese? Pues tu obra resultará estéril, completamente estéril; no impedirás con ello que otros insectos se enreden en las mallas de esa tela, ni que la araña los devore. Salvar uno entre mil, es injusta y ridícula pretensión que nada resuelve. ¿Tratas, por ventura, de pasar la vida en este sitio librando á todas las víctimas que se aproximen á él? ¿Sí? Pues entonces cometerás un crimen tan horrible como el que pretendes evitar. Esa araña negra, vellosa, deforme, tiene derecho á la vida. ¿Vas tú á privarla de su alimento? Sea en buen hora; salvarás á las moscas y matarás de hambre á la araña. Este es el dilema. Además, matando á esa araña ¿consigues algo? ¿Es la única? Y si no es la única ¿qué pretendes? Loco, y más que loco, necio, deja que el destino se cumpla en esto como en todo. La mosca es el derecho de la araña. Respétalo.

Yo, herido por aquella lógica brutal y convincente, retrocedí un paso, dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y permaneci inmóvil. La araña, aprovechando mi descuido, dió un salto formidable, salto de tigre, y cayó de golpe sobre la mosca, que aleteaba angustiosamente. De un zarpazo la partió en dos, y rápida, sa-

tisfecha, orgullosa de su triunfo penetró en su caverna, arrastrando el ensangrentado cuerpo de la víctima.

Cuando alcé los ojos, un cadáver más oscilaba en los bordes de la red; lo miré tristemente, y mi compañero, señalándome con imperioso gesto los pájaros que picoteaban el sazonado fruto de la higuera, los insectos que robaban su jugo á las flores, el sol agostando la miés, los chiquillos golpeándose furiosos por la granada caída del árbol, el lagarto en acecho de una presa y la muchacha restregando sobre enaguas y camisas un trozo de jabón que se deshacía como el placer, en burbujas irisadas y pasajeras, me dijo con voz grave, no exenta de amargura:

—Esa es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiste salvar, y caerás como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino.



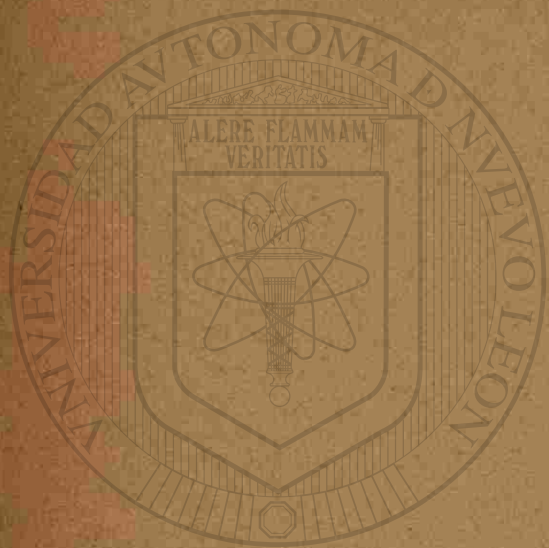
RAFAEL DELORME

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

Rafael Delorme.

(RETRATO A PLUMA)

Alto de estatura, delgado de cuerpo, rubia y como erizándose contra los peines y el cepillo la barba, emborrascado el pelo, soñadores los ojos, malo el color y peores las trazas de su indumentaria habitual, veía yo hace algunos años por calles, cafés y redacciones de periódicos, a un joven de quien primero supe que se llamaba Rafael Delorme, y luego de estrechar su mano y oírle hablar y discutir, averigüé que era un pensador notable, un propagandista tenaz, un revolucionario vehemente y un hombre honrado.

Honrado, sí; no con esa honradez que consiste en alistarse resignadamente a la recua humana, y hacerse expedir un certificado de buena conducta por los vecinos del barrio, con el visto bueno de la portera de la casa; no con esa honradez apaisada que estriba en levantarse temprano, desayunarse con chocolate, ser novio para casa de los padres, y ayuntarse a una hem-

bra con su mijita de bendición sacerdotal, y su poco de idilio *à posteriori* traqueteado en los almohadones de un wagón de primera, y de rato en rato interrumpido por el entrar y salir de viajeros, conductores y mozos de tren; en buscar unos *garbancitos* seguros, cuesten las humillaciones que cuesten, para sostener las *sagradas* necesidades de la familia, y en faltar á la señora de cinco á siete de la tarde con todo linaje de reservas y preservativos higiénicos, para no adquirir fama de trasnochador y de adultero, ó echarse encima algún compromiso de esos en que la ley anda á puñetazo limpio con la naturaleza.

Declaro que si esta es la honradez, Delorme no puede formar en sus filas.

Pero si la honradez se cifra en no prostituir el alma, en no vender la inteligencia, en consagrarse á aquellas ideas y fines, que sean cuales sean se reputan justos, verdaderos y santos; en sacrificarse por ellos, en no transigir aunque para obligarnos á transigir nos empujen y soliciten la miseria, el desamparo, el olvido, el odio ajeno y el sufrimiento propio; si ser honrado es luchar y luchar sin tregua contra tales poderosos adversarios, y no rendirse y seguir adelante; en no ser prostituta del oro y mercancía del mejor postor, hay que convenir en que Rafael Delorme es uno de los hombres más honrados que hay en esta España de las abdicaciones y de los destinos de seis mil reales.

Prueba de ello es que Delorme podía estar al frente de una fábrica que le garantizase un porvenir *práctico* y no lo está; ni es fácil que esté ya en ninguna, cuando todos los fabricantes saben que tuvo que abandonar su puesto porque defendió los intereses de sus obreros contra las exigencias codiciosas del patrono; tiene valor, energía, talento, don de gentes, y ni comercia con su valor, ni trafica con su energía, ni hace feria de su talento, ni utiliza su don de gentes en captarse simpatías y protecciones; podía ser rico y es pobre; conocido y apenas si le conoce nadie en España, donde pocos saben que es padre de un libro notabilísimo, *Los aborígenes de América*, del que con grandes elogios se ha ocupado toda la prensa americana; podía vender su pluma, su fe, sus ideales y defiende con pudores de virgen la primera, con abnegaciones de mártir la segunda, con bravura de héroe los últimos; podía conquistar una subsecretaría haciéndose conservador, y sólo quiere conquistar el porvenir siendo socialista.

Raro fenómeno, caso de excepción el que con otros pocos representa Delorme en esta juventud que sólo sabe luchar por el panecillo; que en arte se dedica á lisonjear las groseras exigencias del público; en política las vanidades del personaje ó los caprichos de la *personaja*, y en usos y costumbres sociales *las venerandas tradiciones*; juventud enteca, enfermiza de

alma y cuerpo, con inteligencia de usurero, corazón de sapo y estómago de dromedario; que no mira al cielo porque el sol ofende los ojos, ni al abismo social, porque el abismo es negro y respira alientos de podredumbre y de miseria; juventud que aprieta la mano de los ladrones enriquecidos y vuelve la espalda á los hombres de bien mal trajeados; juventud de mendigos que se visten de caballeros mientras los caballeros como no se dedican á mendigar tienen que vestir de mendigos; juventud que no tiene grandeza en sus vicios porque no tiene grandeza en sus virtudes; juventud por la que pasará la historia, como pasan los hombres por un charco fangoso: dando un salto para no mancharse los pies.

Y si antes de saltar se detiene, será para dirigir una mirada de simpatía y una sonrisa de cariño á los pocos que supieron sustraerse al medio ambiente que les rodeaba y abrir, ya que no un camino, una senda que se encaminase á lo futuro. Si tal ocurre, entre los favorecidos por esa mirada y acariciados por esa sonrisa, figurará Rafael Delorme.

*
*
*

Rafael Delorme ha escrito un libro titulado *Las Escuelas socialistas*, origen de estos párrafos míos. Ha querido Delorme que yo ponga un prólogo á su libro, y como sólo su amistad puede tener el atrevimiento de consi-

derarme útil para prologar obras, yo me he creído en el deber amistoso de agradecerérselo y garrapatear este retrato.

¡Qué menos podía hacer yo!

Que el libro me gusta, es indudable; de no gustarme no hubiesen ido estas cuartillas á la imprenta; que simpatizo con sus ideas, no he menester decirlo. A defender los intereses del pueblo, á luchar por la santa causa de la igualdad humana, á mantener los derechos del débil, del miserable, del oprimido, contra el fuerte, contra el poderoso, contra el opresor, se dirige la obra de Delorme. ¡Cómo no he de simpatizar yo con ella!—Cambiar el actual estado de cosas; destruir los fundamentos de esta sociedad diferenciadora, egoista, mal cimentada y peor construída, es lo que pretende, lo que desea, lo que quiere Delorme; y yo, salvo ligeras diferencias de apreciación, lo quiero como él y con él.

El estado social presente, tiene que arrancar un grito de protesta á todos los hombres honrados; por honrado me tengo. Ibsen ha dicho que la humanidad está hoy dividida en dos grandes porciones, cristianos y bárbaros.

Y diré, repitiendo la hermosa frase del autor no-ruego:

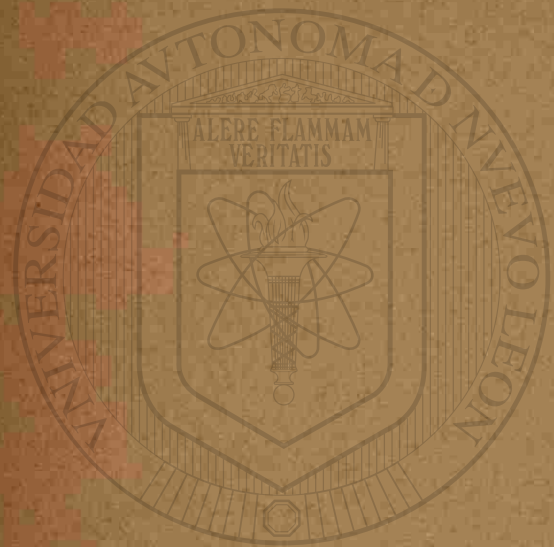
«Yo tengo el honor de ser bárbaro.»



LA DIMISIÓN
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La dimisión.

Con la noticia de su muerte recibí su última carta. Una carta sin lágrimas, sin reconvenciones, algo así como el apretón de manos de un amigo que se despide y nos explica tranquilamente los motivos de su viaje.

Por lo que tiene de original esa carta, voy a copiarla íntegra, sin comentarios ni acotaciones de ninguna especie. Yo era el único lazo que unía a aquel hombre con el resto de la humanidad, y considero deber ineludible trasladar al público el último adiós de un suicida, y hacer vivir la vida del recuerdo al que no pudo soportar la existencia diaria que nosotros vivimos.

La carta dice así:

«Mi querido y único amigo: Ya lo sabes; hace una temporada me ofrecí a mí mismo matarme, y voy a poner por obra el ofrecimiento.

»No creas que mi muerte obedece a una de aquellas exaltaciones del espíritu que perturban y provocan el deseo y la necesidad de morir; no creas tampoco que soy uno de esos románticos cursis que se matan por

contrariedades amorosas; menos, y en mala hora, ó mejor dicho, en buena hora lo digo, me las doy de genio maltratado por las injusticias de su época, y, en clase de tal, abandono el mundo echando pestes de su ignorancia, de su egoísmo, y del odio rencoroso con que trata á las personas de talento. Ni estoy loco, ni enamorado, ni enfermo de sabiduría y de inspiración. Soy sencillamente un hombre que se marcha sin murmurar de nadie y con la mayor cortesía posible.

»Si la sociedad toda pudiera personificarse y hacerse tangible, yo le diría:

«Usted dispense si me alejo de su presencia; pero es preciso. Beso á usted la mano.»

»Afortunadamente, no leerá esta carta ninguno de esos moralistas rutinarios que repiten como axiomas filosóficos, ideas que acaso no tuvieron otro objeto, para su autor, que el de llenar cuartillas y cumplir con sus editores. Si un moralista de este jaez leyera los párrafos anteriormente escritos, hablaría de los derechos sociales conculcados por el hombre que se resta de la agrupación, de la cobardía que entraña el abandonar la lucha, del fraude que se comete suprimiendo una vida que no pertenece al que la lleva; en una palabra, de todas esas cosas que se llaman razones de alta filosofía y yo no juzgo tales, á pesar de todos los sabios y de todos los moralistas del universo.

»Te advierto que tengo también mis razones para

hablar así; razones que, á mi juicio, desvirtúan las otras.

»Voy á explicártelas brevemente, porque estoy de prisa, y porque, después de todo, cuando tú vinieras á refutarlas, si te ocurriese hacerlo, llegarías tarde.

»Viene el hombre al mundo como va un empleado al departamento donde le conduce la credencial: á desempeñar un cargo cuyas obligaciones debe cumplir, so pena de merecer fama de torpe, de inútil, de inserrible y de inutilizable.

»Supongamos que el empleado es un hombre de bien; que llega á la oficina; que le encargan de esto ó de lo otro y que se pone á la faena con verdadero propósito de llenar fiel é inteligentemente su cometido.

»Pero cádate que el tal se convence de que no sirve para el asunto, de que desconoce en absoluto la máquina administrativa que se le ha confiado; y agrega, á mayor abundamiento de seguridades, que toca con la experiencia la certidumbre de que nunca será útil para aquello que se le encomendó.

»¿Qué hace este hombre? Pues si es hombre de bien y tiene conciencia, se dirige al jefe, si es empleado de poca categoría, ó al ministro, si es jefe superior, ó al Presidente del Consejo, si es ministro, ó al jefe del Estado, si es Presidente del Consejo, y exclama:

«Señor: Yo no sirvo para estas cosas; estoy en des-

acuerdo con mi cargo; ni yo le entiendo á él, ni él me entiende á mí. Tenga usted la bondad de aceptarme la dimisión.»

»Y la presenta, y se marcha, y hace perfectamente.

»Yo he considerado siempre la vida como un empleo que Dios concede. Da á un ser animado credencial de hombre, y le dice: «Caballero, vaya usted á la oficina y procure desempeñar fielmente sus obligaciones. A vivir.»

»Conste que he tratado de cumplir la orden hasta lo último. Creí que mi primera obligación era el trabajo y quise trabajar, pero la pereza, que es al individuo lo que las faltas de ortografía al escribiente, se opuso á ello y nunca hice nada de provecho; tenía mis ideas á propósito del amor y de las mujeres, y la primera que las oyó se puso á reír, y la segunda hizo lo mismo, y así sucesivamente; de donde deduje la consecuencia de que, si no servía para trabajador, tampoco servía para enamorado.

»El hombre tiene obligación de divertirse en las diversiones, y yo no me divierto; de sufrir á sus semejantes, y á mí me resultan insoportables; de hacer algo, y yo no hago nada; de servir para alguna cosa, y yo, por mi modo especial de ser, resulto un estorbo donde quiera que me presento.

»Todo eso es verdad. Yo soy honrado; y esto, aun-

que sea una rareza, es verdad también. ¿Qué hace un hombre honrado cuando se convence, como yo me he convencido, de que no es idóneo para el oficio de ente social que le tocó en suerte?

»Pues dirigirse á Dios, y decirle:

«Señor: Yo no sirvo para vivir en sociedad; estoy en desacuerdo con el mundo y el mundo en desacuerdo conmigo. No nos entendemos. Por consiguiente, tendrá la bondad de aceptarme la dimisión.»

»Y eso hago yo; me marchó; presento la dimisión y te mando una copia.

»Tuyo afectísimo,

MANOLO.»

Esta es la carta de mi amigo.

¿Será la obra de un loco? Parece indudable de todo punto.

Aunque, bien mirado, si se puede dimitir una cartera, ¿por qué no se ha de poder dimitir la vida?



LA FINCA DE LOS MUERTOS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

La finca de los muertos.

Bajando por la puerta de Toledo, poco antes de llegar al Puente y a mano izquierda de la carretera, se abre un camino polvoriento, especie de atajo, en cuyas lindes vierte sus aguas una alcantarilla que serpentea con emanaciones de pantano y pujos de arroyo, para lamer cuatro ó cinco casucas de agrietadas paredes y ruinoso aspecto. En sus ventanas colúmpianse con churrigueresco desorden, sujetos á una soga y heridos brutalmente por los rayos del sol, múltiples harapos de infinitos colores, los cuales son prendas de vestir, aunque no lo parecen. Junto á la puerta charlan y gritan, formando grupos heterogéneos, mujeres de todas edades, con las greñas sueltas, los brazos desnudos y las medias (cuando las tienen) caídas por encima del tobillo.

Mientras las mujeres platican, sus criaturas, descalzas, medio en cueros, tiznado el rostro y curtida la piel, chapotean sobre las aguas, revolviendo y respirando la putrudeces que residen en el fondo de la alcantarilla, y se revuelcan por la húmeda arena y escarban el suelo y traban disputas, que terminan casi siempre á puñetazos.

Los padres de estos chicos, ocupados en un trabajo que comienza con el día y acaba con el día también, no poseen tiempo hábil para vigilarles. Las madres, entregadas á sus hablillas, á sus rencores y á sus faenas, no les hacen caso tampoco, y los niños se desarrollan en absoluta libertad con el raquitismo en la sangre y la ignorancia en el cerebro.

Sin embargo, tan horrible y triste conjunto representa en aquel camino la nota alegre, porque representa la vida, mejor que la vida, la última frontera de la vida humana.

Luego, cuando se sigue hacia adelante, se marcha en completa soledad, hasta que, volviendo hacia la derecha, se distingue un grupo de árboles frondosos, que enlazan sus hojas como si tratasen de prestar sombra al viajero y sosiego al espíritu. Por entre aquellas hojas descúbrese una cerca de boj, cuatro ó cinco plantas de flores, un patio anchuroso, los muros de una casa de un piso, decorada con altas y capaces vidrieras, y el desahogado portalón que da acceso al interior del edificio construido en forma de hotel. Los árboles, la cerca, el patio, las plantas de flores, la vivienda, en fin, por frente de la cual pasea un hombre con gorra galoneada como los conserjes de los palacios, constituyen una propiedad siniestra: la finca de los muertos.

Aquello es el depósito judicial de cadáveres, edificado por la ley, donde residen en común como dueños absolutos, con numerosa servidumbre que los atiende, sobre lechos de piedra, útiles para soportar el desplome marmóreo de sus miembros, sin estorbarse los unos á los otros, en paz completa y en muda tertulia, los desheredados de la suerte, las víctimas de la vio-

lencia, que miran sin ver, con ojos desmesuradamente abiertos, la espaciosa estancia, saturada por una atmósfera de plomo, donde se confunden en fétido consorcio los miasmas que brotan de la carne podrida y las enérgicas emanaciones del cloruro de cal y del ácido fénico.

Allí están ellos recibiendo con quietud perezosa de sultanes las visitas de los curiosos, las caricias del bisturi y los nuevos tertulios que les ofrecen á diario la desesperación y el crimen.

Estoy seguro de que si esos muertos tuvieran el don del movimiento y de la palabra, dirían, incorporándose sobre sus lechos, cuando un nuevo cadáver penetra por la puerta de su domicilio:

—«Adelante, amigo; acuéstese usted con toda confianza; está usted en su casa y no nos molesta.»

Reina en ese cuarto de paredes desnudas, la confraternidad del sepulcro, la uniforme y pasiva alineación de la tumba, único monumento donde los partidarios de la igualdad absoluta pueden ver transformadas sus utopías en hechos reales; más alta ó más baja, con adornos ó sin adornos, la muerte representa siempre lo mismo: carne que se pudre y materia que se transforma.

* * *

No hace muchos días tuve ocasión de visitar la finca de los muertos, en cumplimiento de penosos deberes.

Un amigo mío, acaso por aburrimiento, tal vez por impotencia, quizás por las dos cosas, y mejor aun por haber puesto sus ambiciones más allá de donde alcan-

zaban sus medios para cumplirlas, había resuelto quitarse la vida, y realizó su plan una noche cualquiera, llevando el sosiego definitivo á su espíritu, y el luto y la amargura, transitorios, como todas las emociones humanas, al seno de su hogar.

Llegué, pues, al depósito: me detuve en el anchuroso portalón—porque también los muertos se permiten el lujo de hacer guardar antesala á sus visitantes,— examiné con viva curiosidad los doce retratos de homicidas y asesinados que adornan el recinto, como adornan las casas particulares los retratos de los miembros de la familia, y no cesé de mirarlos hasta que un guardián de cadáveres, tan hecho á mover cuerpos inertes como un obispo á echar bendiciones, abriendo de par en par la puerta que al cuarto de autopsias y operaciones conduce, me arrojó de golpe entre sus inquilinos, diciéndome al paso: «Tátese usted las narices, porque con estos calores de Agosto huelen que apistan.»

Eran once, si mal no recuerdo; sus rostros, afeados por la convulsión trágica y suprema de la agonía, lívidos, deformes, inspiraban horror; notábase en el cuarto una repugnante y lógica promiscuidad de sexos; los muertos no aman, no sienten agitadas sus médulas por la sacudida brusca del deseo, no experimentan la atracción del organismo complementario; por tal motivo, sin duda, reposaba tranquila junto á mi amigo, mozo de veintisiete años, que tenía la sien hecha trizas á consecuencia de un pistoletazo, una muchacha de dieciséis abriles, rubia, pálida, con los ojos azules y el cuerpo admirablemente contorneado, la cual muchacha ostentaba debajo del seno izquierdo una heri-

da ancha y profunda, abierta allí por los celos y por los apetitos de su amante.

¡Maridaje extraño el de aquellos dos seres, uno de los cuales nos contaba con lenguaje mudo, por la deforme y asquerosa boca de la herida abierta en su cráneo, todos los desengaños, las amarguras todas de su existencia, mientras el otro, con las pupilas asombradas aún, parecía buscar en el infinito las esperanzas múltiples, cobijadas por su alma de niña y repercutidas por su cuerpo de adolescentel!

La mirada del hombre, burlona, sarcástica, parecía gritar al destino: «Jugarreta por jugarreta. Estamos en paz.» La de la muchacha, dulce, estupefacta, sorprendida, encerraba esta pregunta dolorosa: «¿Por qué?»

Yo les miré un instante, y cuando, afanoso por evitar la impresión de angustia que me producían sus dos imágenes, quise volver á otro lado los ojos, retrocedí con angustia y con miedo. Los nueve cadáveres restantes se presentaban enfrente de mí con sus rostros contraídos, sus miembros rígidos, sus ropas manchadas de sangre y sus manos convertidas en garabatos horribles; era el de entonces un espectáculo solo comparable al que ofrece el mar después de un naufragio, a tiempo que el oleaje, sacudido por las últimas convulsiones de la borrasca, deposita sus víctimas sobre las rocas.

Extendidos en aquellas rocas con siniestro desorden, hecho girones el ropaje, engarfiadas las manos por el esfuerzo postrero de la desesperación y del instinto, azulada la piel y dilatado el rostro por una mueca espantosa, se descubren los naufragos, en torno de

los cuales se apiña la curiosa y horrorizada multitud, y se retuerce con rumor sordo la salobre espuma de las olas.

Náufragos son esos; náufragos eran también los que yo contemplaba en aquel instante; el oleaje del mar empujó a los unos contra las rocas inhospitalarias de la costa; el oleaje de la vida arrojó a los otros sobre las mesas del depósito de cadáveres; los curiosos de la playa estaban sustituidos en el recinto de la ley por mi y por el insensible mozo que me acompañaba; nos faltaba el cielo infinito y azul; pero yo no lo eché de menos, porque tenía, para sustituirlo, las pupilas azules de la pobre muchacha asesinada por su amante.

Sali del depósito; cargaron el cuerpo de mi amigo en un carro fúnebre, que debía transportarlo al cementerio; púsose en marcha el humilde vehículo: atravesamos pausadamente por entre los muchachos que jugueteaban en la alcantarilla y las mujeres que murmuraban a la puerta de sus casucas; llegamos a la carretera; tomé yo el camino de este Madrid bullicioso e indiferente que consume vidas y destruye ambiciones, y siguió el cadáver la ruta que conduce al cementerio del Este, en busca de un asilo más seguro, más solitario y más perenne que el que le ofreció durante treinta y seis horas la finca de los muertos.

ÍNDICE

	Páginas.
El nido de gorriones.....	7
El león de bronce.....	17
La desdicha de Juan.....	29
El crimen de ayer.....	39
La carta del soldado.....	49
Un divorcio.....	57
De la última hornada.....	67
Un triunfo más.....	77
Sinute ydruclos.....	89
Los dulces de la boda.....	97
El desquité.....	113
Medroño.....	123
La epopeya de un presidiario.....	133
El idilio de la noche.....	143
Buenos consejos.....	151
El odio.....	161
El amanecer en Madrid.....	171
Dos mataores.....	179
Las perlas negras.....	187
La epopeya de una zingara.....	193
Los valientes.....	203
Cárne de juega.....	211
Una mujer de mundo.....	219
La primera lección.....	231
Rafael Delorme (retrato a pluma).....	243
La dimisión.....	251
El finis de los muertos.....	257

los cuales se apiña la curiosa y horrorizada multitud, y se retuerce con rumor sordo la salobre espuma de las olas.

Náufragos son esos; náufragos eran también los que yo contemplaba en aquel instante; el oleaje del mar empujó a los unos contra las rocas inhospitalarias de la costa; el oleaje de la vida arrojó a los otros sobre las mesas del depósito de cadáveres; los curiosos de la playa estaban sustituidos en el recinto de la ley por mi y por el insensible mozo que me acompañaba; nos faltaba el cielo infinito y azul; pero yo no lo eché de menos, porque tenía, para sustituirlo, las pupilas azules de la pobre muchacha asesinada por su amante.

Sali del depósito; cargaron el cuerpo de mi amigo en un carro fúnebre, que debía transportarlo al cementerio; púsose en marcha el humilde vehículo: atravesamos pausadamente por entre los muchachos que jugueteaban en la alcantarilla y las mujeres que murmuraban a la puerta de sus casucas; llegamos a la carretera; tomé yo el camino de este Madrid bullicioso e indiferente que consume vidas y destruye ambiciones, y siguió el cadáver la ruta que conduce al cementerio del Este, en busca de un asilo más seguro, más solitario y más perenne que el que le ofreció durante treinta y seis horas la finca de los muertos.

ÍNDICE

	Páginas.
El nido de gorriones.....	7
El león de bronce.....	17
La desdicha de Juan.....	29
El crimen de ayer.....	39
La carta del soldado.....	49
Un divorcio.....	57
De la última hornada.....	67
Un triunfo más.....	77
Sinute ydrúlos.....	89
Los dulces de la boda.....	97
El desquité.....	113
Medroño.....	123
La epopeya de un presidiario.....	133
El idilio de la noche.....	143
Buenos consejos.....	151
El odio.....	161
El amanecer en Madrid.....	171
Dos mataores.....	179
Las perlas negras.....	187
La epopeya de una zingara.....	193
Los valientes.....	203
Cárne de juerga.....	211
Una mujer de mundo.....	219
La primera lección.....	231
Rafael Delorme (retrato a pluma).....	243
La dimisión.....	251
El finis de los muertos.....	257



FE DE ERRATAS

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
39	12	infame mercenaria	infamia mercenaria
41	11	ó lo tomaba	y lo tomaba
45	6	no lo sufría	no lo sufriría
195	25 y 26	dónde que no pudo	donde no pudo

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UVA

DAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE P

